

Antonio Iriarte

EL RETADOR DE VIVALDI

**Obra finalista en el Concurso Nacional
de Novela Plaza y Janés, 1991.**

Para Diana Patricia: cómplice de ilusiones.

*Para Diana Constanza y Marieta Andrea del Pilar:
algarabía de risas y manos de cristal.*

*Para los guitarristas, compositores y luthieres:
heraldos de la armonía y del amor universales.*

*“Para tener valor,
primero es necesario haber sentido miedo”.*

Afirmación de un comentarista deportivo, a propósito de la primera y dramática defensa que hizo el boxeador Fidel Bassa de su corona mundial frente a Dave “Boy” McAuley, el 25 de abril de 1987, en Belfast, Irlanda del Norte.

*“... Tampoco lleva
la tristeza en su toque la campana:
ese lamento del oído emana
cuando el latido del metal se eleva...”*

Ángel Marcel

PRELIMINARES

Tomás Mateus llegó al cargo de profesor sin escalafón del *Liceo Académico* por una zancadilla que le puso la necesidad. Así lo reconoció borracho y al borde del llanto aquella noche de truenos. Como quien dice: entró a la pelea en esta profesión sin estar rankeado. Con qué nitidez recuerdo aquello, a pesar de los años. Empezaba 1968, y ya en los cielos de Colombia se alcanzaban a sentir los aletazos del avión que traería meses más tarde al papa Paulo, quien, con el sentido de anticipación que tienen todos los pontífices, había mandado empacar, por lo que ya se oía, en su maleta de peregrino cosmopolita, la bendición apostólica que impartiría en agosto a la ciudad y al mundo desde la ventana cardenalicia de la plaza mayor. Tal fue el alboroto que armaron por su visita. Es lo que más recuerdo de aquel día: más que una bienvenida, aquello parecía la convocatoria a salvarse de alguna catástrofe, mediante el repiqueteo furioso de las campanas de todas las iglesias que hay en Bogotá. A mí, a quien aquel barullo cogió desprevenido, al menos eso me pareció. Nadie, sin embargo, estaba llamando a rebato. Lo supe instantes después de salir despavorido a la calle, y lo comprobé más tarde por la televisión. El único motivo de tanta algarabía, según me informó una señora que escuchaba al borde de la histeria su transistor vociferante, no era sino que, en esos precisos instantes, las llantas del avión de su santidad habían empezado a rodar por la pista del *Aeropuerto Internacional Eldorado*, para detenerse justo un poco antes del sitio donde el pontífice besaría por primera vez, y de manera por demás temeraria para su salud de pastor universal de la Iglesia, uno de los pedazos más grasientos y antihigiénicos del suelo colombiano, gesto histórico que enloqueció a la gente, la electrizó hasta llevarla a los espasmos más inefables del orgasmo espiritual, y la lanzó a codazo limpio sobre la pista, una vez el pontífice se dirigió hacia su limusina, para que empezara a horadar en el pavimento con toda clase de instrumentos contundentes y cortopunzantes, como navajas de buscapleitos de plaza de mercado, martillos de albañil, destornilladores de tractomulero, jiferos de matarife y hasta cortauñas de manicurista francés, lo que llegaría a ser desde ese día memorable el hueco más importante de Colombia: una tronera de más de dos metros con cincuenta centímetros de diámetro, según datos cedidos a los diarios capitalinos más prestantes por el jefe de la *Aeronáutica Civil*,

quien solicitó al señor ministro de obras públicas se le concediera el honor de medirlo, para llevarse él también para su casa, con la discreción propia de un funcionario de su rango, un pedacito del cemento sacrosanto, ennegrecido por el aceite quemado de los motores y percudido por capas incontables de mugre del caucho de las llantas de los aviones, del ajeteo de carros maleteros, del trajín inveterado de los zapatos de mecánicos, pilotos, cargueros, funcionarios de la aduana, azafatas, policías de turismo, ingenieros de vuelo, pasajeros de la más diversa laya, pero desinfectado por el ósculo impredecible del Vicario de Jesucristo.

Conocí a Mateus en enero. Eran los días en que la noticia de la venida del papa sacudía al país. Andaba buscando empleo y hacía antesala al rector del colegio, a propósito de un aviso clasificado que apareció en *El Tiempo*, y en el cual se solicitaban los servicios de un profesor para el plantel. Con qué transparencia me viene esto a la memoria: sudaba más de la cuenta y estaba inquieto. Mientras esperaba ser atendido, y, tal vez, para disimular su azoramiento, desdobló el periódico, se sentó a leer en la silla de al lado, y me mostró un titular de primera plana en el cual se decía algo así como que Colombia en pie recibiría a Paulo VI, o cualquiera otra de esas frases de cajón con las cuales los periódicos acostumbran impactar a un público siempre ávido del morbo sensacionalista que traen oculto los grandes acontecimientos. Yo, que también esperaba al rector en aquel momento, aunque por motivos diferentes, miré al inoportuno que sin conocerme se me dirigía y, para quitármelo de encima, hice con la mano un gesto displicente, dándole a entender que no estaba interesado en hablar con nadie en ese momento. El, sin embargo, insistió con el asunto extraño de que estaba a la expectativa por la llegada de los coros de la Capilla Sixtina que vendrían como parte de la comitiva papal, para comprobar él mismo y de la manera más directa, no sé qué cosa en relación con el canto gregoriano frente a la música de su guitarra, que lo traía caviloso desde hacía años y que, según me dijo, no le había sido posible verificar a través de simples grabaciones magnetofónicas, por más que se lo había propuesto.

Antes de que pudiera hilvanar algo para decirle o para preguntarle, fue invitado por la secretaria al despacho del doctor. Cuando desapareció de mi vista y me dediqué a adivinar

quién sería el hombre, nunca imaginé que semanas más tarde lo encontraría convertido en colega. Pobre muchacho: tal vez nunca se mereció su suerte. Cuando llegó al *Liceo Académico* tenía —él sabrá disculparme— un candoroso e inofensivo aire de pelotas¹. Aunque por aquel entonces no me lo había contado, era evidente que acababa de salir de un seminario. De su estampa de cura no nos quedó la menor duda. Todos estábamos de acuerdo en que era un tipo raro. Desde que lo vimos, produjo en nosotros un sentimiento de lástima que, en el fondo, era más bien desprecio. Con el tiempo, claro está, le fuimos cogiendo respeto y algunos hasta afecto. Pero aún después de tantos años de no vernos, me es imposible olvidar el desagrado que me producía el contacto con su mano pegachenta y húmeda, dispuesta siempre a saludar más de la cuenta. Me parece verlo: su manera casi recitada de hablar, como si estuviera predicando; sus gafas, ¡ay Dios!, sus trascendentales gafas de prelado viejo empotradas en su cara de adolescente medio imberbe, su peinado casto de Luis Gonzaga, cuya línea impecable hecha con esmero y apreciable cantidad de *Glostora* al lado izquierdo de su cabeza, parecía querer recordarnos a todos cuantos lo observábamos con sorna mal disimulada, la rectitud que debe tener el camino del bien, y su inacabable gabardina oscura de gallinazo de convento, que parecía el vestigio mental y físico de lo que debió ser su sotana. Pobre Mateus: cómo abusamos de él, cómo se la montamos entre todos aprovechándonos de su inexperiencia, gozándonos de su primiparada², burlándonos de su estampa y de lo que nos parecía en él simpleza. Ahora me pesa haber ayudado a mortificarlo tanto, haber sido cómplice de los que se propusieron hacerle la vida imposible, aunque debo decirlo, después cambié de actitud cuando me convertí en su amigo y pude conocerlo como, tal vez, no lo hizo ningún otro colega del *Liceo*. Aún hoy me asombra la consideración de hasta dónde nos dejamos arrastrar por las apariencias: Mateus no era —tal vez nunca fue— lo que nos reveló ser el primer día de su llegada al colegio. O debió cambiar más rápidamente de lo que todos pudimos suponer. El impacto que este cambio dejó en mí, o mejor, la revelación súbita de su verdadero ser a través de la sucesión de una serie de hechos en el lapso de unos dos años —impacto y revelación que aún hoy conservo intactos— es lo que me mueve, tal vez más que otros motivos, a ocuparme de su caso, apoyándome no sólo en lo que me contó de su vida

¹ Aire de pelotas: persona con pocas luces o que obra como tal, tonto, lelo, gilipollas. En Argentina: boludo. – N. del R.

² Primiparada: falta de experiencia. Viene por analogía de la palabra primípara. – N. del R.

durante las muchas oportunidades que tuvimos de hablar, sino en numerosos trozos escritos por él hasta el mes de agosto de 1968 en un cuaderno escolar harto maltrecho por el uso, pasado de moda en su diseño y que tiene en la cartulina que le sirve de carátula en letras grandes y ampulosas la palabra CARDENAL; cuaderno que aún hoy conservo y que le robé en el curso de la célebre borrachera de aquella noche a la que aludí, y que organizamos en el cuartucho de inquilinato que ya, por aquel entonces, compartíamos desde hacía más de un año, cuando intentamos ahogar en alcohol la fenomenal embarrada de aquel ingrato día del concierto, durante la cual lo sacó del cajón de su mesa de noche para tratar de leernos con dicción más que trabada por la borrachera y más que resquebrajada por emoción, o por el desespero, algo a lo que dio el nombre melodramático de “*jirones de mi propia vida*”; lectura que vino a ser, según hoy lo veo, aunque no con claridad, el subterfugio para escapar al asedio de animal herido al que lo sometimos, a fin de que nos explicara de una vez por todas qué fue lo que le sucedió aquella tarde de pesadilla, durante la ejecución del *Concierto de Vivaldi para guitarra en Re mayor*, cosa que fue incapaz de hacer, porque su explicación no pudo ser más ambigua, elusiva, o, simplemente inverosímil, según del lado que se la mire, menos para él y para su maestro, el exótico violinista Florentino Rodríguez. A menos que se tratara de alguna coartada, cosa poco creíble en él, o tan sólo fuera producto de los efectos alucinatorios y medio vecinos al delirium tremens del alcohol que a esas horas ya había ingerido con largueza, aunque el maestro me haya asegurado después, una y otra vez, con tragos y sin ellos, que él sí veía toda esa historia más que como posible, como casi cierta; cuaderno de cuyas páginas más dicientes cito en ésta que bien puede ser, apenas, el comienzo de la verdadera historia del colega, y del cual él jamás supo su destino, a menos que leyera lo que hoy escribo, pues su autor estaba esa noche tristísima tan borracho, y más a la madrugada tan enlagunado, que jamás pudo saber qué se hizo, máxime si se tiene en cuenta que con nosotros bebían también un violinista medio chiflis³, del cual ya he dicho que era su maestro, y el reducido grupo de entrenadores frustrados de Mateus, matriculados como incondicionales de su esquina desde el tiempo en que él se hizo el propósito inquebrantable de entrenar en serio con la ilusión inmensa de ganarse por la vía rápida, o así fuera por decisión, la que consideró hasta esa tarde la pelea más importante de su vida. Muchas otras partes de esta historia corresponden a información tomada por mí de

³ Chiflis: expresión coloquial para significar chiflado, medio loco. – N. del R.

la lectura confianzuda y abusiva de cartas y otros papeles que él dejaba con descuido a mano, lo mismo que a reconstrucciones verbales que Mateus hizo a petición mía de eventos de los cuales, como es de suponerse, no pude ser testigo y que me parecieron de interés para la comprensión más adecuada de su casi increíble historia. En tales reconstrucciones evito el uso las comillas, a no ser que se trate de palabras textuales, pues sólo en esencia corresponden a lo que Mateus dijo, en tanto la debilidad de mi memoria no me permite recordar con la fidelidad de la grabadora que debí usar, las verdaderas palabras de Tomás, aun a riesgo de suscitar sospechas sobre los verdaderos propósitos de mis averiguaciones.

El resto de lo que aquí aparece corresponde a lo que pude presenciar, ya en calidad de compañero de colegio de Mateus, ya en calidad de coarrendatario de su pieza de inquilinato a donde fui a parar, digamos por accidente, siendo Bogotá tan grande; o para ser más sincero, a causa de la similitud de nuestros ingresos económicos, no tan solventes como para pagar, aun en aquel tiempo, una habitación más decente.

De todas maneras, y a pesar de lo que he dicho, no estoy en capacidad de discernir ahora de modo definitivo si me ocupo de su caso, más por el aprecio y admiración que por él siento, o por aliviar mi remordimiento inútil, reparando a través de este escrito lo que hicimos con él, de palabra y de hecho, los que fuimos sus colegas y los que fueron sus alumnos. Aunque opino, y esto me hace sentir mejor, que de todas maneras lo que pienso contar no pudo ser de otro modo, así al desenlace más o menos imprevisible de todo esto bien poco hubiéramos contribuido quienes en algún momento nos propusimos hundirlo y acabarlo, pues a Mateus le tocó iniciarse como aficionado en un medio que, además de todas sus complejidades buenas y malas, es implacable y cruel: el de la educación.

PRIMER ROUND

Serían tal vez las tres de la madrugada de aquella noche de juerga imposible de olvidar. Siete botellas vacías de *Ónix Sello Negro*⁴ y una octava a punto de no salir, daban cuenta de la severidad del castigo ante cuyos estragos de inundación ninguno podía declararse incólume.

Había llegado ya esa hora de la madrugada que tanto suelen temer los enfermos graves, los insomnes consuetudinarios y los borrachos, para quienes, aun después de haber pasado airosos sobre las infinitas trampas que los vahos espirituosos suelen tender a los más baquianos, ese es el momento de la verdad, como quien dice, el de las definiciones, el del segundo aire, en donde cada cual va a saber hasta qué punto está o no en condiciones de ver en pie la gloria del amanecer o si, en definitiva, es el momento de la claudicación, del ritual vergonzoso de tirar la toalla con la disculpa del *voy al baño y ya vuelvo*, para escabullirse con la cabeza gacha, camino de la casa, que es el mismo de la derrota, en las fauces fuliginosas del dragón aleve que es la calle a esas horas, en desafío temerario y suicida no sólo a la befa de los contertulios, sino a los rigores mortíferos del aliento del monstruo que es el sereno que precede al amanecer, y caer, finalmente, vencido con más pena que gloria, en el nocaut agitado y viscoso que es el sueño de los borrachos.

Mateus lucía mal aquella noche. Estaba peor que cualquiera de nosotros. De por sí que nunca fue un buen bebedor. Sus borracheras galopantes lo mantenían casi siempre entre la ciclotimia de una euforia insoportable y un mutismo obstinado que lo llevaba, las más de las veces, a dormirse en lo mejor de la conversación. Aquella noche no supo, tal vez, beber mejor que otras, o habría que buscar las proporciones demenciales de su rasca en el tamaño mismo de su desgracia. Estaba mareado y parloteaba a esas horas con torpeza, haciendo grandes esfuerzos para hacerse oír en medio de una barahúnda en la que cada uno hablaba, reía y vociferaba por su propia cuenta y riesgo.

Aunque en aquel momento los alcoholes me lo hicieron ver entre gracioso y ridículo, al

⁴ Popular y muy conocida marca de aguardiente del altiplano cundiboyacense, que ya no se fabrica, cuya fama de áspero al paladar y de que emborrachaba con facilidad, dado su carácter dulzón, fue legendaria. Este aguardiente, cuyo parecido puede ser algo asimilado al tequila mexicano, era bebida propia de gentes de escasos recursos económicos: obreros y campesinos. – N. del A.

otro día me pareció inconcebible que él, precisamente él, hubiera abofeteado su guitarra con el tornavirón de su mano ebria, mientras gagueaba el conocido tango *“En un tétrico hospital donde se hallaba internado, casi agónico y rodeado de un silencio sepulcral”*. A la lobreguez del aire porteño servía de trasfondo un aguacero macizo que a esas horas caía con su pirotecnia de truenos y relámpagos. Mateus parecía absorto, como ido; su rostro estaba pálido y su cuerpo sudoroso. Los labios entreabiertos y resecos, como si se hubiera quedado sin aire, como si en la mitad de una pelea se le hubieran ido las piernas. Extraviaba de cuando en cuando la mirada en la filigrana que las gotas de lluvia formaban tras los cristales de la ventana, bajo la luz amarillenta del bombillo de la calle y que, por obra de esa mirada doble que proyectamos los borrachos, adquiriría con el movimiento de las gotas que rodaban tras los vidrios, los vislumbres de la noche triunfal que no tuvimos, pues aquella velada de infortunio no pudo ser de celebración sino de olvido. Mirar así las gotas iluminadas por la luz mortecina del foco, era como asomarse a los abismos diferentes, aunque iguales, de un calidoscopio. De repente, como si se le hubiera olvidado por un momento la letra del tango, abandonó la guitarra con gesto desdeñoso en manos de otro iluso cantante trasnochado, se levantó y, con paso incierto, fue hasta el cajón de su mesa de noche por un cuaderno escolar de cien hojas, escrito con grafía prominente y trazo firme, para buscar con insistencia alguna página que estuvo a punto de no encontrar y, haciendo esfuerzos vehementes y casi inútiles por acallar al estridente gritón de turno, y a los conversadores erráticos de aquellas horas inciertas, vociferó en el ambiente cargado de bengalas celestes, de redobles estremecedores y de tufo:

“Tener uno la fortuna de llevar a buen término sus ilusiones; esa posibilidad que sólo tiene alguna gente cuando hace con su vida lo que ha soñado, hasta ser capaz de conducir a su destino los planes que te has trazado cuando la vida aún no te ha propinado el primer porrazo de desilusión”.

Nunca se supo si Mateus pensaba continuar o no con la lectura, porque, cuando menos lo esperábamos, fue interrumpido por la voz aguardentosa de un colega:

— ¿No les dije? Le empezó la llorona.

La sala quedó en silencio, interrumpido sólo por la monotonía del aguacero. Mateus, balanceándose a lado y lado como si se fuera a caer, miró al borracho saboteador con ojos entre la risa y el llanto, paseó su mirada vidriosa por entre nosotros como si nos preguntara algo, como si se le hubiera perdido algo, que podía ser muy bien el hilo de lo que nos quiso decir cuando se calló, o lo callaron, y, buscando unas páginas más adelante, se detuvo en alguna que examinó haciendo visibles esfuerzos para leer, a lo cual renunció después de algunos intentos lamentables; cerró el cuaderno con desaliento mientras hacía un puchero que estuvo a punto de resolverse en lágrimas, levantó el índice de su mano derecha como si se tratara de anunciarnos algún suceso mayúsculo, y después de una larga, difícil y dolorosa pausa, cuando ya todos esperábamos con desasosiego la explicación que tanto necesitábamos de él porque teníamos escaldada el alma, y nos sentíamos con el derecho de exigirle que nos la facilitara de su propia boca, sólo se le ocurrió decir: “*Hay golpes en la vida, tan fuertes, yo no sé*”.

— ¡Del carajo! —Vociferó otro de los borrachos—. ¡Qué linda letra para un bolero!

Una carcajada colectiva y convulsa, histérica y liberadora volvió pedazos la infinita tristeza del momento y asordino durante algunos minutos el monorritmo de la lluvia que ejecutaba desde las horas tempranas de la noche su partitura de tronamenta, orquestada por las bengalas zigzagueantes de las culebrinas celestes y por el olor a nostalgia que tienen todos los aguaceros.

Luego vino otra vez el silencio. Mateus se volvió a levantar de su silla e hirió nuestro larvado rencor, o quizás nuestro desengaño, con una risa demencial, entrecortada y temblona como de lágrimas que hacen vano esfuerzo por salir, mientras tomaba el cuaderno entre sus manos como lo hace un cura con su misal, y ante la sorpresa de todos, lo arrugó con toda la fuerza de sus manos y lo tiró con rudeza contra la mesa del trago, llevándose en su arremetida unas cuantas copas, cuyos pedazos fueron a dar debajo de los asientos. Lo volvió a recoger y, mirándonos con ojos de risa, lo arrojó al techo con gran comicidad, haciéndole describir en el aire unas cuantas volteretas antes de que fuera a caer justo a mi lado, de donde lo recogí con disimulo para conservarlo en mi poder hasta el día de hoy, en el que aún se pueden ver las huellas del maltrato que sufrió en el despelote de aquella noche

inolvidable.

No tenía Tomás, por lo que se veía y por lo que nos dijo aquella noche, eso que los maestros antiguos llamaban vocación pedagógica, aunque su situación, viéndolo bien, no tuvo en este sentido nada de extraordinario. Es lo que suele ocurrir en nuestro gremio. ¿Cuántos maestros de escuela o profesores de colegio estamos en esta profesión porque así lo decidimos con entera libertad y a plena satisfacción? ¿O, los que nos subimos al cuadrilátero de la docencia estamos aquí por el convencimiento que nos otorgó el haber podido mirar por encima del hombro otros oficios que estuvieron a nuestra disposición en la baraja de las profesiones? Muy pocos, por lo que he visto, si es que acaso hay alguno. Eso lo podrán decir otros que tuvieron la fortuna de tener al doctor fulano como papá, con su cantaleta de, “... vaya empacando sus cosas, mijo, que me lo llevo para Bogotá para que estudie medicina, ingeniería o lo que se le dé la gana, que para eso es la plata, Mauricio Alberto, para darme el lujo de educarlos a ustedes en las mejores universidades del país y del exterior, para que no se queden por ahí de maestricos, y representen con dignidad la familia, gente de bien, decente y distinguida”. O los que por ser hijos del industrial don mengano, del terrateniente don zutano o del ricachón don perencejo nacieron con las cartas marcadas sobre la cuna, como para ganarse a la fija la partida en cualquier carrera, “...así sea ingeniería o medicina, así se horrorice viendo sangre, Felipe Andrés, que ser médico da prestigio social y dinero, no importa que de la materia entiendas un carajo, pues lo que de verdad cuenta es saber echar cuchillo, coser y cobrar, que entre más grande sea la rajadura más alta es la tarifa”. O el que por haber nacido vástago del político, gamonal⁵ o cacique de turno se ve atraído por la jurisprudencia, “...ojala me la estudie con una economía, para que más tarde, Diego Abelardo, dirija los destinos de este país, que tengo el pálpito de que usted nació para presidente, para que se siente en el solio de Bolívar y de Santander, en la silla que ocuparon un día los López, los Lleras y Julio César Turbay⁶, la que estaba esperando a Gaitán si no lo hubieran matado los godos malparidos, solio en el que no pudimos sentarnos ni su abuelo ni yo, siendo los mandamás la región, posición que nadie nos regaló, ni mucho menos, sépalo hijo, para que no vaya a malbaratar la única riqueza de la familia que, como usted ha visto, tiene empuje y visión del futuro cuando de

⁵ Gamonal: cacique popular, terrateniente, o persona que ejerce sobre sus dominados un poder absoluto. – N. del R.

⁶ Presidentes de Colombia. – N. del R.

hacer patria se trata; patrimonio que conquistamos con el sudor de nuestro trabajo honrado, con la inteligencia de nuestros antepasados preclaros y con la elocuencia de nuestro verbo tribunicio”.

Pero nosotros, los que no alcanzamos a llegar cuando la repartija de la suerte botó sus mejores cartas, los que apenas si nacimos con el pan debajo del brazo, tuvimos que subirnos al ensogado de la educación, si es que no queremos decimos mentiras piadosas, ni autoengañarnos con el embeleco de la vocación, cuando sé que estoy hablando por lo que me sucedió, por lo que oí a Mateus no sólo aquella noche de confesiones desgarradoras y por lo que me han comentado otros colegas con quienes nos hemos sincerado sobre el particular. Todos sabemos de sobra, aunque cubramos nuestras vergüenzas pedagógicas con la tanga diminuta de la vocación, que si hubiéramos estado en situación de escoger otras carreras, hoy no seríamos maestros, como no serían boxeadores en idénticas circunstancias todos esos morochos desarrapados que deambulan de gimnasio en gimnasio, de ensogado en ensogado en cualquier rincón perdido de Barranquilla, Palenque o Sotavento, a fin de poderle dar a la pera, de insistir en el saco y adquirir cintura y *punch* en el guanteo; para lograr así borrar, por fin, las cicatrices del hambre que esperan poner contra las cuerdas algún día, por obra y gracia de la esperanza que ronda cada noche sus sueños famélicos, en forma de palabras imposibles de lo puro hermosas, oídas, soñadas o imaginadas en el afiebramiento de una riña callejera, y pronunciadas como promesa o premonición por algún supuesto manager, anónimo y zarrapastoso: *“lo que es usted, cuadro, tiene pasta de champion”.*

Basta con ojear esas revistas de colegio que se editan a propósito de los grados de fin de año, o la página social de los periódicos por esta misma época para leer, junto a la fotografía del neobachiller, cómo Sergio Alejandro Escobar estudiará ingeniería civil, Juan Pablo Uribe medicina y Juanita Buenahora periodismo y comunicación social. Por ninguna parte se encontrará en esas revistas, ni siquiera en las de los colegios más humildes, ni en las páginas sociales de ningún periódico, que Yérix Suaza estudiará educación física, Linderman Collazos lingüística y literatura, Maxilis Jojoa ciencias sociales y John Jairo Cuchimba administración educacional.

Nos tocó ser maestros, púgiles del aula, algunos por carencia de medios económicos, y otros, así lo hemos reconocido bajo la inspiración de unas cuantas cervezas, porque el

puntaje del *Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior* no nos alcanzó para estudiar algo más difícil. Pero, por otra parte, bueno es reconocerlo, a los que nos tocó la maestranza, poco a poco nos hemos ido haciendo a la idea, y hasta le hemos cogido cariño al asunto de la tiza, del carrito que hay que soltar a diario a los muchachos o, como es mi caso, al ajetreo de la gimnasia, a la rutina de las pesas y del baloncesto, a la teoría del ejercicio para el equilibrio, para el abdomen, para la capacidad pulmonar, a los problemas que hay que resolver en el manejo de las barras paralelas y a la técnica del potro con arzón, pues, en medio de todo y después de tantos años en el oficio, termina uno enamorándose de la profesión.

Eso mismo fue lo que le pasó a Mateus cuando se le apuntó a nuestro gremio en lugar de ponerse a hacer otra cosa, porque, hasta donde lo conocí, tampoco creo que fuera masoquista. Estaba el hombre varado y sin esperanzas con su cartón de bachiller debidamente enmarcado en floripondios dorados y expuesto a la admiración pública en la sala de su casa, tal como me lo mostró alguna vez, al lado del cuadro de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, renegrido ya por el humo de las veladoras que no faltaban en la repisa desde el espanto del nueve de abril, cuando el viejo —para utilizar el término con el que siempre se refirió a su padre— prometió ante la vitela desteñida de la imagen que, si nada le pasaba a él ni a su familia, la honraría a perpetuidad con el exvoto ardiente de la velita diaria, promesa que cumplió hasta que se murió veinte años después, porque, además de creyente era hombre de palabra, no sólo en el sentido más común de esta expresión, sino en el menos conocido de estar, como lo estaba, adornado con el don de la facundia que le salía a borbotones por entre los resquicios de su desparpajo, y en la frescura de una conversación preñada de anécdotas antiguas y de chistes, no siempre aptos para señoras de oídos soflamados, los cuales él se empeñaba en repetir una y otra vez, sin poner mayor cuidado en la clase de persona a la que se los contaba entre el fragor de sus carcajadas, así se tratara de sor Margarita de la Circuncisión, una monja que solía visitarlo por limosnas para su orfanato, la que, a pesar de sus aspavientos, daba muestras más que discretas de gozarse sus chistes de un bien subido color, y sin detrimento de las brumas caliginosas de sus casi ochenta y seis años, que era la edad que tenía cuando lo conocí en su propia casa, y a través de la que era posible adivinar el esplendor de sus años mozos en la apostura inverosímil de su porte y en los bigotes rucios y amaestrados de héroe de la independencia, los que, a

pesar de la cima dorada de su edad, sólo se le venían abajo cuando se acordaba del tenebroso nueve de abril, día de pavor y de grande incertidumbre, en el que llamó a sus hijos para decirles que, aunque pequeños, trataran de entender la gravedad del momento y el apuro en el que se encontraban; que por la radio no habían hecho sino gritar que mataron a Jorge Eliécer Gaitán⁷, que todos a la venganza, que a pelar a la godarria⁸ malparida, que a comerse viva la curamenta⁹, “y la furia de los liberales, hijos, es la que va a jodernos a todos por parejo, porque dizque ya vienen para acá miles de hombres armados con machetes y toda clase de fierros, dejando por donde pasan un reguero de muertos. Peor que la guerra de los mil días, hijos, peor que los tres días de oscuridad que pronosticó la virgen llorosa de Siracusa; será que ya llegaron los tiempos de hacer doblar las campanas por este país de mierda. Ruega por nosotros pecadores, esto se lo llevó el putas, ahora y en la hora de nuestra muerte, ¡carajo!, amén”. Para que su mujer, con sólo oírlo, se le frunciera el gesto a causa de sus jaculatorias blasfemas, con la requisitoria del, “ya oigo lo que está diciendo”; en respuesta a lo cual, él, el mismo bello viejo grosero que conocí, y con cuyos carajos e hijueputazos le sacó chispas a la conversación mientras estuvo vivo, la tratara de apaciguar con la respuesta poco convincente del, “no se afane, Ofelia, que estoy rezando por la salud de la patria”; respuesta que dejó impertérrita a la mujer, una hembra dura, bajo cuyo carácter inflexible se asomaba un par de ojos flotantes en vapores de ternura salobre; por lo que se vio obligada a ponerlo de nuevo en su sitio con lo de, “dizque rezando, más bien diciendo porquerías, para ensuciarse esa boca que mañana tan campante va abrir para comulgar; de lo que le ha de servir tanto padrenuestro y tanta avemaría, si la oración le sube hedionda de vulgaridad”. Ante lo cual, el viejo, regañado por mezclar jaculatorias y letanías con expresiones sicalípticas, prefirió no seguir jugando con la candela envolvente del genio de su mujer, y sacar más bien la guitarra que años

⁷ **Jorge Eliécer Gaitán:** (Bogotá, 23 de enero de 1903 - 9 de abril de 1948) Político y abogado colombiano, alcalde, ministro, congresista y popular candidato del partido liberal a la Presidencia de la República. Siendo candidato fue asesinado en Bogotá, lo que produjo enormes protestas populares conocidas como el “Bogotazo”. Esta insurrección popular produjo miles de muertos y la destrucción del centro de Bogotá a manos de las turbas enfurecidas. La anarquía y la violencia se adueñaron de la capital, la revuelta terminó extendiéndose a otras ciudades del país, y a largo plazo dio lugar a la violencia política y social que todavía Colombia sigue padeciendo. – N. del A. + R.

⁸ Godarria: expresión despectiva que refiere en Colombia a la condición de "godo", es decir, perteneciente al partido conservador. – N. del A.

⁹ Curamenta: expresión igualmente despectiva e irreverente para referirse a a los curas, o quienes pertenecen al clero. – N. del A.

después heredaría Mateus, no sé si para su fortuna o para su desgracia, y con la que se puso a acariciar los crespones premonitorios de aquel atardecer.

Pero la cosa no era tan fácil a pesar de sus sueños y ensimismamientos, pues la situación de Tomás, desde antes de morirle el viejo, era más oscura que el hollín de las veladoras que alumbraban la imagen desde aquella negra tarde de juicio final, y a pesar de su título de bachiller, porque si sus padres no estaban en posibilidad de costearle una carrera, así fuera modesta, mucho menos podían permitirse el lujo de que su hijo se embarcara en caprichos estrafalarios y en aventuras delirantes.

"Mi viejo... Rucio ya por el manoseo de los años de escritorio como contabilista perpetuo de 'Baldosines El Sol', y graduado por correspondencia desde New York por las Escuelas Internacionales, pulsabas la guitarra con la misma elegancia con la que estampabas todos los días en los folios del libro mayor, tu letra airosa de escribano medieval. Todavía escucho tu musiquilla de ensueño...Aún veo volar tus dedos sobre el diapasón como si las cuerdas te soñaran. Qué gran viejo eras. Tu mano izquierda, firme, ejecutaba malabares imposibles entre guiños y palabrotas. Prodigios de tus dedos de mago, de tus manos huesudas de visionario. Me parece verte desde aquí, desde la desolación de mi cuarto, tejiendo arpegios, desgranando trémolos y engastando con precisión de orfebre los armónicos que imaginó para su 'Cajita de Música' don Francisco de Tárrega. Tus ojos inolvidables, medio grisosos, algo cerrados de lo puro antiguos, parecen mirarme ahora desde la bruma lejana de tus sueños. El fraseo de tu guitarra, ese como fluir de un sonido sin tiempo que agiganta en mi alma fantasmas incommensurables".

Preocupado el viejo por el futuro del hijo, lo llamó meses después de su retiro del seminario para insistirle en que no tuviera miedo a lo de ser maestro; que se fuera para Bogotá a conseguir trabajo en algún colegio, para que pudiera estudiar de noche en la universidad; a lo cual Mateus se intentó oponer con todos los recursos de su razón y de su voluntad, para apoyar el argumento simple de que no le interesaba ser maestro. Pero el viejo, que no daba a torcer el brazo con facilidad, le salió al paso con el raciocinio de que el magisterio ha sido una profesión respetable y que, en su tiempo, el maestro, junto con el cura y el alcalde, eran las personalidades más notables del pueblo, y que don Sabas, su maestro, era don Sabas y de ahí no lo bajaba nadie. Ante lo cual Mateus le respondió, ya encalabrinado, que eso sería

en su tiempo, porque la cosa había cambiado, pues los maestros de ahora le parecían gentes de segunda; que no siguiera insistiendo con su propuesta porque, *"así de fácil, no me hace la menor gracia"*, pues cuando les contó a sus amigos de esa posibilidad, le respondieron con chistes, *"...como si lo que les dije hubiera sido un chiste, sí, señor, chistes de la peor ralea, como ese que aún siento hoy como latigazo en pleno rostro, cuando me dijeron que si aspiraba a maestro ya debía darme por empleado, pues en la docencia reciben hasta a los que sirven para maestros; que para ser profesor sólo se necesita saber leer... o escribir; que la policía y el magisterio eran los dos escampaderos más importantes de los desempleados de este país, y otras de esas lindezas"*. A lo cual el viejo respondió que no les hiciera caso, pues sus amigos desconocían que el del maestro era uno de los oficios más ennoblecedores y bellos; que cómo se echaba de ver que quienes le decían esas cosas no sentían por sus maestros y profesores la más mínima consideración y respeto; *"mal camino, hijo, cuando se ha llegado a esos extremos de desfachatez"*. Ante lo cual Mateus ripostó que, a pesar de todo, ellos, en el fondo, parecían tener razón, pues, dejando a salvo las excepciones del caso, la mayoría de sus profesores del bachillerato fueron escandalosamente ignorantes, descrestadores y dogmáticos, como ese de filosofía cuya petulancia él odió, porque empezaba sus clases con lo de *"Sócrates y yo opinamos"*, u otros encabezamientos parecidos. O aquel de geografía que, ante la pregunta maliciosa de un estudiante, hacía esfuerzos imposibles por identificar a lo largo y ancho de la cartografía de los cinco continentes, con sus correspondientes mares y océanos, la isla de Guilligan, y que, como naturalmente no la encontró, porque ni siquiera veía televisión, tuvo el cinismo de decirles que les quedaba como punto de investigación; que sus maestros, salvando como siempre las excepciones de rigor, fueron gente mediocre, inflados hasta lo inaudito con un arribismo, mezcla de ignorancia, resentimiento e inautenticidad, que movió a algunos de los pocos licenciados que él tuvo a hacerse llamar doctores por las empleadas del servicio o por los venteros de la cooperativa escolar; por lo que sus relaciones con los alumnos estuvieron casi siempre marcadas por esa arrogancia incubada desde los tiempos en que la letra con sangre entraba. Y cómo algunos de ellos se concedían el placer equívoco de humillarlos con toda clase de chistes y chascarrillos de una ramplonería inimaginable, cuando no podían recitar de memoria la lección que consistía en ensartar uno tras otro los ríos del Asia, o los huesos completos del esqueleto humano, sin que faltara uno solo; *"maestruchos que*

parecían considerar tales cuchufletas como dignas de figurar en alguna antología del más conspicuo humor”. Y cómo le resultó imposible soportar la pedantería fuera de algunos de ellos, pues tales tipos se creían dueños indiscutidos de la verdad, y estaban convencidos de que cuanto afirmaban en sus clases interminables, daría de qué hablar al mundo entero durante siglos. Y, como sí fuera poco, esa estampa, ese aire indefinible de maestro que permite a cualquiera identificarlos sin riesgo de equivocación; *“porque lo que son las profesiones, sí señor, imprimen carácter”*. Con lo que quería decir que, *“cualquiera persona, sin ser adivino, es capaz de identificar si eres policía, chofer de flota interdepartamental o maestro, por culpa de ese halo particular que sale de ti, esa aura que te identifica sin que te conozcan previamente y sin que lleves distintivos demasiados delatores de tu oficio”*. A lo cual el viejo, echando ya sus últimos arrestos, y más que agobiado por la andanada inmisericorde, se le fue por el lado de que si no quería ser maestro, al menos entendiera que no le podía costear una carrera en la universidad, aprovechando la coyuntura para preguntarle, de paso, qué pensaba ponerse a hacer en la vida. A lo cual Mateus contestó sin un solo asomo de duda en la voz, que él siempre había soñado ser algún día guitarrista, *“sí, señor: así como lo oye, guitarrista”*; con lo que el viejo, cogiéndose la cabeza a dos manos y mirando a Tomás con los ojos de incredulidad, le respondió que, *“solo eso faltaba, hijo, a no ser que se quiera morir de hambre o terminar tocando tangos baratos a los borrachos en algún cafetín de mala muerte”*. Ante lo cual Mateus, elevando más de lo deseable el tono de la voz, le quitó la palabra en seco para decirle que cómo se le ocurría pensar que él pretendiera ser serenatero, *“siendo hijo de un guitarrista de tus calidades”*; a lo cual el viejo, dueño de esa serenidad inamovible que sólo dan los años, le recordó que el arte en este país no vale nada; que los artistas, así sean buenos, viven casi que de la caridad pública, por lo que le recomendaba cultivar la guitarra como afición, nunca como profesión; sentencia que dejó a Mateus como petrificado y en suspenso su respiración, porque eso quería decir que se iba a ver obligado a ser en la vida lo que él menos quiso; comentario que el viejo aprovechó para darle una lección memorable, que en adelante jamás olvidaría, ni yo tampoco, desde que la leí por primera vez en su cuaderno, pese a no haber entendido cabalmente su sentido hasta el momento en que todo me lo contó:

“A veces en la vida no es posible optar porque las circunstancias nos llevan a escoger el menos malo de los caminos. Cuando me dijiste esto, los dos nos quedamos en silencio largo rato. Tú, viejo, como si te disculparas, me miraste por entre la bruma de tus ojillos tristes, mientras que de tus dedos huesudos de malabarista se desprendieron y flotaron los acordes de un preludio melancólico y lejano”.

SEGUNDO ROUND

Y terminó Tomás por irse para Bogotá a conseguir empleo de día para estudiar de noche, tal como se lo aconsejó su viejo desde los tiempos en los que, al graduarse de bachiller, nada sabía de meterse al seminario, a donde fue a parar presionado por una beca que el obispo ofreció a su familia, con la esperanza de que, al hacerlo caer en el santo señuelo, ganaría en Mateus un pastor para su desprotegida grey.

Tímido, aún adolescente, con la nostalgia de su pueblo a cuestras, deslumbrado hasta el atolondramiento por el barullo de la gran ciudad, “...*con su olor a carbón de piedra, con sus buses atragantados de gente que no habla, que no mira nada concreto, que no se te dirige ni te tiene en cuenta, como si fueras invisible, como si fueras nada...*”, dominado por la tensión muscular del púgil acorralado y a punto de ser sorprendido con la guardia baja en cualquier esquina, las manos en los bolsillos como casi siempre lo vi cuando salimos juntos, a fin de poner a salvo de carteristas y atracadores el escaso billete que aún le quedaba después de quién sabe cuántos anocheceres inciertos, durante los que se sentó acongojado en su cama a hacer el balance del fracaso de lo que no consiguió a costa de sus zapatos rotos, de sudor y lágrimas durante el mes en el que se malogró como vendedor ambulante; aniquilado por el frío descorazonador del altiplano, así llegó Tomás Mateus a Bogotá a trabajar de día para estudiar de noche, una carrera razonable y acorde con las posibilidades económicas de lo que pudiera levantar una vez consiguiera empleo, pues las de su familia no contaban desde cuando se declaró el viejo en bancarrota a la hora de costearle los estudios superiores al hijo a quien tanto quería, y por el que podía hacer tan poco, salvo darle consejos anacrónicos para que se metiera a maestro; cansado de caminar sin rumbo fijo de sur a norte y de norte a sur, soñando despierto para vivir dormido con aquello de volverse grande, como me lo pintó tantas veces cuando habló frente a mí una especie de soliloquio alucinado que terminé por aprenderme de memoria, “...*un guitarrista tenaz de esos que andan repartiendo recitales y conciertos de Londres a París, de París a Hamburgo, de Hamburgo a Río, de Río a Bogotá, para salir al otro día desde el Hotel Tequendama hasta Eldorado, vía Braniff*¹⁰, destino Boston, con la guitarra en la silla de al

¹⁰ Compañía de aviación, hoy desaparecida. – N. del R.

lado...”, a la manera del maestro Andrés Segovia, quién lo creyera, quien dizque era capaz de pagarle pasaje aparte con tal de llevarla junto a sí como si se tratara de niña bonita, aunque, según Mateus, la tenía asegurada contra todo mal y peligro con una póliza que valía un cojonal de plata, cosa que me resistí a creer desde el principio, hasta que no me quedó más remedio que aceptársela como cierta, a fuerza de repetírmela con la exaltada vehemencia que le era propia cuando se ponía a hablar de guitarra.

“... y si no, dime, qué hubiera hecho el maestro allá por los años cincuentas, cuando estando en Nueva York el frío del invierno de enero le rajó la tapa armónica de su guitarra Ramírez, la más consentida de todas, la única en la que tocaba hasta que le regalaron su Hauser, a pesar de que los grandes luthieres del mundo se cansaron de hacer instrumentos para él, con la secreta y remota esperanza de que el maestro llegara algún día a tocar en ellos; cosa que nunca ocurrió, porque a todos dejó ensayados con sus joyas espléndidas, las que se mueren de aburrimiento y en la más completa virginidad, arrumadas en alguna alcoba de la casa del guitarrista más grande entre los grandes de este siglo. Tan de malas el maestro, mejor dicho, tan de buenas, con su guitarra rota en la parte inferior central de la tapa, como quien dice, en el bajo vientre, lo mismo que una muchacha desflorada sin miramientos en la pieza más importante, en el punto álgido de su sonoridad; pero él, tranquilo, a pesar del dolor de su alma, no hizo sino entregársela a la casa aseguradora, la cual, con miles de cuidados y remilgos, se la envió al constructor de España con el encargo de dejársela tal y como estaba, trabajo nada fácil. Para que después de restaurada, probada y vuelta a probar, el maestro Segovia, fonograma en mano, demostrara que el sol de la quinta cuerda, pulsado en el décimo traste sin apoyo, no sonaba lo mismo que antes de perjudicársela los menos cuarenta y dos grados del invierno gringo; con lo que se la pagaron en su totalidad, que porque era Segovia. Y yo, con semejante guitarra tan mala, un palo chiquinquireño¹¹ de los de Epaminondas Padilla¹², que vaya el sonido que saca, ni

¹¹ Chiquinquireño: natural de Chiquinquirá, ciudad de Colombia ubicada a 136 km. de Bogotá sobre el valle de Saravita, de típicos caserones coloniales. Su nombre quiere decir “pueblo sacerdotal”, famosa por sus romerías a la Virgen del Rosario, patrona de Colombia. – N. del R.

¹² **Epaminondas Padilla**: artesano constructor de guitarras de fines del siglo XIX y principios del XX, de no muy ortodoxa factura, por lo que me parece que no merece status de luthier. Era originario de Chiquinquirá, Departamento de Boyacá. Pero, como dicen que “en casa de ciegos el tuerto es rey”, las guitarras salidas de su taller gozaban de grande como inmerecida fama en una época en la cual en Colombia no se tenía la menor noción de lo que debe ser una buena guitarra. – N. del A.

para tocar boleros me alcanza. Poder tocar una de esas que, cuando suena, deja sin habla al que sabe, al que es capaz de degustar su sonido pastoso, apagado como voz de mujer en celo en el pentagrama de una noche oriental, del mismo modo que el catador experto el sabor de un noble vino francés; una de esas guitarras con la voluptuosidad de su nobleza escondida en el misterio de su madera, inventada por el ojo infalible del artesano en algún remoto bosque de Hungría o del Brasil, y certificada en la etiqueta, ya amarilla, medio diluida, que la pátina del tiempo concede a muy escasos instrumentos: Ramírez, Fleta, Hauser y unos pocos más. Prodigios sonoros guardados como reliquias, venerados como íconos por los coleccionistas famosos, como la guitarra construida por J. M. Hernández, colección Aspiazu, o la Nowy y Guggenberger, hecha en Viena; una de esas para tocar con decoro a Scarlatti o a Weiss, para embriagarme con la apoteosis de los aplausos en los escenarios más exigentes del mundo, con un público delirante, en pie, ovacionando sin cansarse, como suele ocurrir de tiempo en tiempo en conciertos memorables ejecutados por artistas fuera de serie, como el que se le escuchó a Tárrega en La Alhambra a mediados del siglo pasado, y en el que estrenó el célebre trémolo al que puso por nombre 'Recuerdos de la Alhambra', en memoria de esa noche histórica y que le valió por esa y muchas otras obras ser reconocido por la crítica universal como grande entre los grandes... Para salir al otro día reseñado en los periódicos importantes: 'Histórico recital del maestro Mateus ayer'. Y más abajo: 'El guitarrista colombiano Tomás Mateus en una demostración sin precedentes de sus condiciones de virtuoso, y haciendo gala de una técnica sin concesiones, dueño de una coloratura musical de amplio espectro...'”, tomando una sola vez al día café con leche y pan francés para que no se le acabaran tan pronto los pesos que le lograron sobrevivir a sus ensimismamientos de lunático musical, pues por andar en las nubes con su despropósito de volverse grande, fracasó estrepitosamente en el empleo a destajo de vendedor de ollas, reverberos y planchas. Así, completamente cogido por la pálida, sin demasiadas piernas para enfrentar lo que se le venía encima, fue como llegó Tomás Mateus a la rectoría del *Liceo Académico*, atraído por el cebo del aviso clasificado que apareció en *El Tiempo* aquel lunes de finales de enero que con tanta claridad recuerdo, porque, mientras hacía antesala al doctor, un fulano desconocido y asustado, a juzgar por su apariencia, desdobló el periódico que llevaba bajo el brazo, se sentó como a leer en la silla de al lado y me mostró sin previo aviso un titular de primera

plana sobre la tan cacareada visita papal; visita, que, como he dicho, me tenía sin el menor cuidado, a no ser por las informaciones según las cuales el gobierno nacional estaba invirtiendo sumas inverosímiles de su presupuesto en limpiar la cara de una ciudad tan sucia como Bogotá, con el fin de que el papa no fuera a observar en las calles las basuras que al otro día de su despedida volvieron a aparecer en los mismos sitios; y para que el representante de Jesucristo que anduvo, según dicen, entre paralíticos y prostitutas, no fuera a ver a los gamines¹³ que encerraron en correccionales, casas curales y conventos, los mismos que, cuando despegó de regreso el avión papal, salieron hacia las calles de costumbre en desbandada multitudinaria.

En todas estas cosas pensaba, a falta de mejor programa para matar el tiempo, mientras esperaba mi turno de hablar con el rector, una vez Mateus ingresó a la oficina del doctor. Lejos estuve de imaginar aquel día que el fulano que me había abordado minutos antes sin ningún preámbulo para hablarme sin ton ni son de la venida del papa y de no sé qué expectativas en relación con los coros de la Capilla Sixtina, aspectos de cuya música sacra deseaba, según me dijo, confrontar en vivo con la que decía tocaba en su guitarra, en especial con la de un tal Antonio Vivaldi, del cual, aunque sí había oído su nombre por aquellas épocas, no sabía en realidad de quién se trataba, fuera el hombre que media hora después sería agraciado por el doctor con el nombramiento de profesor sin escalafón de tiempo completo, con el encargo de enseñar español en el bachillerato del *Liceo Académico*. Meses después, cuando, como también ya lo he dicho, fui a parar a la misma pieza de inquilinato que había arrendado Mateus, circunstancia que facilitó, como es de suponerse, nuestra comunicación y más tarde nuestra amistad, en una de esas borracheras suicidas por cuyos despeñaderos nos descolgábamos cada fin de semana, él con un rencor de los que levantan ampolla en el alma, me contó cómo una vez la secretaria cerró tras él la puerta de la rectoría, se fue acercando a su escritorio sobre el que, al parecer, estaba abstraído en el examen de algunos papeles. Y cómo, al ser anunciada su presencia, el doctor fue alargando con lentitud de purpurado su mano regordeta y fofa y, sin todavía dignarse levantar la vista, le fue indicando con un gesto casi imperceptible de la misma mano que podía sentarse. “... *Pasaron algunos minutos desde que tomé asiento antes de que el rector diera señales de determinarme, pues, si bien yo estaba allí, seguía empeñado en revisar sus documentos,*

¹³ Gamín: expresión coloquial colombiana para referirse a los chicos de la calle. – N. del R.

aunque a veces pienso que lo hizo con deliberación para que, al sentirme ignorado por él mediante la argucia de sus aires de magnate, pudiera asegurar de entrada una ventaja, al fin innecesaria, pues, de haber sido como pienso, bien pudo ahorrarse su pantomima barata, en tanto antes de verlo, estaba en el plan de darle la importancia de rigor como rector de un establecimiento de educación al que iba por primera vez a pedir trabajo. Y también porque, en cuanto lo vi, quedé deslumbrado con su apoltronamiento de jerarca bien desparramado en su silla Camacho Roldán¹⁴, desde la cual dominaba la planicie de su escritorio enorme, abarrotado de libros y papeles en el más perfecto orden; minutos que me parecieron eternos, inacabables, durante los que no hice cosa diferente de sudar y de cruzar los dedos, luchando a más no poder con ese nudo en la garganta y con la presión del pecho que me hace, en ocasiones, atropellar las palabras, hasta borroneárseme el plan inicial de lo que debo decir, y al cabo de los cuales, vi con alivio cómo iba levantando, por fin, sus ojos, así fuera para medirme de pies a cabeza, como lo hizo, con esa su mirada oblicua de présbita que necesita agacharse un poco para mirarte por encima de las gafas, y para empezar a dejar oír por primera vez su voz, una voz que no se correspondía con su imagen de arrogancia que ya me había formado de él, pues en lugar de un vozarrón de ejecutivo atrabiliario, sólo escuché una dicción acariciante, cálida, susurrante, que, en cuanto la percibí, empezó a producir en mí un efecto relajante, una sensación de alivio, materializado en ese reconfortante calor que fue apoderándose poco a poco de mi cuerpo, y que fue, en definitiva, el que me dio valor para hablarle como le hablé, hoy ni sé cómo lo hice, a pesar de mis sobresaltos y de mi sudor, pues cuando él me dijo ese escueto: 'usted dirá', pensé con alegría lo cierto que es el dicho: 'el tigre no es como lo pintan' porque, de inmediato, con una entereza de ánimo que a veces desconozco en mí, le fui alargando el papel que tenía bien doblado en el bolsillo de la gabardina, al tiempo que fui diciendo con sosiego: es por lo del aviso clasificado y ésta es mi hoja de vida, doctor; papel que él recibió con una suavidad de abuelo complaciente que, lo digo con franqueza, me conmovió y me hizo pensar mientras él leía, cómo se engaña uno con las apariencias; pensamiento que él interrumpió con su: 'vamos a ver... Lo que imaginaba: estudios universitarios, nada; experiencia docente, ninguna. Así no se puede, amigo. Decenas de personas, como usted,

¹⁴ **Salvador Camacho Roldán** (1827-1900): economista, sociólogo, e industrial colombiano, hombre clave en la interpretación del pensamiento socioeconómico colombiano. Fundó una fábrica de muebles, especialmente para oficina, con reputación de muy finos y elegantes. – N. del A.

desfilan por aquí solicitando empleo. Dígame: ¿Es que le gusta ser maestro? ¿O cree que con lo que tiene en esta hoja le alcanza para trabajar como profesor en un colegio de secundaria?'. Preguntas que me pusieron a la defensiva, porque, de inmediato me dije: ojo, Tomás, cuidado con este hombre que, en efecto, las apariencias engañan, mientras le fui deslizando con cautela mi respuesta: le voy a ser franco, doctor; ando buscando trabajo porque lo necesito, pero, a pesar de que todavía no tengo estudios universitarios ni experiencia docente, me sobran aspiraciones en la vida y tengo mucha confianza en mi desempeño como profesor; afirmación que él calibró con la casi gozosa deliberación que pude leer en sus ojos burlones y que le permitió la primera posibilidad de empezar a demolerme, pues, sin dejar de mirarme con sus ojos de cuchilla de afeitar, y acariciándome en todo momento con su voz de murmullo, me fue corroyendo las entrañas. Aún le escucho su: 'imprudente respuesta, amigo, vayamos más despacio, que un profesor no se improvisa. Usted va a perdonarme la franqueza, pero personas como usted estarían mejor ubicadas en otra clase de empleo. Está buscando trabajo, por lo que entiendo, para poder estudiar en la universidad, ¿no es así? Pero, ¿por qué aspirar de todos modos a la universidad? Aquí entre nos, he venido desarrollando desde hace algún tiempo una teoría sociológica según la cual, los desempleados de la ciudad son los desertores del agro. Pesada carga para la sociedad urbana, amigo, que tiene que asumir los costos y riesgos de semejante anormalidad. La solución que propongo es, o regresar al campo de donde se es oriundo, o ubicarse laboralmente en el puesto que la dinámica social suele asignar a cada quien según sus posibilidades'; andanada que me revolvió los hígados, me hizo erguir en la silla con dignidad y desencadenó de mi parte un: no entiendo qué tenga que ver su teoría conmigo que no soy campesino; jab de izquierda que él me devolvió con un sencillo: 'vea usted, amigo, a veces las apariencias engañan'; con lo que yo, en un intento desesperado por tomar la iniciativa, ensayé una disquisición medio altisonante, y del todo fuera de lugar, sobre el desempleo, en donde ponía de presente que el éxodo masivo de campesinos a las ciudades es un fenómeno complejo, producto, entre otras cosas, de la violencia política que vive el país desde el bogotazo del nueve de abril, de la falta de estímulos para trabajar la tierra, de la voracidad de los terratenientes y de la descomposición económica, política y social que estamos padeciendo; discurso que en nada le impresionó, puesto que, en lugar de refutarme, se sonrió deleitado, como dándome a entender que no siguiera

recitando discursos de pichón de revolucionario. 'Lo que pasa, mi querido señor, dijo, es que hoy todos quieren ser doctores, exhibir un título de cualquier cosa, no importa de qué'. Que ya era hora de darme cuenta de que eso no es posible para todo el mundo; que a dónde iríamos a dar con el país lleno de doctores. 'Ser doctor es un honor que cuesta caro', arguyó. Que siempre le había parecido que la sociedad se encargaba de hacer la propia selección natural de sus individuos. 'El mío es una especie de darwinismo sociológico, ¿no le parece?' Que el que nació para doctor tenía que ser doctor y el que nació para panadero tenía que ser panadero. Expresiones ofensivas que traté de neutralizar con otro discurso teórico en términos de, no es que la sociedad funcione como Darwin dijo que funcionaba la naturaleza en la selección natural de las especies. Lo que pasa, doctor, es que la sociedad no nos da a todos igualdad de oportunidades, y otras ridiculeces de parecido jaez; con lo que él, siempre tan afable y paternal, me salió con que no me pusiera pesimista, que el panorama no era tan negro: 'Ahí están, por ejemplo, esos cursos que dicta el SERVICIO NACIONAL DE APRENDIZAJE, institución que fue diseñada por el gobierno nacional para llenar las necesidades y aspiraciones de quienes, por carencia de recursos económicos u otras limitaciones, no pueden aspirar a ser médicos, ingenieros o abogados', me explicó; palabras que por poco desencadenan lo que tal vez debió ocurrir, que yo le gritara en la cara, ¡hijo de puta!, que aún no sé si el impropio se me malogró para fortuna mía, o para mi desgracia, pues, a lo mejor, en mala hora hice un esfuerzo extremo por callarme la palabrita, por no embarrarla en el momento en que uno, estando solicitando empleo, debe ser tan diplomático, y más bien, salirme de la confrontación, que ya pintaba peligrosa, con aquello de que, no estoy interesado, doctor, en los cursos que dicta el SENA, pues, como usted ve, soy bachiller y tengo planes para el futuro; frase que en mal momento no me tragué, pues, al ser inquirido por él acerca de cuáles eran mis designios, me traicionó el subconsciente y, sin saber cómo, le dije: guitarrista. Mucha salida en falso, o cuando menos inútil, puesto que le serví en bandeja de plata la oportunidad para que me vapuleara con una frase que aún siento como un recto violento al mentón. 'A poco aspira, me dijo; el arte, como las mujeres, es tan bello como inútil'; a pesar de que trató de atenuar mi urticante escozor con el cuento de que mi franqueza le caía bien y hasta me advirtió, como si fuera un padre solícito, que yo estaba en el asfalto por lo de ser bachiller, 'un bachiller sin plata, que es lo peor, porque si la mayoría de

nuestros bachilleres no sabe hacer nada, al menos los que tienen dinero se meten a doctores, pero los que no pueden hacerlo, como es su caso, pretenden enseñar a otros. Semianalfabetos con título, los llamo, convertidos en maestros'. Razonamiento que me hizo retorcer de la ira por no haber sido capaz de gritarle en sus narices el hijueputazo, antes de permitirle que me dijera: 'yo que llevo más de cuarenta años luchando con la educación sé cómo le digo'. Planteamiento que aproveché para tratar de tirarlo a la lona, no sin antes felicitarle por no haberlo insultado, pues me dio la oportunidad de ponerlo, al menos eso creí, al borde del nocaut, recordándole que él, como rector y dueño del colegio, se empeñaba en seguir sacando cada año semianalfabetos, a los que usted mismo da el título, le dije, para que vayan a engrosar más tarde la nómina de maestros en muchos de los colegios como el que usted con tanta dignidad regenta; golpe que debió sentir como una inofensiva caricia, porque me respondió, de inmediato, con esa frescura que me desarmó: 'No tanto, amigo, el Ministerio de Educación, por mi intermedio, que es diferente'; al terminar lo cual, me volvió a repetir que mi franqueza le había caído en gracia, que no me ofrecía las clases de filosofía porque no iba a correr el riesgo de que con esas ideas tan peligrosas le subvirtiera el colegio, ironizó; pero que me proponía treinta horas de español más dirección de un grupo; propuesta que a estas alturas me desconcertó, aunque no tanto como para dejar de preguntarle cuánto ganaría por eso; lo que él absolvió de la manera más simple: 'seiscientos pesos', me dijo; guarismo que pretendí desestimar, diciéndole que eso era lo que ganaba una muchacha del servicio; premisa que él convirtió en violento rechazo con un simplísimo: 'allá usted si se quiere comparar con ellas, es mera cuestión de perspectiva'; violento golpe al hígado que pretendí minimizar con la pregunta bobalicona de si debía firmar algún contrato laboral; y él, que sí, que por supuesto, pero que a un año solamente y después de pasar el período de prueba; 'para renovárselo el año entrante, en caso de que nos entendamos, y así sucesivamente', me advirtió; lo que dio pie para que yo cometiera una última estupidez al preguntarle qué quería decir con eso de, 'en caso de que nos entendamos'; coyuntura que el doctor aprovechó para salirme con la enigmática formulación de que yo debía trabajar según la filosofía del colegio, pero que lo importante en ese momento era que no le diera más vueltas al asunto y le dijera de una vez por todas si me interesaba o no el puesto...".

Cuando al cabo de media hora la puerta de la rectoría se volvió a abrir, el rector despidió a Mateus con unas palmaditas cariñosas en el hombro y con un cuchicheo contemporizador. Sólo hasta aquella noche de confianza aguardentosa, Mateus me confesó que eran las palabras más reconfortantes de cuantas hasta ese día había escuchado en mucho tiempo. *“Bueno, profesor Mateus, me dijo con oblicua sonrisa: lo felicito. A partir de este momento es usted un nuevo profesional de la educación”*.

TERCER ROUND

Una mañana helada de febrero llegó Tomás Mateus al *Liceo Académico*. Había gastado los últimos pesos que trajo de su casa distante en la compra de un vestido de color fúnebre destinado a proporcionar atildamiento profesoral a su flaquísima figura. Le di alcance cuando aún faltaban dos cuadras para trasponer la puerta del colegio, lo cual no fue fácil, pues avanzaba dando grandes zancadas, como si estuviera tratando de ganarle una carrera al tiempo de estrenarse como profesor. Desde que lo divisé, por casualidad, en medio de la batahola de gente que desde aquellas horas tempranas caminaba por la calle, lo reconocí de inmediato: era el mismo tipo de gabardina negra que me había abordado semanas antes frente a la rectoría del establecimiento. Cargaba a cuestras, como aquel día, su mismo aspecto de gallinazo espantado. Bajo su brazo, unos libros de español aún vírgenes. Su aroma a tinta reciente amenazaba sucumbir en las emanaciones de sus axilas asustadas. No era necesario esforzarse demasiado para que, desde el fondo más hondo del alma le empezara a uno a salir un como sentimiento de lástima al verlo llegar al colegio así, tan indefenso, tan frágil y en la más completa ignorancia acerca de dónde se había metido. Era el primer día de clases.

“Puedo oler en la atmósfera la peligrosidad de la calle. Es como una presencia etérea suspensa en el sigilo de la niebla, como una exhalación del aire que te traspasa con su mirada yerta, que te acorrala con su olor a miedo, a carbón de piedra, que te obliga a percibir el eco de tus propios pasos, como si fueran los de alguien que te sigue de cerca, que logra, a tu pesar, que te detengas cada media cuadra a mirar de reojo, disimulando, para evitar que, en cualquier momento, te sorprendan con el escalofrío de un chuzo entre las costillas...”

El, yo y los estudiantes que caminábamos hacia el plantel nos disputábamos la acera con los perros públicos y con las putas exhaustas que esperaban aún a esas horas el tufo itinerante de algún borracho crepuscular. Empleados de residencias para amantes sin lecho, dueños de bares enfermos de melancolía, donde la puñalada acecha tras algún tango quejoso,

despedían la turbulencia de la noche ya extinta, a empellones de agua con específico, las colillas maceradas a pisotones, los espermatozoides prófugos y los escupitajos turbios de los borrachos.

*“Poco antes de llegar alcanzo a ver la puerta del colegio: una puerta grande y pesada como de claustro medieval. Sobre ella un aviso de caracteres impresionantes. 'Liceo Académico', dice, y más abajo, una frase que, de alguna manera, me tranquiliza: 'Mens sana in corpore sano'. Hago el esfuerzo por leer todo lo que dice el aviso con el mayor detenimiento para atemperar, hasta donde sea posible, el malestar que me atenaza la garganta, que me oprime el tórax y casi no me deja respirar. La preocupación del primer día de clases no me ha dejado dormir durante todas estas noches. Siento gran temor al momento crítico que he esperado tanto, que he ensayado de muchas maneras ante el espejo solitario de mi cuarto. El plan está bien pensado, calculado con minuciosidad hasta en sus detalles más insignificantes. Debo ser consciente de la estrategia que me conducirá a vencer, de una vez por todas, el pánico que me producen los grupos, los corrillos, las multitudes. En el '**Manual del Mejor Vendedor del Mundo**', el cual todavía guardo desde los días amargos de mi experiencia de vendedor de electrodomésticos, y que he logrado aprenderme casi de memoria, se dice que la inicial impresión es la que cuenta: ‘...es la primera imagen la que queda de manera indeleble en la retina de tu cliente potencial. Llevas en tí mismo, tal vez sin que lo sepas, el germen de la seguridad, del aplomo, de la audacia que te ha de conducir a vencer para siempre los obstáculos más insuperables. Descubre y agiganta dentro de tí esa pequeña semilla que te ha de guiar de la mano por los caminos soñados del éxito'. Cómo me perturban estas palabras plenas de vitalidad, cómo me llenan de poder y de optimismo. Al repetirlas, una y otra vez, frente al espejo, me he sentido henchido de una rara energía, de una fuerza en mí desconocida. Repetir la experiencia de decírmelas frente a frente mirando con fijeza a mi entrecejo, ha resultado excitante y casi enloquecedor. Irrumpiré en el salón de clases con la mesurada audacia del gran señor de mí mismo; todo mi cuerpo estará rodeado del aura gratificante de una seguridad imperturbable. Atravesaré el umbral del aula con los pulmones inundados de un aire nuevo, de ese aire cargado de agresiva seguridad. Entraré caminando sin apresurarme, pero con garbo; mis pasos serán lentos, pero enérgicos; serenos, pero categóricos. Una vez dentro del salón, descargaré los libros sobre el pupitre con la meticulosidad del más conspicuo catedrático, como quien da la impresión de estar meditando a profundidad sobre el tema*

de la clase. De ser necesario, corregiré la ubicación de alguno de ellos con movimientos suaves, confiados y cálidos de ambas manos, hecho lo cual, levantaré la mirada con parsimonia, a fin de dominar con la vista la totalidad del salón. No hay que olvidar que los ojos son las ventanas del alma. Mis ojos de bien ponderado profesor de español darán pequeños y progresivos saltos de fila a fila, de alumno a alumno, hasta que un silencio respetuoso empiece a enseñorearse del recinto. Sacaré un cigarrillo que taceré en el cristal de mi reloj, mediante tres golpes secos y precisos; lo llevaré a los labios con dignidad, encenderé con un convincente golpe de briquet, aspiraré a fondo, y expeleré en forma de intermitentes y bien dosificados chorros de humo, terminado lo cual, habrá llegado el momento para que con voz sonora, lenta y de registro bien audible, pronuncie mis primeras palabras como profesor: Buenos días, señores, soy el profesor Tomás Mateus y les enseñaré español, la lengua del Manco de Lepanto. Un plan así de meticuloso no tiene por qué fallar.

El efecto más inmediato sobre los estudiantes será el de dejar establecido de la manera más explícita, y desde el primer momento, un sólido y bien estructurado principio de autoridad. Si debo admitir que fracasé como vendedor ambulante, no me irá a pasar lo mismo como profesor. Como no hay mal que por bien no venga, del fiasco de mi pasado me quedó la gran lección de cómo alcanzar el éxito, en los fundamentos teóricos que proporciona el **'Manual del Mejor Vendedor del Mundo'**, y no seré tan tonto como para desaprovechar esta nueva oportunidad. También, por supuesto, está presupuestado el manejo de algunas dificultades, la mejor manera de neutralizar algunos imponderables. No seré tan ingenuo como para permitir que pequeños contratiempos arruinen mi plan. Vamos a suponer, eso es muy factible, que algunos estudiantes indisciplinados intenten sabotear mi clase. En tal eventualidad, será muy importante mostrarme molesto al menor indicio de ruido. Ante el más insignificante conato de desorden fulminaré con la mirada al primer atrevido que intente irrespetar mi clase. Para tal impase ya tengo preparada una serie de frases claves, las que he grabado en la memoria. La imprecación deberá salir diáfana y relumbrante como espada al rojo vivo: '¿Qué es esto? ¿Qué pasa? ¿Es que alguno ha perdido la herradura por ahí? Yo suplico a los que están al lado de ese asno que rebuzna con tal perfección, que se alejen de él, porque sus coces deben ser mortales de necesidad', tal como he leído varias veces en aquel episodio barojiano, en donde un maestro de la Universidad de Madrid reprende con severidad a un grupo de estudiantes alborotados. He hecho de nuevo mi repaso mental mientras avanzo hacia el colegio. A lo lejos alcanzo a ver el aviso encima de la puerta, y de un

solo golpe me veo frente a lo ineludible. Miro el reloj, el mismo que me ha de servir para tacar el cigarrillo inaugural antes de hablar: las siete y cuarto de la mañana. En el horario que me han dado dice con toda claridad: Lunes, 8 a.m., Español, IV. A. Ahora son las 7:45 de la mañana y estoy esperando con impaciencia el momento de empezar”.

A las ocho de la mañana sonó la campana. Fueron para él tres golpes lentos como de responso de noviembre. Con cada quejido del metal herido por la monotonía del badajo, fue cayendo a pedazos la serenidad que aún le quedaba:

“El sudor. Otra vez el sudor. La camisa pegada a la piel. Estar atado al temor, a ese maldito temor que me traiciona cuando más necesito estar sereno, en momentos definitivos cuando me la estoy jugando toda. Su sonido me sorprendió, me jugó una mala pasada. Fueron tres golpes secos, devastadores, para los que nunca me preparé, cuyos badajazos intimidatorios jamás presupuesté en mis planes de preparación, frente al espejo de mi cuarto. Más que alegres campanas de estreno, aquello sonó a toque de atención, a estridente campanazo de alerta”.

Poco a poco el patio de la vieja edificación fue quedando en silencio. El alboroto inicial cedió paso a una quietud apuntalada por la mirada pavorosa del prefecto de disciplina, quien, libreta en mano, iba escribiendo con gesto enérgico y estudiado, los nombres de los alumnos antiguos más irreductibles. De repente, el silencio se hizo espeso: mesurado y ceremonioso apareció el rector del colegio en el balcón interior del segundo piso, cuyo barandado daba a la cuadrícula del patio, donde, alineados por cursos, esperaban los estudiantes en compañía de sus profesores. Llegó precedido de su cuerda: el secretario general y el pagador, a la manera como los grandes capos del boxeo aparecen sobre el cuadrilátero, en las ceremonias preliminares de un combate por el título mundial.

Elegante, sutil e hipócrita, el doctor, como le decíamos, era dueño de un refinamiento poco común, que escondía en el terciopelo de la voz y en la ondulación levítica del gesto una personalidad peligrosa.

Tenía mucho poder. Era como el *Don King* de la educación privada en Colombia, desde su puesto de presidente de ASOCOPRICO¹⁵. Sus manías de beata de sacristía, su puntualidad

¹⁵ Asociación de Colegios Privados de Colombia. – N. del A.

enfermiza para asistir a misa y comulgar todos los días en el mismo lugar y a la misma hora, no le impedían, sin embargo, ser el dueño y administrador vergonzante de varias casas de citas, a las que iba con cierta frecuencia a desfogar con docilidad sus urgencias de marido flácido. “*En la otra vida sacarás lo que en ésta metas, nada más*”, solía decir con socarronería melíflua de abuelo libidinoso. Cometía al amparo de su poder toda clase de tropelías contra la educación. Frío y calculador en el manejo de las situaciones más comprometedoras, siempre tenía a mano una salida para todo. No había chanchullo, por escandaloso que fuera, que él no pudiera explicar a satisfacción de todos. Era conspicua su habilidad para conseguir partidas inverosímiles de dinero por intermedio de un congresista amigo suyo, a través de esa institución de latrocinio llamada “*auxilios parlamentarios*”. Ya se sabía: el cincuenta por ciento de la “*ayuda*” iba directamente a los bolsillos sin fondo del padre de la patria, y el otro cincuenta, se repartía entre la cuenta personal del doctor, rector y dueño del establecimiento, las veleidades de su amantísima esposa y el rubro destinado a sobornar con comilonas, borracheras, orgías en los prostíbulos de su propiedad y regalos de una inoportunidad descarada, a los visitantes del Ministerio de Educación que de cuando en cuando se aventuraban a cumplir su función de fiscales públicos de la educación privada. Pero eso sí: la clase de religión era la más importante del colegio. “*Cumple esta asignatura, mis queridos profesores —les decía con exasperante frecuencia—, la primordial e ineludible función de enseñar a los muchachos a refutar los errores más comunes contra nuestra santa Iglesia Católica, de tal manera que sus mentes juveniles no se dejen embaucar con las falacias de tanta secta que prolifera entre nosotros como maleza silvestre, al amparo de la dañina tolerancia de nuestros débiles gobiernos, y para que cuando nuestros bachilleres lleguen a la universidad, no caigan en las marañas intelectuales de un ateísmo tan grosero como peligroso*”.

Durante los meses de mayo y octubre era obligación de todos los directores de grupo encabezar el rezo diario del rosario en sus aulas respectivas, y aquel desafortunado que por cualquiera circunstancia omitiera el cumplimiento de tan perentoria orden, podía ver cancelado su contrato. Por sus modales cardenalicios y su manera acariciante de hablar, como quien hace confidencias, el señor rector, don Abedulio Vivas Arce, parecía tener un concepto altamente decoroso de su desvergüenza. Hizo el doctor un discurso de salutación paternal, “*a todos mis queridos estudiantes y profesores, destinados a formar atletas del*

saber, campeones de las más altas virtudes ciudadanas, plusmarquistas de la pulcritud y del servicio a la iglesia y a la nación". Se despidió con una sonrisa de esfinge, la que acompañó con un movimiento imperceptible y litúrgico de ambas manos, como si estuviera a punto de echarnos su bendición, y se esfumó por donde entró, dejando tras de sí los efluvios sutiles de su discreta lavanda.

Tras los muchachos de IV. A. penetró Tomás en el aula. Más allá del umbral lo recibieron los estudiantes con un silencio tenso que lo golpeó. No eran alumnos como él se los había imaginado en sus sesiones solitarias de entrenamiento frente al espejo de su cuarto. Eran tipos de mirar agresivo y burlón, de talante desagradable. Tomás se desconcertó, pero quiso sobreponerse de inmediato. En vez de los "*pasos lentos pero enérgicos, serenos pero categóricos*", presupuestados en su plan, observó que las piernas se le aflojaron y el pulso se le aceleró. Llenó varias veces a fondo sus pulmones con el aire viciado del salón para tratar de recuperar el terreno que, de entrada, ya había perdido. Descargó los libros que llevaba como pudo, mientras iba cayendo presa de su propia angustia.

—Buenos días —al fin les dijo.

Nadie respondió. Sólo un ronco murmullo y algunas risas contenidas. Y luego, otra vez el silencio, ese silencio atroz, que puede ser, en ocasiones, una de las formas más pavorosas de la agresión. No le habían dicho una sola palabra y, sin embargo, lo habían agredido de entrada. ¿Qué podía decirles? ¿A quién fulminar con las ensayadas frases de, "*¿Qué es esto? ¿Qué pasa? ¿Es que alguno ha perdido la herradura por ahí?*".

De repente, un violento chiflido hirió la sordidez de ese silencio interminable. Atemorizado, volvió la espalda a los estudiantes y, antes de pronunciar sus primeras palabras como profesor de español, quedó irremediabilmente desarmado: sobre el tablero recién pintado y listo para escribir las explicaciones de la clase, los estudiantes habían dibujado un gigantesco y verrugoso falo con toda clase de pelos y señales. Abandonado a su propia suerte, fue al pupitre y cogió con precipitación los libros a fin de disimular el temblor de sus manos húmedas y pegachentas. Pero el efecto resultó contrario: los libros acentuaban aún más su turbación y una desolación inmensa lo invadió casi hasta las lágrimas, que le

tocó tragarse entre pucheros de disimulo. Pensó que se iba a caer. Quiso decir algunas de las frases prefabricadas que tantas veces había ensayado desde la intimidad de su espejo, pero sentía la lengua pegada al paladar. Después de varios tartamudeos, atinó a decir:

—Soy Tomás Mateus, el nuevo profesor de español, la lengua del Manco de Lepanto.

—¿Quién es ése? —preguntó alguien.

— El que tenía la polla que causaba espanto —respondió otro, señalando hacia el tablero.

El violento silencio inicial se diluyó en carcajada. Gritos estentóreos, pitos, silbatina, golpes y estruendos de toda clase, fueron los ingredientes de la zambra que estalló como dinamita. Tomás Mateus cerró momentáneamente los ojos, sólo el instante necesario para sentirse el profesor más desafortunado y grotesco. Cuando los abrió de nuevo, la almohadilla del tablero se había estrellado contra él, manchándole, tal vez para siempre, su fúnebre vestimenta de profesor.

CUARTO ROUND

Finalizaba febrero y el desempeño profesoral de Mateus no sólo empezaba a dar de qué hablar a todo el mundo, sino que su misma persona parecía desmoronarse con cada jirón que de su imagen iba quedando regado por el colegio. Su fama de profesor pésimo corría ya de salón en salón, de oficina en oficina. Él mismo empezó a ser tema obligatorio de toda clase de anécdotas y chistes. “*Al menos hoy salió vivo*”, comentó en alguna oportunidad el prefecto de disciplina en la sala de profesores, cuando lo vio llegar acorralado por una jauría de estudiantes alborotados. De una y otra parte se oía cada vez con mayor insistencia que a Mateus le había quedado grande el puesto de profesor de español, porque no podía ya más con la indisciplina de sus clases ruidosas; porque se lo estaba tragando vivo el tigre de sus estudiantes cada vez más alebrestados, como si el olor a miedo que empezaba a soltar desde que ponía los pies en el colegio, fuera el acicate para ensañarse con renovada ferocidad en él; porque su presencia en los salones desencadenaba, de inmediato, un relajamiento de proporciones demenciales; porque ni siquiera el lameculos de la clase lo respetaba, por más lambón que fuera; porque “*ese tipo no sabe de pedagogía, de la efectiva, de la que aquí aplicamos*”; porque tampoco sabía de español ni de literatura, “*pues sus explicaciones son un galimatías que, con seguridad, ni él mismo entiende*”; porque los estudiantes, desde el más chico hasta el más grande, desde el más tonto hasta el más *avivato*, no querían saber nada de él, ni mucho menos de sus clases insoportables.

Él, entretanto, parecía desarmado ante una situación que se salió de sus manos más pronto de lo que pudiera haber previsto en sus ensayos de maniático frente al espejo desteñido de su alcoba, a donde acudía todos los días a entrevistarse consigo mismo, a fin de fabricar en su imaginación febricitante toda clase de castillos en el aire, iluminados con las luces multicolores de mil fuegos fatuos que él se empeñaba en alimentar con terquedad al amparo de sueños imposibles. Después de todo, él mismo lo llegó a reconocer año y medio después, borracho y lloroso, con una bronca infinita en el alma, y haciendo gala de sus acostumbrados circunloquios, con una frase medio esotérica y rimbombante, pero certera: “*Todo pudo estar en mis planes, menos ingresar a la docencia a través del ritual iniciático del escarnio*”. Largas horas de cavilación siguieron a aquella primera experiencia

devastadora.

Después de las clases, de donde salía aniquilado y sudoroso, grogui y al borde del nocaut, se sentaba en su esquina de la sala de profesores a tomar resuello para la siguiente hora, y a debatirse entre una melancolía sin fondo y la ira asordada por un sentimiento paralizante de impotencia. No esperaba, es verdad, grandes cosas de su gestión de maestro, pero tampoco se imaginó jamás que sería, desde el principio, la personificación viva del fracaso. Su espíritu ingenuo y confiado hasta la temeridad en la benevolencia de la gente, demostraba hasta qué punto desconocía la condición humana. Desde esa perspectiva no le era posible avizorar el fantasma de su propia quiebra a manos de los alumnos, de sus propios colegas y de él mismo. Puesto que le había tocado ser maestro, deseaba, aunque sin lograrlo, ser diferente de aquellos profesores que tanto le habían desilusionado durante el bachillerato. Por eso, ensayaba todos los días dictarse a sí mismo frente al espejo las clases que dictaría después a otros, para tratar de apropiarse, al menos, la dicción, los ademanes y el estilo del único profesor que lo había impresionado en su vida: el señor Escamilla. “...*su seguridad* —se repetía una y otra vez en el monólogo diario que tantas veces le oí frente al espejo—, *el dominio tranquilo de su saber de maestro...*” Y al conversarse a sí mismo de él como si estuviera hablando con él, abstraído durante horas del mundo circundante, parecían suavizársele los destellos bermejos de sus pupilas empozadas en el rencor, para dar paso a una mirada casi tierna, diluida en la humedad tibia de sus recuerdos. “*Todavía me acompaña tu mirada de viejo apacible* —decía callándose de trecho en trecho para recordar—; *todavía tengo en las mías el calor seco de tus manos ecuánimes*”. Y luego, empezaba a conversar a solas de él en un soliloquio cálido y lleno de emoción. “...*tu catadura de maestro, tu entusiasmo para enseñar, la justeza de tus palabras inolvidables. En ocasiones era severo, pero jamás injusto ni arbitrario. Cómo recuerdo tus clases de matemáticas; te empeñabas en convencernos de que eran fáciles y agradables. Aún te escucho decir: ‘las matemáticas, señor Mateus, no son difíciles, las hacemos difíciles; no son complicadas, las hacemos complicadas: ustedes los estudiantes con su actitud derrotista, y nosotros los maestros con nuestra prepotencia, con nuestro deseo de hacernos pasar por sabihondos. Nadie, señor Otálora, ninguna persona, señor Alarcón, puede decir: yo sé demasiadas matemáticas. Son tan inabarcables como el universo, del que son*

lenguaje. Ahí radica su hermosura; sobre ellas descansa la arquitectura mental del mundo físico, al que los griegos llamaron cosmos. ¿Sabe usted, señor Figueroa, por qué los griegos llamaron cosmos al universo? ¿Conque no lo sabe? Pues estoy seguro de que sí. No me vaya a decir ahora que ignora el significado de la palabra cosmético. Eso es, señor Figueroa: cosmético quiere decir embellecedor. Pues la palabra cosmético deriva de la palabra cosmos. ¿Se da cuenta usted? En efecto, los griegos llamaron al universo cosmos porque les pareció hermoso. Y los latinos le pusieron al universo mundus por la misma razón. O, ¿acaso inmundus, antónimo de mundus, no quiere decir sucio, feo y repugnante?’ De las matemáticas pasabas a la filosofía. Cuántas veces nos hiciste saltar del teorema de Pitágoras al devenir de Heráclito, de Heráclito a la geometría de Descartes y de Descartes a las mónadas¹⁶ de Leibniz. Cómo nos emocionábamos con tus palabras, capaces de dejar filtrar por entre el telón espeso de nuestra ignorancia, pequeños resquicios de luz, hasta permitirnos intuir al otro lado de nuestra neblina mental, un universo lleno de sorpresas, poblado de emociones...”

Pero, pese a sus parlamentos de evocación febril, en contravía de todos los espejismos de su ensayo, las clases de Mateus iban empeorando hasta degenerar en desastre, cuyos estragos no había podido calibrar aún en toda su magnitud. No cabía duda: Tomás Mateus era otro desde aquella mañana helada de febrero en la que se estrenó como profesor de español. Su carácter apacible y la policromía de su cháchara fresca, se iban trasmutando con rapidez en una especie de letargo contemplativo. Mordía su soledad en el aislamiento de los libros. Pero su consagración al estudio era, apenas, aparente. Al observarlo desde mi esquina neutral, descubrí un día que, en realidad, nunca estudiaba: simulaba hacerlo como única alternativa para estar solo. De cuando en cuando el viejo profesor de francés, a quien apodábamos *Monsieur*, pasaba junto a su escritorio para darle en la espalda unas palmaditas afectuosas. El viejo maestro, con su libro *Perrier* aún incólume a los ramalazos de tantos años de uso, era no sólo encantador sino admirable. Pese al aura de bondad que *Monsieur*

¹⁶ Mónadas: del griego μονάς, unidad. Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716), filósofo, científico e historiador alemán, no consideraba, hoy sabemos que correctamente, los átomos como último elemento constitutivo de la materia; pero como esta no puede ser infinitamente divisible, concluye que los últimos elementos deben ser entidades inmatrimales, como fuerzas, a las que denominó mónadas. Así, las mónadas son unidades simples o sustancias simples, indivisibles e inextensas, de naturaleza inmaterial, distintas e infinitas en número. – N. del R.

irradiaba, nadie se lo ponía de ruana. Hacía respetar su clase. Lo que constituyó hasta su muerte, pocos años después, un enigma con ribetes de fascinación fue el cómo lo hacía. Nadie podía precisar de dónde sacaba el poder secreto que le permitía dominar a sus anchas mozos de semejante catadura. Porque eran los del *Liceo Académico* alumnos demasiado especiales. Pocos colegios de Bogotá podían darse el lujo de albergar en sus claustros un conjunto tan homogéneo de patanería, indisciplina y vagancia. Muchos alumnos en casi todos los colegios son difíciles y hasta rebeldes. Pero éstos, además, eran insolentes, agresivos y altaneros. Enseñar en ese antro era para la generalidad de los profesores, no sólo un dolor de cabeza, sino, en ocasiones, hasta peligroso. Abundaban las historias de estudiantes que se enorgullecían de haberle partido la cara a algún profesor que pretendió meterlos en cintura. Era legendaria la anécdota del guajiro de VI. A., quien asistía a clases armado de revólver. Cierta día en que se le revolvieron todos sus malos humores, por poco mata a balazos al profesor de química, quien, despavorido, buscó refugio en la oficina del prefecto de disciplina, el cual, muerto de la risa, hizo evacuar el colegio y se quedó a solas con el matón, atrincherado con su treinta y ocho largo tras los mostradores de la tienda escolar. No sólo lo desarmó, sino que lo reventó a golpes. Cuando lo arrastró a la calle convertido en una lástima, los quinientos alumnos del *Liceo Académico* que esperaban ansiosos el resultado de la confrontación, recibieron con gritos y chiflidos de aprobación la proeza del prefecto.

El viejo maestro de francés, por el contrario, siempre sereno y dueño de sí, nunca gritaba ni se descomponía, como el de matemáticas; jamás se le oía expresión alguna cercana a la procacidad como las que utilizaba a diario el profesor *Mortadela*; nunca apelaba al socorrido recurso del “*sálgase usted de clase*”, o a los pavorosos puñetazos que formaban parte del no muy variado repertorio pedagógico del prefecto de disciplina. El veterano educador, imperturbable siempre, era capaz de poner en su sitio con una y definitiva mirada al iluso que aventurara en su clase alguna baladronada. Enseñaba su francés con voz de bogotano nasal, armado, es verdad, con una pedagogía de antigua data, pero capaz de inclinar ante sí el acatamiento de todos, mediante la suave firmeza de su poder.

Tomas Mateus, o *Confucio*, como ya empezaban a decirle los estudiantes, se miraba una y otra vez en el espejo del viejo profesor durante sus cavilaciones de todos los días frente a los libros de español. No lograba descifrarlo: la bondad de su rostro contrastaba con la altivez de su porte de gran señor. Su presencia, a la vez enérgica y bondadosa, estaba tan lejana de la arrogancia como de la bobaliconería. Su sola estampa era sinónimo de autoridad, y entre más se comparaba con él, más entendía la magnitud de la brecha que los separaba. Y un odio irracional y subterráneo hacia todo lo del colegio iba apoderándose de Tomás. Era evidente: el ejercicio diario de la profesión, que para nosotros, a pesar de todo, era rutina, se le fue convirtiendo en aleteos de pesadilla. Por las noches se acostaba, exhausto, a seguir rumiando el rencor que destilaba su espíritu emponzoñado. Y, entonces, la noche se le venía encima con su procesión de sombras: Wills Fernando, aullándole sin respiro, mientras él hacía esfuerzos inimaginables por hacer escuchar en medio del barullo general el análisis del predicado verbal; Sánchez Fabio, tirándole bодоques de tiza; Martínez Leiva, el marihuanero, rebuznando en clase con estruendo de burro asmático. Las carcajadas intermitentes, los ojos agresivos y burlones, los silencios cargados de pavor, la hipocresía melosa del lameculos de la clase, la agitación de una angustia sin fin, interrumpida por la violencia de la campana del reloj de mesa, que, al despertarlo todos los días a las seis de la mañana, lo volvía a poner de nuevo, sudoroso y encalambrado, más agotado de lo que estaba cuando se acostó, en el minuto inicial de un nuevo round, para recorrer otra vez el mismo laberinto de pesadillas sin fin. Su fama de profesor a quien podían embromar a placer sin que pasara nada, se había regado ya por todo el colegio. Si hasta los chiquillos de la primaria, a quienes no daba clases, ya empezaban a ensayar la manera de pasarla de maravillas a costa de *Confucio*.

Después de cada gresca, ahí tenía encima a los cernícalos de los colegas, los magos, los duros, zahiriéndolo y dándole recetas infalibles, como si fuéramos hombres de su esquina al término de un round difícil. Él, mientras tanto, sentado en su butaca, trataba en silencio de pasar el mal momento.

"No se ponga con decencias y mariconerías, —aconsejaba Mortadela—. Esta gente, como los burros, está enseñada a que la traten a las trompadas. Aquí poco interesa el que usted sepa o no, el que usted enseñe o no. ¿O cree que al prefecto de disciplina lo respetan en

este colegio porque sabe? Pues ese señor tiene la sabiduría en las pelotas, porque ha demostrado cojones, porque aquí todo el mundo sabe que no se arruga, que así como levanta ciento cincuenta kilos, lo puede levantar a usted a puntapiés. A usted y al más duro, ¿me oye? Y le voy a contar una cosa: cuando ese señor llegó a este circo, podría tener la musculatura que usted tiene. Se lo pasaba todo el mundo por donde sabemos, aunque era el prefecto. Hasta que descubrió el secreto, la solución del problema: impuso la dialéctica de la patada, la pedagogía del puñetazo, la filosofía del, 'su madre, gran marica, y salga al patio si no le gustó'. Para eso se metió al Gimnasio Charles Atlas¹⁷, y ahí lo tiene usted, un duro, un tebas¹⁸, que fue capaz de subir al podio de Mister Bogotá 67. Usted me ve: no tengo ni la musculatura ni los arrestos del prefecto como para partirle el alma al guajiro, pero ya se habrá dado cuenta de cómo me defiendo a madrazo limpio¹⁹. Tal vez mi vocabulario no sea demasiado pulido como el que usted usa, pero debe reconocer que el mío lleva dinamita. ¿Para qué carajos tanto título, tanta pedagogía de libro, tanta basura literaria, si con un sencillo hijueputazo basta para imponer el orden, para mantener la disciplina? Y no le tiemble el pulso, amigo Confucio: lléneles la libreta de ceros y de unos; sepa hacer teatro que algo se asustan. Puesto que gana tan poco, aprenda a cogerse sus billeticos, a ponerse sus extras a costa de los cabrones que le hacen pasar tantos sinsabores. Raje a todos esos malparidos y, cuando vaya llegando octubre, anúncieles un examen remedial a cincuenta pesos cabeza. Aprenda del profesor de física, full tipo, capaz de rajar en los exámenes parciales hasta al mismo Jesucristo si se le presentara a un examen de religión. Ni siquiera disimula pasando unos cuantos. Verraco²⁰ que es él. El año pasado, por ahí al filo de octubre, concretó la fecha del examen que sabemos. Y, cuando ya tenía en fila el curso entero, listo para entrar al salón, les pegó una vaciada de lo más sustancioso que he oído: 'Maricones –les dijo—, eso les pasa por vagos, por no estudiar la

¹⁷ **Charles Atlas** (1893 –1972), cuyo nombre original era Angelo Siciliano, típico “self-made man”, creó su propio método original de entrenamiento físico, pasando de ser un “debilucho” a convertirse en el fisicoculturista más popular de su época. Fundó su propia compañía en 1929, vigente todavía en la actualidad, en la que se sigue enseñando su famoso método de desarrollo corporal. Todos los grandes fisicoculturistas que le sucedieron están en deuda con él. – N. del R.

¹⁸ **Tebas**, así como la palabra **verraco**, son coloquialismos muy usados en Colombia por gentes de vocabulario no muy pulido, para significar corajudo, valiente, temerario, aplicable a personas que no se arredran o que emprenden con determinación empresas difíciles y riesgosas. Tebas también puede significar persona sobresaliente en algo o cuyo saber en cierta disciplina es muy notorio. – N. del A.

¹⁹ a madrazo limpio: a golpes. – N. del R.

²⁰ Véase arriba la nota a **tebas**.

materia, degenerados. Ahora sí me la van a pagar todos, para que se dejen de ser jodidos y aprendan a respetar al que sabe, al que se ha quemado las pestañas estudiando durante toda una vida, preparándoles su clase, para que resulten ahora con que no estudian y se las quieran tirar de vivos para pasar suavemente. Si eso es lo que están pensando, se jodieron, cagoncitos... Y vayan enderezando la fila para que entren al salón en orden, en el más perfecto silencio, y me van dejando encima del pupitre los cincuenta pesitos que les pedí, un verdadero regalo, pajuelitos, a ver si es que no saben aprovechar. Ya veo que Ortigoza me está queriendo decir con esa cara de tarado, que no le vaya a tirar rayo, que estuvo enfermo, que no alcanzó a estudiar los capítulos que les puse para el examen. Pues para que vea, Ortigoza, cómo amanecí hoy de buena persona, entienda que en este preciso instante no estoy insistiendo demasiado en el punto de estudiar, sino en el de haber traído los cincuenta pesitos. ¿Estamos? Pero todavía sigo siendo buena persona, porque ya veo que Olarte me va a salir, como el año pasado, con el cuento chimbo de que no le alcanza para cincuenta devaluados pesos. ¿Cuánto tiene, Olarte? ¿Treinta pesos, nada más? Si seré adivino. Pues, páselos para acá, mijo. Y aproveche que estamos en realización²¹. ¿Cómo le parece, amigo Confucio? Ya quisiera tener la verba de ese tipo y su capacidad de convicción. Logra asustarlos, a pesar de que todo el mundo sabe que, en definitiva, pasa la materia, que aprueba el año si ha cumplido a cabalidad con el pago de la pensión y con las cuotas que piden a cada rato para conmemorar hasta los pedos que se afloja el doctor Abedulio Vivas Arce. Si usted quiere que lo respeten, maestro, desbaráteles, al menos, una silla en el espinazo a cualquiera de los tarados que lo joden tanto, y verá cómo se le arregla la situación, cómo se le aclara la panorámica. Verá que cuando sientan volar astillas de taburete por encima de las cabezas, se les muda el color del rostro y se les transforma la risita burlona que le hacen en cara de espanto. El que pega primero, dice el adagio popular, pega dos veces. ¿Que los muchachos son jodidos? Pues demuéstreles que usted es tres veces más jodido. ¿Que los muchachos son groseros? Pues hágales ver que así como tiene boquita para leer versitos y mariconadas literarias, también su boca le huele a alcantarilla. ¿Que nos pagan poco sueldo? Pues saquémosle partido económico a la vagancia de estos hijos de puta y al desorden de todo este circo de locos. Usted sabe muy bien que esto es un negocio en el que debe ganar no sólo el rector, por ser el dueño,

²¹ Es decir, “estar de liquidación”. – N. del R.

sino también nosotros los profesores, aunque no seamos accionistas de la empresa. Mi filosofía pedagógica, amigo profesor, es tan elemental como efectiva: la base estructural del respeto al docente está en la contundencia del susto. ¿No le parece ésta, una frase digna de Sócrates?”

La campana del colegio interrumpió las últimas palabras de *Mortadela* anunciando el inicio de la siguiente clase. Tomás se levantó de su butaca con un amargo espeso en la boca. Tras la silueta gordiflona de *Mortadela*, enmarcada en el rectángulo de la puerta, se alcanzó a ver, cruzando por el corredor, la figura magra del profesor de francés.

QUINTO ROUND

Una tarde plomiza de mayo lo obligué a salir conmigo a la calle. Ráfagas intermitentes de un viento que mordía los huesos se habían tomado la ciudad. Cúmulos premonitorios cubrían las faldas de los cerros orientales. Algunos de los pocos transeúntes que, a pesar de la amenaza de lluvia, deambulaban por las calles, seguían en sus transistores históricos las incidencias del fútbol dominical, o las carreras de caballos del *Hipódromo de Techo*. No me pesa haberlo empujado a la calle, a pesar de la inminencia del chubasco. Me empezó un como desespero por arrancarlo de la fijeza enajenante de su espejo. Había llegado a un punto en el que, a fuerza de soportar la angustia, empezaba a desconectarse de la realidad de este mundo terreno. Desde hacía varias semanas la depresión lo tenía arrinconado contra las cuerdas de su hermetismo alucinado. No cabía duda: Tomás Mateus había ido resbalándose con rapidez hacia las profundidades sin fondo de un mutismo peligroso, desde donde resultaba cada vez más difícil hacerlo regresar a los territorios desolados, aunque ciertos, de la vida de todos los días. Cada vez con más frecuencia lo sorprendía hablando solo, riendo solo frente a la luna amarillenta de su espejo. Era tan preocupante su ensimismamiento que, en ocasiones, ni se daba por aludido cuando yo entraba a la habitación haciendo, a propósito, toda clase de ruidos y estridencias. Lo obligué a salir porque, a pesar de todo, conservaba la esperanza de que él aún estuviera luchando por mantenerse agarrado a las cuerdas que lo sostenían, aunque de manera precaria, dentro de los límites estrechos pero tranquilizadores de la cordura. Iba ya al colegio como un autómatas a tratar de cumplir con sus asignaturas, sin importarle, apenas, si le atendían o no, si lo atacaban o no; si, como resultado del caos crónico de sus clases, terminaría por derrumbarse en la lona sobre la que forcejeaba con torpeza desde febrero por imponer su deslucido estilo de profesor de español. De cuando en cuando reaccionaba, como si un segundo aire hubiera venido en ayuda de sus piernas desfallecientes. Sólo que entonces era cuando arremetía de manera caótica y ciega contra todo el que se le pusiera delante. Esta falta de claridad para ajustar el plan de su pelea a las necesidades del terreno al que debía trasladarla para no ser noqueado, empeoraba las cosas. Por eso, cuando aquella tarde helada de mayo le cerré a la brava todas las salidas a sus pretextos, de tal suerte que no le quedó

más remedio que poner los pies y los ojos en la calle, sólo intentaba ayudarlo a olvidar por unas horas la luna enloquecedora de su espejo, a donde regresaba sin falta a cumplir su cita con el fantasma de su descalabro. Fue allí donde se empezó a perder en los tremedales de su sin salida, cuando al emprender su recorrido diario, a partir del punto en el que lo dejó el día anterior, se le fue convirtiendo el camino de regreso en nudo ciego, entre los meandros movedizos de su espíritu acorralado.

En cuanto salimos a la calle, empezó a hablar solo. Decía cosas inconexas; sacaba a flote retazos desgarrados de sus recuerdos, hilachos de su rencor, piezas maltrechas del rompecabezas de sus sueños.

“... Caminar sin punto fijo,...De sur a norte y de norte a sur,...Un guitarrista tenaz de esos que andan repartiendo recitales y conciertos de Londres a París, de París a Hamburgo, de Hamburgo a Río”.

Caminaba dormido para soñar despierto; él con su mirada perdida de peatón ausente, y yo, a su lado, en el plan de agrietar la costra sin fisuras de su ensimismamiento.

“... Caminar sin ton ni son de sur a norte y de norte a sur”.

—¿Qué dijo?

“... Las mismas calles, la misma presión, la misma angustia”.

—¿Angustia de qué? ¿Presión de qué?

“...Ollas, planchas, televisores,...Vía Braniff, destino Boston, con la guitarra en la silla de al lado,...Histórico recital del maestro Mateus ayer,...En una demostración sin precedentes de sus condiciones de ejecutante depurado,... Haciendo gala de una técnica sin concesiones,...Dueño de una coloratura musical de amplio espectro,...Cuadras y cuadras de dolor de pies, de agujeros en las suelas de los zapatos,...Ecos, solamente ecos de voces en la memoria, neblina de recuerdos que se pierden, que ya no vuelven

nunca,...Vibración sostenida, tremolación, desgarramiento más allá de la voz. Voces de monjes muertos hace ya tanto tiempo en la penumbra de sus celdas que no conocimos, pero que pudimos reconstruir a través de los planos minuciosos que nos dejó el tremor de su cantilación, la lentitud sinuosa de su monorritmo,...Por entre los dédalos de sus quilismas, por entre la sutileza huidiza sus porrectus, ...Cadencia de lamentación a la medida de sus más secretos sueños, ...Kyries, graduales, antífonas²², ...Canto, solamente canto que al fin no es música, porque no es capaz de expresar mi voz, mi voz personal. Melisma de sonidos esclavizados a un texto, a un Verbum que no me representa, que no me interpreta, que no me rescata del terror de ser nadie impersonal, repetible en la voz de otro, y ese otro en la de otro, y ese otro en la de otro, y todos ellos borrados en la totalidad de un coro, donde ni siquiera es posible agarrarse al sonido salvador de un instrumento que hable por mí, que hable por ti, que me permita ser a mí, que te permita ser a ti, ...Simulación de un optimismo histriónico a pesar del hambre, a pesar del cansancio, como lo recomienda el Manual para no sacar corriendo al cliente, ...Wills Fernando, tienes cero, Martínez Leiva, me desesperan tus rebuznos en clase; todos los días lo mismo, no sé qué buscas con eso, ...Esfuerzo para hilar, después de tantas noches de angustia, una verba falaz que no es mi verba, hasta violentar al cliente que se te escurre por entre los recodos de sus evasivas, ... Los coros de la Sixtina, ellos tienen el secreto, la clave que tanto he buscado para poder estar en paz conmigo y con la música que sale de mi guitarra, la de Vivaldi que tanto amo porque permite mi expresión personal, mi voz individual, no la del texto sagrado, ni la disolución de mi voz en el anonimato del coro gregoriano, ...Cacería angustiosa a base de mentiras, de frases prefabricadas, ...De buen manejo de la imagen, de óptima administración de la sonrisa, ...Un traje de conciertos, una camisa de encajes, una guitarra Ramírez, una de esas que cuando suenan deja sin habla al que sabe, al que es capaz de degustar su sonido pastoso, apagado como voz de mujer en celo en el pentagrama de una noche oriental,...Capítulo quinto: de la presentación personal. Aspecto fundamental de todo buen vendedor es su apariencia impecable,...La corbata a tono con el vestido, color marrón para el gris, la estampada para el azul con la camisa rosada, los zapatos como

²² Partes de la misa católica, celebrada en latín según el antiguo rito tridentino que data de 1545 y que estuvo vigente hasta 1963, año en el que fue derogado por el Concilio Vaticano II, bajo la conducción del papa Juan XXIII, para establecer uno nuevo con cambios tan relevantes como la celebración de los oficios litúrgicos en la lengua nacional de cada país, importante cambio que ya había instaurado la Reforma Protestante de Lutero desde el siglo XVI. – N. del A.

espejos; el caminar seguro, no importa que a las dos aún no hayas desayunado; la conversación cálida para no sacar corriendo al cliente, la intuición al acecho para atacar con exactitud, en el punto más débil,...Recuérdeme su apellido, por favor; gracias, eso es, señor Peláez, no puede dejar escapar de sus manos la fabulosa oportunidad que nuestra firma le ofrece a tan bajo costo,... Como si la perra empresa fuera mía,... Verborrea fétida, falacia verbal, palabra prostituida,...Fuera de clase, Aguilera. Sáqueme si puede, si se siente tan varón,...Nuestra firma, ¿me recuerda su nombre por favor? Gracias, eso es, señor Salamanca, con una tradición de seriedad y servicio por más de setenta años en el país,...Qué angustia me da pensar que Mortadela tenga la razón,...En efecto: ese señor parece tener la sabiduría en las pelotas porque no se arruga como yo, porque ha demostrado cojones,...El inimitable acabado de nuestros productos fabricados en función de su propio confort, señor Peláez, de su propio bienestar y del de los suyos, que es lo que avala nuestra razón de ser como empresa”.

— ¿Cuál empresa?

“...Sonoridad esencial, vibración escueta, desnuda y pura verdad,...Recuerdos de la Alhambra, Variaciones sobre un tema de la flauta Mágica de Mozart, Fantasía que contrahaze la arpa en la manera de Ludovico”.

— ¿Cuál Ludovico? ¿Ludovico qué?

“ ... Eso es, señor Peláez”,

—¿Ludovico Peláez?

“ ... Como si la perra empresa fuera mía,...Que contrahaze la arpa en la manera de Ludovico, con todos los exempla del buen tañer en la vihuela,...Basura, palabras que no podrán jamás recuperarse, porque fueron a dar al pozo séptico de todas las falacias, de todas las demagogias,... Voz que suplica alabando, que pretende amar temiendo: Tremens factus sum ego et timeo, dum discussio venerit atque ventura ira. Quando coeli movendi

*sunt et terra*²³,...*Para que después de trabajar al cliente, de ir y de volver hasta su oficina, de seguirlo, de espiarlo, de acosarlo hasta cuando va a hacer pipí, resulte con que no te compra nada. ¿Que ratero yo? ¿Que apartamentero yo? Por ahí cerca debe tener a sus compinches; esa no es conmigo, jovencito. O ¿cree que no les conozco la treta? La misma que saben todos. Me ofende usted, caballero. Puede mirar mi tarjeta personal: represento la conocida firma Santacoloma Hermanos. Pues, no se lo creo: la misma artimaña de siempre: tocan el timbre, se hacen abrir como sea, y, antes de que uno reaccione, ya están adentro, porque la consigna es vender a las buenas o las malas. Luego, lo envuelven a uno con su discurso aprendido, la retahíla de siempre. ¿Cómo me estaba diciendo? Ya recuerdo: No pretendo, caballero, ¿me recuerda su nombre, por favor? Gracias, eso es, señor Carrillo, quitarle más de dos minutos de su precioso tiempo. ¿Verdad que fue así como me dijo? Pues váyase a la mierda con su discurso barato. ¿Conque esta plancha qué? ¿Conque especialmente diseñada para arreglar la ropa de Marilyn Monroe? ¿Y quién se va a comer ese cuento, jovencito?, mi vendedor estrella de, ¿cómo me estaba diciendo? Ya, ya recuerdo, de Santacoloma Hermanos, si la Marilyn Monroe lo más que vivía era en cueros? Y ahora, dígame jovencito, ¿cómo le quedó el ojo?,...Seiscientos pesos. Eso, doctor, es lo que gana una muchacha del servicio. Allá usted si se quiere comparar con ellas, es mera cuestión de perspectiva,...Voz que deviene en letanía de otra voz que no pudo, tampoco, resolver su angustia. Dies illa, dies irae, calamitatis et miseriae, dies magna et amara valde*²⁴,... *Con sus planchas al carajo, a donde otro más tonto que yo. Y piérdaseme de la vista si no quiere que le eche los perros,...Y ni manera de decir nada, porque, según el Manual, el cliente siempre tiene la razón”.*

— ¿De qué razón habla?

“...Fantasía para un Gentilhombre, Concierto de Aranjuez,...De re a sol, de sol a mi menor, de puerta a puerta hasta que alguna se abre. Es algo jamona y pasa de los cuarenta. Camina agachada como si no le pudiera a las tetas, ...Tal vez mi vocabulario no sea

²³ Estas palabras son un fragmento del “Libera me” de la Misa de Requiem: “*Temblando estoy y temo, a la espera del juicio y la ira venideros, cuando se estremezcan los cielos y la tierra...*”. – N. del A.

²⁴ Mismo fragmento de la Misa de Requiem: “*Día aquel, día de ira, calamidad y miseria, día de grande y excesiva amargura*”. – N. del A.

demasiado pulido como el que usted usa, pero debe reconocer que el mío lleva dinamita,...Me mira despacio, me envuelve con esos ojos lascivos que intuyo en la humedad de sus pupilas, ...De arriba abajo, de pies a cabeza, igual que el doctor en la rectoría, sin decirme palabra, deteniéndose con largueza en lo que ella piensa lleva uno en la entrepierna,...¿Cuánto tiene Olarte? ¿Treinta pesos nada más? Si seré adivino,...Señora, le estoy haciendo una visita de cortesía para que tenga la oportunidad de comprobar por usted misma la indiscutible calidad de nuestros productos,...Mire, por ejemplo, señora,...Cultive la guitarra como afición, nunca como profesión...Esta maravilla de licuadora, un electrodoméstico, señora, a la medida de sus necesidades de ama de casa moderna,...Señor, qué pena, estoy sola y no demora mi marido. Señora, no pretendo quitarle más de dos minutos de su precioso tiempo. Bueno, señor, si usted ya está adentro, acabe de llegar hasta donde pretende en lugar de enseñarme lo que viene a ofrecerme. No se preocupe, señora, mire esta maravilla de licuadora con todas las ventajas de la tecnología americana,...El arte en este país no vale nada,...Don Sabas, mi maestro, era Don Sabas y de ahí no lo bajaba nadie,...Eso no es todo, apreciable dama, ocurre que nuestra firma,...Como si la perra empresa fuera mía”.

— ¿Cuál empresa?

“...Ha ideado un increíble plan para que usted se quede con esta reluciente maravilla, ahorrándose las molestias de pagar la cuota inicial,...Si, señora, con gusto le explico,...Como le venía diciendo,... ¿Y por qué me mira así?, atrevido, lo que se anda buscando es que lo haga reventar de mi marido. Disculpe, señora, se equivoca conmigo, sólo trato de explicar nuestro novedoso plan de abonos mensuales,...Porque lo que son las profesiones, sí señor, imprimen carácter,... ¿Qué si el aparato funciona? Ni más faltaba, señora. Para su completa tranquilidad, le voy a hacer una demostración sin compromiso. ¿Dónde puedo enchufarla? ¿Qué está diciendo, sátiro descarado? Respete que soy una mujer sola pero honrada. ¿De dónde sacó, señora, que la irrespeto? Sólo pretendo ensayarle la licuadora y para eso necesito un enchufe. Además, déjeme decirle que nuestra firma está en capacidad de proporcionarle repuestos a precio de fábrica,...Como si la perra empresa fuera mía,...Usted lo que pretende es tocarme, ¿verdad? Pues venga y sacie

su morbo de joven rebosante de vida, acérquese y me dice bien cerquita al oído qué más tiene para ofrecerme”.

Caminábamos, caminábamos sin parar. Él, al parecer, sin cansarse, sin sentir el frío, sin ver la lluvia, sin fijarse en nada. De repente se detuvo. La cara se le iluminó y los ojos le brillaron con un destello demente y feliz.

“...Un traje de conciertos, una camisa de encajes, una guitarra Ramírez, el teatro repleto y delirante, la entrada al teatro aparatosa y solemne, como la de Napoleón a Francia”.

Desde que Mateus oyó, siendo aún pequeño, la *“Entrada de Napoleón a Francia”* quiso ser guitarrista. La ejecutó, entonces, en una guitarra *Padilla* su viejo de ojos chispeantes y mostacho altivo. El viejo, apocado por los años, crecía y crecía mientras las cuerdas soñaban. Sus ojillos brillantes se hacían más brillantes y su mostacho altivo se tornaba más altivo. Bien lo recordaba: aquella música de ensueño obedecía al compás de sus zapatos viejos, que marcaban débilmente el movimiento rítmico de aquella marcha triunfal. Aprendió del viejo esa obra extraña que poseía el secreto de agigantar en su alma *“fantasmas inconmensurables”*.

Chirriaron con estridencia las bandas de unos frenos. Sólo la violencia de la maniobra fue capaz de devolverlo por un instante a la fría y húmeda realidad de la calle.

“Mi cabeza y mis manos. ¿Dónde está mi cabeza? ¿Dónde están mis manos?”

— ¿Su cabeza? ¿Sus manos? ¿Qué le pasa, Mateus?

Se detuvo y se agachó como a buscarlas. De su nariz vi rodar hasta el suelo una gotilla de agua miserable y apocada. Ni pudo verla caer, porque en un solo instante se diluyó en el agua sucia de la calle. Se levantó y, según giraban sus ojos hacia una y otra parte, veía como a pedazos la existencia: cajones de cemento colocados en hileras geométricas: unos altos, otros bajos, todos inertes. Siluetas afanosas entrelazadas incomprensiblemente. Gritos

destemplados: “*La de la Cruz Roja para el martees*”. “*El Tiempo, El Espectador, La República*”. “*Lleve diez piedras para bricket²⁵ por un pesooo*”. “*El caucho, la manija y toda clase de repuestos para la olla universal*”. “*La unidad de manzana por dos pesooos*”. “*La jugosa, la sabrosa, la de Chilee*”. “*A llevar el cinturón de moda, el reversible, el de doble uso, el sicodélicooo*”.

Y otra vez su parloteo delirante: “*Recuerdos de la Alhambra, Marieta, Variaciones sobre un tema de La Flauta Mágica de Mozart, Concierto en Re de Vivaldi. ¡Bravo! ¡Bravo!*”. Y empezó a aplaudir en plena calle, mientras un grupo de quinceañeras que nos encontramos nos miraban y se reían.

“*..Tengo bien abiertos los ojos, tengo bien abiertos los oídos, tengo bien abiertos los poros de mi cuerpo,...No veo nada. Sólo escucho un murmullo gigantesco y apagado, terrorífico e indefinible. Siento miedo. Mucho miedo. La respiración y el pulso se me aceleran. Un malestar raro me invade. Tengo apretado el diafragma, las manos sudorosas, los dedos torpes e inseguros. Pese a tantas horas de ensayo y al más meticuloso entrenamiento. Ya no es posible retroceder. Tengo que hacerlo en este estado, cuando más necesito estar sereno, cuando debo apelar a toda mi concentración. Los dedos no me pueden fallar. Debo a toda costa tranquilizarme. No voy a permitir que el pánico se apodere de mí. Ya esta horrible incertidumbre pasará. Es hora de empezar a serenarme, de estar tranquilo, ya no puedo volverme atrás. Sube, sube, Tomás, lo más despacio que puedas los peldaños del escenario. Pronto empezarán los aplausos, vendrá la embriaguez de la apoteosis, la locura del triunfo, cuando la gente escuche mi propia versión de ese pequeño gran concierto de Vivaldi. Necesito hablar por mí mismo a través de esa obrita barroca. Tú, viejo, vas a ayudar a que mis manos estén secas, livianas y cálidas. Tú sabes*

²⁵ Piedras para bricket: en los tiempos que relatamos, no existían aún los encendedores a gas como los que conocemos hoy. Los brickets o encendedores de cigarrillos antiguos estaban provistos de un pequeño tanque de gasolina y una mecha de algodón, que se encendía sacando chispas a una pequeña piedra o yesca por medio de una rueda de superficie rugosa, la cual se hacía girar a través de un ingenioso mecanismo manual. Esta piedra se gastaba y necesitaba reemplazarse para que el encendedor continuara teniendo utilidad. Todavía en las cacharrerías de pueblitos apartados se pueden conseguir tan simpáticos como “prehistóricos” adminículos, algunos con un diseño verdaderamente artístico. – N. del A.
Esta clase de encendedor se conserva todavía hoy con la popular marca Zippo, de diseños originales y coleccionables. – N. del R.

cómo es esto. Tengo un reto difícil, pero nada debo temer en tu compañía. ¿Dónde están mis manos? ¿Dónde están mis dedos? No se mueven. A ver, una más fácil: Romance de amor, Minueto en Do, de Sor. Siento que los acordes suenan como quejidos débiles. Mis manos están aferradas al diapason, no corren con fluidez. Ahora llueve en mis manos. Es una lluvia salada que cae sobre la tapa de la guitarra, y cuyas gotas brillan con la luz de los reflectores como lágrimas de lluvia con los rayos del sol. Todo está oscuro. Ahora el teatro se ilumina y puedo ver a mi viejo allá en la puerta de entrada con su guitarra Padilla en la mano. Y al conjuro de sus cuerdas, por fin, estalla la ovación, que recorre como trueno la inmensidad de la sala. Mi cabeza está fría. Mis manos están calientes. Mis oídos escuchan 'La entrada de Napoleón a Francia' en una guitarra Ramírez...Sí, sí, en una guitarra Ramírez".

Regresamos a la pieza cuando anochece. Mateus estaba radiante y feliz, mientras yo tenía la sensación de diluirme como una gota de lluvia en el agua sucia de la calle.

SEXTO ROUND

Varias veces estuvo Tomás a punto de renunciar, pero su orgullo maltratado y su dignidad resentida por la golpiza, se negaban con terquedad a la humillación del abandono. Por eso, empezado el mes de junio, decidió borrar de sus planes la determinación que hasta entonces supuso inmodificable de no volver al colegio después de las vacaciones. Haciendo acopio de pundonor, se aventuró a la única posibilidad honorable que le quedaba: resistiría la andanada cuanto fuera capaz de mantenerse en pie. Pero lo haría solo. Entendió, aunque tarde, que sus colegas no éramos hombres como para su esquina. Algunos de ellos hasta se habían tomado el trabajo de darle consejos de emergencia, indicaciones precisas, según le decían, para sortear con éxito el apremio del momento: *“Haz esto, ponle cuidado a lo otro, ojo a lo de más allá”*. Por desgracia, la mayoría de tales consejos no resultaron sinceros. Algunos se los daban para confundirlo aún más y para tener después de dónde alimentar en corrillos y reuniones su insaciable antropofagia verbal. Pese a todo, Mateus aún guardaba la muy remota esperanza de su segundo aire. A más de uno se ha visto sobre el cuadrilátero voltear los resultados de una pelea en las postrimerías del desastre, gracias a la buena fortuna de un segundo aire. Y si no, ahí está Fidel Bassa²⁶ para que lo diga. Maestro sofisticado en el arte de ganar combates utópicos, en más de una ocasión se sobrepuso a la fatalidad de una derrota segura, después de haber sido tirado a la lona hasta por cuarta vez, para levantarse a más no poder, grogui y al borde del golpe de gracia, y ganar por nocaut ante los ojos incrédulos de millones de espectadores que seguíamos por televisión los sobresaltos de aquel combate de lástima, y que protestábamos enfurecidos contra la ineptitud del árbitro con toda clase de expresiones escatológicas, por no haber tenido ni el buen sentido ni la conmiseración necesarios para detener, antes de que fuera demasiado

²⁶ **Fidel Bassa Santana:** boxeador nacido en El Retén (Magdalena), cuna de grandes pugilistas, en 1962. Después de una exitosa campaña por diversos escenarios de América, tuvo la oportunidad de pelear por el título de la categoría Mosca de la Asociación Mundial de Boxeo. El combate se efectuó en Barranquilla, el 13 de febrero de 1985, ante el campeón panameño Hilario Zapata. La contienda se caracterizó por la evasiva del monarca y la perseverancia del retador, quien ganó la corona por decisión unánime de los jueces. En 1987, en su primera defensa en Belfast (Irlanda), Bassa estuvo a punto de perder frente al retador Dave McAuley, pero un nocaut en el décimosegundo asalto le permitió retener la corona. Cuatro meses más tarde enfrentó por segunda vez a Hilario Zapata; en esta oportunidad los jueces decretaron empate y Bassa retuvo el cetro. En 1989 fue despojado en forma definitiva del título de 112 libras por el venezolano Jesús Rojas. En síntesis, fue un boxeador aguerrido y disciplinado, de buena pegada, aunque de pobre técnica. – N. del R.

tarde, carnicería semejante. Ahí está también Dave McAuley para que diga, si de verdugo sin tregua no se convirtió, contra todo pronóstico, en víctima irredenta de los puños agónicos de Bassa, en aquella noche memorable del 25 de abril de 1987, en la que el ex vendedor de pescado de *El Retén, Magdalena*, defendió por primera vez su corona mundial, metiéndose, sin pensarlo dos veces, y de manera por demás temeraria para su futuro de campeón mundial, en las mismas fauces del lobo. Noqueó al rival aquella noche, es cierto, aunque, desde entonces, jamás ha podido noquear la angustia. Cada vez que sube al cuadrilátero a defender el fajín universal de los moscas, agoniza él y hace agonizar al país que sigue con el alma en vilo y comiéndose las uñas, el desarrollo de sus combates impredecibles. Sin fintas sobre el ring como para adornarse, sin la solvencia técnica ni anímica como para hacer desplantes a lo *Happy Lora*²⁷, sin posibilidad alguna de rematar con un bolopunch, suficiente hazaña suya ha sido la de enfrentar dos veces al irlandés corajudo, ganándole en su propio patio, y medírsele otras tantas con éxito a la mañosa ciencia de Fistianá que esconde entre sus guantes ladinos el resbaloso Hilario Zapata. “*Varón es lo que tenemos*”, decía aquella noche de infarto el comentarista de la radio, al tiempo que se regodeaba en lanzar a los aires un verdadero sartal de hipérboles, calificativos ditirámicos y predicciones riesgosas en honor de nuestro campeón.

Tomás Mateus sentía, por su parte, que debía intentar un último esfuerzo que lo llevara a romper la barrera de sus propios límites. La figura para él inalcanzable del profesor de francés se le convirtió en obsesión. Era, sin duda, un señor maestro y un estilista avezado de los cuadriláteros de la educación. Hasta pensó acercársele para consultarlo, para exponerle sus dudas, para hacerlo partícipe de sus apuros. Pero, aunque soñó muchas veces hacer de él su técnico, no fue capaz de romper, en el último instante, el hermetismo que lo aislaba, hasta ponerlo por fuera de la vida del colegio. Lo inhibía la certidumbre de que *Monsieur* también lo despreciaba, como casi todos los demás. ¿Qué otro sentimiento,

²⁷ **Miguel Lora Escudero**, mejor conocido como "Happy" Lora, nació en Montería, Córdoba, Colombia el 12 de abril de 1961. Fue campeón mundial en la categoría gallo del Consejo Mundial de Boxeo (CMB), desde 1985 hasta 1988. Uno de los mejores boxeadores colombianos de todos los tiempos. Ganó el título mundial el 9 de agosto de 1985 frente al mexicano Daniel Zaragoza, a quien derrotó por decisión en disputado combate celebrado en Miami. En 1986 fue escogido “Deportista del Año” en su país. Defendió con éxito su corona siete veces, durante cuatro años, hasta que el 29 de octubre de 1988, en Las Vegas, perdió el título contra el mexicano Raúl "Jíbaro" Pérez. Trató de reconquistar el título del mundo en dos ocasiones, sin conseguirlo. – N. del R.

pensaba, era capaz de despertar? Se levantó aquella mañana aniquilado a manos de sus pesadillas nocturnas, las que lo habían ido colocando de manera implacable al borde del pánico. Sin embargo, se sentía aún con arrestos como para salirle al paso a sus terrores oníricos, y ahorrarle así a más de uno el placer de verlo tirar la toalla. Su imagen de hombre acabado, aunque no del todo vencido, reflejada en el espejo de su tozudez, algo le insinuaba, aunque en contravía de toda razón, que en él había madera para convertirse en alguien merecedor del respeto de muchos. No importaba que a estas alturas ya hubiera perdido la distancia, que era lo mismo que nadar sin tabla en aguas peligrosas. En los escasos ratos de lucidez durante los que era capaz de sustraerse al hechizo alienante de su espejo, empezó a convencerse de la necesidad de buscar camino para salir de allí. Deseaba demostrarse y demostrar que era posible imponerse, no por medio de la fuerza bruta, como el prefecto de disciplina, ni por los fuegos fatuos de la prepotencia, como le pasaba al profesor de física, y menos, por la ordinariez de la patanería verbal, al estilo *Mortadela*. Sobraban, por tanto, las amenazas de sanciones a los estudiantes, las que, por otra parte, más bien daban risa.

Nada sacaba con atiborrarles las planillas de calificaciones con ceros y unos, siguiendo los consejos de *Mortadela*. Ésta, pensaba, era una estrategia no sólo inaceptable desde el punto de vista de la pedagogía más elemental, sino que el colegio ni siquiera daba para eso. Allí nadie respetaba las calificaciones de nadie. Llegado el momento, la secretaria del plantel cambiaba cómputos finales, maquillaba notas, si las circunstancias así lo requerían. Bastaba con que un estudiante tuviera que ver con el prestigio deportivo del colegio, para que por este solo hecho se hiciera merecedor de pasar el año. Era suficiente que algún jefe político, amigo del doctor, intercediera en favor de determinado alumno para que, de inmediato, fuera obligado el maestro a modificar algunas calificaciones. También se reajustaban evaluaciones por motivos económicos, casos que, según el doctor, recibían el tratamiento preferencial de “*situaciones especiales de conveniencia institucional*”. No fue otra la razón por la cual, días antes de salir a vacaciones de mitad de año, el doctor Abedulio Vivas Arce reunió a la junta de profesores, y, con signos de preocupación en el rostro y énfasis dramático en la voz, dijo que nos citaba con carácter de urgencia, contrariando su costumbre de no interferir la tranquilidad del trabajo académico, pero que, siendo la situación económica del colegio tan crítica, no le quedaba otro remedio que apelar al auxilio de

nuestras luces para buscar la manera de sortear la crisis. De lo contrario, nos dijo acentuando aún más el tremendismo de su perorata, se vería en la penosa obligación de mandarnos a vacaciones sin el salario de junio.

—El mismo discurso del año pasado —cuchicheó en mi oído el profesor de historia—. Sé para dónde va el farsante.

Después de varios minutos de silencio, durante los cuales trataron de reponerse de la sorpresa los profesores novatos, Tomás Mateus, haciendo gala de una impericia conmovedora en el manejo de estos asuntos, preguntó:

—¿Y qué tenemos que ver los profesores con los problemas económicos del Colegio?

—¡Mucho, bolsón! —Le respondió *Mortadela* en la oreja, mientras le daba con disimulo un codazo para que se callara—. Si está interesado en conservar el puesto, es mejor que haga mutis por el foro.

—Pero, ¿cuál es la causa de la crisis económica del colegio? —Interrogó el de filosofía, quien también era nuevo.

—Demasiado simple: los muchachos no pagan a tiempo la pensión —Respondió el doctor.

—Eso no está muy claro para mí —contraatacó el filósofo—. Hasta donde me han contado los colegas, el colegio recibió durante el año pasado un auxilio de la Cámara de Representantes por más de quinientos mil pesos.

—¡Boludo tipo! —Masculló *Mortadela* entre dientes—. Todavía no sabe el muy pelotas que aquí hay ciertas cosas que con sólo nombrarlas le cuestan a uno el puesto.

—Nada puede estar demasiado claro para quien, como usted, anda todo el tiempo en la nebulosa filosófica —le respondió el doctor—. Debe entender, querido profesor, que estos

problemas más o menos prosaicos no siempre van de la mano con las altas lucubraciones que usted de seguro maneja. Tal vez resulte poco factible para nuestro filósofo de cabecera, que todavía hay muchachos que nos deben desde el mes de marzo. Por otra parte, y esto poco tiene que ver con Aristóteles, estimado amigo, el funcionamiento del colegio nos impone erogaciones astronómicas y demasiado onerosas para nuestras finanzas de miseria. Además, los auxilios oficiales que recibimos del Congreso, y que en ningún momento alcanzan el monto que usted les asigna, deben utilizarse, según las disposiciones oficiales, en el rubro de inversión, jamás en el de funcionamiento. Por último, profesor, ¿quién le ha dicho a usted que la educación privada en Colombia es un negocio lucrativo? Nos sostenemos en la brega por pura y llana convicción.

—En este caso —apuntó el de física—, propongo que los directores de grupo den una bonificación especial en notas a aquellos alumnos que, necesitando de lo que pudiéramos llamar amnistía académica, presenten al día los recibos de pago.

—No cuenten conmigo para esa vagabundería —tronó *Monsieur*, fulminando al físico con una mirada de indignación.

—¿Y los demás qué opinan? —Preguntó el rector.

—Me parece —anotó *Mortadela*—, que la bonificación de la que se habla debe tomarse como un estímulo a la puntualidad y al cumplimiento que los muchachos deben a su colegio. O, ¿no es, acaso, la puntualidad una virtud escolar?

—En tal caso —comentó el filósofo—, es a los padres de familia y no a los alumnos a quienes se les debe poner nota de cumplimiento, pues son ellos y no los estudiantes quienes pagan la pensión.

—Como hay diferencias de criterios —sentenció el rector—, lo más sensato, tal vez, sea someter la propuesta del profesor de física a votación democrática.

Y de esta manera se aprobó la medida salvadora por mayoría abrumadora de votos. Para los profesores antiguos, tal despropósito no constituyó sorpresa alguna, pues cada año, por la misma época, los directivos del colegio montaban la misma farsa, con la cual obtenían idénticos resultados.

—¿Cuántos recibos trae usted, joven Aguilera?

—Cinco, profesor.

—¿A cuáles materias les subimos?

—A matemáticas tres puntos y a español otros dos.

—Pero, sus notas más bajas son las de física...

—Es que esa materia no se pasa con bonificaciones, sino con los cincuenta pesos que vale el examen remedial.

—Siéntese, Aguilera, y que pase Barrios Efraín.

Una tarde del mes de agosto, de vuelta ya de las vacaciones, cuando Mateus parecía más enredado que nunca en sus propias cavilaciones, y mientras esperábamos el campanazo para iniciar la siguiente hora de clase, se acercó *Monsieur* hasta el sitio donde Tomás, sentado en la butaca de su esquina, trataba de descifrar el pavor de las pesadillas con las que había amanecido aquella mañana, tras una noche alucinada de insomnio. Al verlo junto a sí, Tomás *Confucio* Mateus lo miró con extrañeza y desconcierto. *Monsieur*, sin percatarse, apenas, de la reacción del colega se le fue sentando al frente en el primer asiento que encontró, apoyó ambas manos sobre sus hombros y, mirándolo a los ojos sin parpadear le empezó a decir en voz baja, aunque audible: “*Usted no me lo está solicitando, pero permítame el abuso de meterme por una sola vez en su vida. Nunca la desesperación ni la noche han sido buenas consejeras. Hay días en los que creemos que todo está tan perdido*

que no nos queda nada por hacer, salvo abandonarnos a la corriente para que nos arrastre aguas abajo y nos haga el favor de ahogarnos de una vez por todas. Pues, a no ser que ya estemos completamente muertos, amigo Mateus, nunca es demasiado tarde para tratar de no dejarnos ahogar. A lo mejor, nuestro chapoteo torpe nos conduce, sin que lo sepamos, a alguna corriente insignificante, y esa a otra más poderosa, hasta que, sin saber cómo ni por qué, nos sentimos a salvo, cerca de la orilla. Usted está donde está porque se ha mostrado débil y se ha dejado acobardar. Lo ablandaron, amigo, desde el principio, aprovechándose de su inexperiencia y le han cogido ya una buena ventaja. En esta profesión, como en casi todas las circunstancias de la vida, a nadie se le perdona la flaqueza, por muy humana que ella sea. O usted es fuerte y sobrevive, o lo ablandan y es usted hombre acabado. Necesita, profesor, imponerse, pero, para hacerlo, es preciso tener con qué. Digamos que se requiere autoridad. Sólo con autoridad logrará que lo respeten. El respeto no es otra cosa que el reconocimiento tácito del poder de alguien. Ya le dije que nadie en este oficio respeta al débil, porque la debilidad en nuestro gremio suele generar desprecio. De manera, pues, que sin poder no hay aprecio, sin aprecio no hay autoridad y sin autoridad no hay respeto. El éxito o el fracaso del maestro están determinados por claras relaciones de poder. Dirá usted, entonces: ¿Qué hago para que me respeten? ¿Grito, insulto, golpeo, me pongo energúmeno? Pues nada de eso funciona si, en el fondo, usted carece de poder. Mejor aún: nada de eso es necesario si usted tiene poder. Ni el poder ni la autoridad están fundamentados en el temor ni en la capacidad que uno pueda tener para amedrentar a otros. El temor como soporte de la autoridad es una obscenidad. La autoridad debe estar afianzada en el aprecio que genera el poder basado en el conocimiento. Pero me dirá usted: ¿a qué clase de conocimiento se refiere? ¿A ese que entendemos como dominio intelectual de las materias que uno enseña? Pues no, al menos de manera absoluta. Claro, ese conocimiento es importante, pero tan sólo en parte. Para un maestro como nosotros tal vez sea más fundamental una autoridad que derive su poder de un conocimiento más hondo y esencial de nosotros mismos, del mundo y de las demás personas. Se trata de cierta forma de asumirnos y de asumir a otros, que involucra la totalidad de uno mismo y que da cuerpo, soporte y coherencia a un sentido de autoridad total. Los que dicen que fulano o perencejo son autoridad, digamos que en física o biología porque saben mucho acerca de esas materias, tienen razón, sólo hasta cierto punto. Esa es,

apenas, una forma de autoridad y no la más importante; es la autoridad propia del erudito, la que, aunque necesaria y valiosa, no es suficiente para el que se mete al oficio de maestro. El conocimiento erudito, al margen de los otros conocimientos, puede, en nuestro caso, resultar insuficiente y hasta superficial, pues sólo confiere a quien lo posee una parte del poder que necesita el ejercicio de la autoridad. Peor aún: un conocimiento así, erudito y libresco, aleja con frecuencia de la vida a quienes, por necesidad del oficio, debemos estar en contacto permanente con ella. Me dirá usted que divago, que no explico con claridad qué diferencia existe entre el conocimiento erudito y el otro conocimiento. Pues no es fácil explicarlo. Ya los griegos se aproximaron a él cuando entendieron el conocimiento no sólo como una ciencia, sino también como un modo de vida. Ya desde los comienzos de la especulación griega se hablaba de una cierta vida teórica. Esta especie de sabiduría vital, como se me ocurre llamarla ahora, no es, por supuesto, algo sólo ni esencialmente teórico. Es más bien una cierta forma de ser hombre y de asumir la vida. Resultamos muy habilidosos para conocer lo externo, lo periférico de las personas y de las cosas; nos hemos metido en la cabeza cualquier cantidad de teorías sobre física, matemáticas, música, filosofía o literatura. Podemos, incluso, llegar a deslumbrar y a deslumbrarnos con lo que sabemos o creemos saber. Esa especie de encandilamiento intelectual, sin embargo, no nos hace necesariamente más humanos. En ocasiones, puede hasta convertirse en obstáculo serio para que podamos asomarnos con lucidez a las profundidades sin fondo de nosotros mismos. ¿De qué nos sirve saber mucho de biología, de historia, de matemáticas o de música, si nuestra arquitectura interior amenaza con desplomarse? ¿Qué sentido puede tener ponernos en el plan de maestros de vidas ajenas si somos un desastre por dentro? Sin embargo, hay quienes sostienen que el éxito del maestro debe buscarse en la acción: enseñar muchas cosas, realizar desafortadamente multitud de actividades. Pues la acción sin conocimiento también encandila y mata la vida interior. En la humanidad esencial del maestro, asumida con plenitud, radica el poder y la invulnerabilidad que hace posible la autoridad. El conocimiento así entendido lo hará a usted más hombre y, por consiguiente, más fuerte. Lo llevará hasta el fondo de sí mismo y, entonces, podrá entender mejor a los demás, sus motivaciones, sus conductas. Lo llevará a preguntarse y a responder, por ejemplo: ¿Por qué agredimos a otros? ¿Por qué otros nos agreden? ¿Por qué, si lo permitimos, otros estarán en disposición de tragarnos vivos, o, por el contrario, por qué

tenemos una predisposición tan acusada a ensañarnos en la debilidad ajena? ¿Qué hay detrás de todas esas actitudes y actuaciones agresivas, prepotentes e implacables que tanto nos hieren? ¿No habrá detrás de todo eso una lucha encarnizada por autoafirmarnos en el mundo y por tratar de ser felices? Lucha abierta o soterrada que sólo cesa cuando nos morimos, y que cada quien cumple a su manera desde su propia perspectiva. Poco dado soy a creer en la perversidad esencial del ser humano. Tal vez esa maldad última e irreductible exista en algunos casos. La mayoría de las veces sólo nos encontramos con seres dolorosamente desgarrados por dentro, inseguros y angustiados. Son personas desarticuladas desde su interior y que, a lo mejor, andan dando palos de ciego aquí y allá en busca de su identidad individual, a la caza de su felicidad personal. Y si usted no tiene poder ni está bien plantado, terminarán por arrollarlo, pasando por encima de usted. Que ello suceda o no está en sus manos, porque en esos casos, la autoafirmación siempre se hace, por desgracia, a costa del más débil. Entienda, por lo demás, que este conocimiento ajeno será, apenas, una aproximación, porque la individualidad de cada quien, en su singularidad irreductible, es intransferible y, por lo tanto, radicalmente incomunicable. Nadie podrá decir que conoce a fondo a nadie: ni a su mujer, ni a su hijo; mucho menos a su alumno o a su colega. Usted podrá pensar que soy utópico, que no es posible hacer las cosas bien en un medio como este. Tal vez tenga razón. No me extrañaría demasiado si, llegado diciembre, nos cancelan a unos cuantos el contrato de trabajo. Pero no importa; lo que cuenta es que, mientras estemos aquí, nos hagamos respetar. Eso hace parte de la dignidad personal. Pero, no es fácil. Ya le dije que toda relación humana, por amigable y fraternal que parezca, implica una relación abierta o sutil de poder. Una de las partes implicadas en esa relación terminará de una u otra forma prevaleciendo sobre la otra. Lo que pasa es que hay diversas maneras de prevalecer. A veces esa prevalencia ni se nota. Otras veces adquiere los tonos engañosos de una aparente derrota. Ahí está el secreto del que se erige por oficio y por íntima necesidad en conductor de otros. Porque eso es un maestro: un conductor. Pero, ¿quién es un conductor? ¿No es, acaso, el que conduce, el que induce las mentes y las voluntades de otros hasta conseguir que lo sigan? ¿Y no lo logra, acaso, porque tiene más poder que todos, porque tiene autoridad? A veces, sin embargo, esa fuerza es falaz. Es la fuerza engañosa del demagogo, del descredador, parapetado en la luminotecnia efímera de su palabra, de su peroración vacía. El maestro,

amigo Mateus, debe ser un verdadero conductor, no un demagogo. Su poder no debe estar montado sobre la falacia de su parloteo pedagógico, ni sobre la tarima espectacular de su sapiencia, ni mucho menos sobre el ejercicio de la intimidación por la violencia. La del maestro es una conducción basada en el conocimiento vital, que le da autoridad para presentarse como guía de la juventud, sin arrogarse el atrevimiento de hacer a los demás a la medida de la imagen que tiene de sí mismo. Un buen maestro siempre es respetuoso del pensamiento ajeno y del derecho que cada quien tiene de imprimir a su vida el rumbo que mejor le parezca, siempre y cuando esa determinación, y los medios que a ella conducen, no atenten contra el derecho que los demás tienen de hacer lo propio. Cumple el maestro la función del director de orquesta. Cada quien, como individuo, puede interpretar a su manera las partituras. Corresponde al director dar sentido sinfónico a los estilos y a las sensibilidades particulares de los músicos que conforman su orquesta, respetando, hasta donde ello sea posible, la manera particular y propia que cada quien tiene para ejecutar su instrumento y para sentir e interpretar la música. Pero, para eso el director necesita estar investido de autoridad. Si los músicos no acatan sus instrucciones, la ejecución de una obra sería un desastre. Y para tener autoridad necesita poder de convencimiento y de persuasión, basado no sólo en el conocimiento teórico y práctico que tenga de la música, sino en el conocimiento de los músicos como personas y como ejecutantes. Es por eso, amigo Mateus, por lo que el director de orquesta, sin necesidad de tocar ninguno de los instrumentos, es, con todo derecho, el conductor de la orquesta y el primero de los músicos; sin olvidar que él solo, sin el trabajo y la creatividad de los instrumentistas, no podría hacer nada. Eso debe ser el maestro, un director, un orientador, de ninguna manera sólo un instructor de geografía, matemáticas, de literatura o de música. Esta capacidad de conducción, este poder de autoridad son mucho más valiosos que muchos conocimientos teóricos juntos, y mucho más significativos que todos sus títulos y pergaminos académicos, y más efectivos que todas las teorías pedagógicas y didácticas que puedan andar rondando su cabeza, por importantes y necesarias que ellas sean. Si, señor, no se asuste usted. Nadie niega la importancia de la pedagogía como discurso teórico de la educación, ni lo imprescindible de todo ese bagaje de conocimientos especializados que el maestro debe poseer para ejercer con eficacia y decoro su profesión. Pero, ¿de qué nos serviría ese deslumbrante andamiaje erudito si nos falla el hombre? Y déjeme ir profesor Mateus, que

me está sonando la campana para mi clase de francés”.

Después de aquella conversación le quedó flotando a Mateus el presentimiento de que la pedagogía era hermana de la música. Y a partir de ese día empezó, a costa de un esfuerzo inmenso, a realizar uno de los ejercicios que lo llevarían, meses más tarde, a la proeza de romper su ensimismamiento y a darle a su vida un rumbo completamente diferente. Por otra parte, trató de preparar bien sus clases y, sobre todo, empezó a leer.

“Me asomé poco a poco a los abismos de las grandes obras y descubrí en su lectura un mundo lleno de fascinación. Con el tiempo comencé a vislumbrar en el fondo sórdido del callejón en el que me había metido, una minúscula chispa de luz. A pesar de todo, ya no me disgustaba tanto ser maestro. La lectura del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, su tragedia íntima enfrentado al mundo y a una sociedad que se burló cruelmente de su aparente insensatez, me conmovió hasta las lágrimas. La afirmación de su entusiasmo vital frente a todos los descabros, su exaltación del valor y la nobleza sin límites de su corazón me deslumbraron hasta enloquecer de placer. La lucha solitaria del hidalgo contra la común evidencia, con su locura cuerda a cuevas, pero lleno de esperanza en la certidumbre de su victoria, empezó a dar sentido a mis proyectos”.

De todas maneras, el ambiente que allí se respiraba era muy difícil para cualquiera. En ese antro escolar la decencia y la caballerosidad eran sinónimos de mariconería. Por eso, todo aquel que no fuera *Monsieur*, si quería sobrevivir, tenía que apelar al empleo de la fuerza bruta, de la amenaza sistemática, de la agresión verbal o del chantaje. Había en el *Liceo Académico* un culto absurdo al poder del músculo, a la brutalidad física y a la prepotencia de la expresión soez. Se necesitaba ser, sin duda, el profesor de francés para permanecer incólume al ambiente de violencia y de patanería imperantes. Era común allí, si uno se dejaba, llegar a las peores insolencias: en algunas clases se fumaba, estallaban petardos de fabricación casera, rebuznaban, menudeaba la marihuana y circulaban sin que nadie dijera nada revistas pornográficas. Pero lo más humillante eran las pajaritas de papel con punta de alfiler que disparaban al trasero de Mateus, mientras él se dedicaba a escribir sobre el tablero análisis gramaticales. Grave cosa era sentir miedo, y él lo sentía en abundancia. Era un miedo pegajoso y paralizante que le empozó en el alma el rencor que quiso, a veces,

resolverse en estallido irracional y ciego. Un día, en un arranque de desesperación les gritó energúmeno:

—Haré que ninguno de ustedes pase la materia. De eso pueden estar seguros.

—Déjese de ser güevón, profesor *Confucio* —le respondió un mozo de uno con ochenta y cinco de estatura y brazos de orangután—. Yo no puedo perder su materia porque fui medalla de oro en los intercolegiados del año pasado, en la división Welter Junior. De eso puede estar seguro.

—Y yo —vociferó el último de la fila de la derecha—, soy mediocampista en el equipo del colegio, y sepa que, por lo que tengo en los botines, me llaman *Rompecanillas* Murillo.

Cuando Mateus escuchó estupefacto estas consideraciones, terminó por entender a cabalidad el sentido de aquella salutación paternal del rector del colegio el primer día de clases, desde el balcón cuadrículado del segundo piso: “*A todos mis queridos estudiantes y profesores de este colegio, destinado a formar atletas del saber, campeones de las más altas virtudes ciudadanas, plusmarquistas de la pulcritud y del servicio a la Iglesia y a la Nación*”.

SÉPTIMO ROUND

"Ah tiempos. A lo lejos la salmodia del coro del seminario asciende como espiral de humo que perfuma de medioevo el calicanto de la catedral. Silencio obligatorio hecho monodia que pervive en el recuerdo después de tantos siglos por la elación emocionada de una multitud de voces. Ecos, solamente ecos de voces en la memoria. Neblina de remembranzas que se pierden, que ya no vuelven nunca. Vibración torturada. Tremolación y desgarramiento más allá de la voz, cuya única posibilidad de regreso sólo se da por la evocación que impregna a su paso la otra cara de todas las cosas. Voces de monjes muertos hace ya tanto tiempo en la penumbra de sus celdas que no conocimos, pero cuyos detalles más insignificantes pudimos reconstruir a través de los planos minuciosos que nos dejó el temblor de su cantilación y la lentitud sinuosa de su monorritmo, suspendido en el tiempo en los dédalos de sus quilismas y en la sutileza huidiza de sus porrectus. Cadencia de lamentación en contravía de sus más secretos sueños. Kyries, graduales, antifonas y responsorios: 'Libera me, Domine, de morte aeterna, in die illa tremenda: Quando coeli movendi sunt et terra: Dum veneris iudicare saeculum per ignem'²⁸. Fugacidad atrapada por un solo instante en la otra fugacidad de los que aún quedamos vivos, pues nos aferrábamos a la certeza de estar cantando como garantía para seguir viviendo mediante la propia voz: 'Dum veneris iudicare saeculum per ignem ...', hasta sacudir las vísceras de los que, al hacerlo, volvimos a escuchar, y al escuchar volvimos a revivir todo el ayer de ellos, reflejado en el espejo de nuestro canto incierto y que quiso, como el nuestro, ser seguro, esto es, oído y tenido en cuenta, a fin de borrar de la conciencia el avasallamiento de los que nos precedieron en el hundimiento sin rastro en la peor de las muertes que es la del anonimato impuesto. Kyries, graduales, antifonas y responsorios sin un solo nombre a quién atribuir la ingravidez de su belleza, y de cuya fascinación aún no nos hemos podido sustraer, a pesar de los años, quienes algún día los cantamos con nuestras voces niñas. Y todo, a pesar de haber cantado, a pesar de que ellos y nosotros repetimos el mismo canto, el mismo Verbum, a cuyo servicio y medida se hizo la monodia sin el auxilio de instrumento musical alguno, pues su destino último era el texto al igual que la voz. Verbum 'en cuyo misterio inescrutable' —con esas mismas palabras nos lo decían— reposaba la esperanza de nuestra salvación, puesto que 'El Verbo salva —así me lo repetía

²⁸ Librame, Señor, de la muerte eterna en aquel tremendo día: cuando se estremezcan los cielos y la tierra: cuando vengas a juzgar al mundo a través del fuego. – N. del A.

una y otra vez el confesor—, no importa que tu voz personal se hunda en el silencio de tu muerte, por los siglos de los siglos’, a lo cual yo siempre debía responder ‘Amén’. Voz que suplica alabando, que pretende amar temiendo: ‘Tremens factus sum ego et timeo, dum discussio venerit atque ventura ira. Quando coeli movendi sunt et terra’. Voz que deriva en letanía de otra voz que no pudo, tampoco, resolver su angustia: ‘Dies illa, dies irae, calamitatis et miseriae, dies magna et amara valde’. Responso hecho con retazos de voz, que se quebró más de una vez ante la certeza de lo ineludible: ‘Dum veneris iudicare saeculum per ignem’. Y por encima de todos, de ellos y de nosotros, la otra voz: la fuerte, la definitiva: ‘Sit nomen Domini benedictum’²⁹. Ex hoc nunc et usque in saeculum’. Y el Obispo, púrpura y armiño, con vislumbres de amatista, se erguía sobre la altivez de su solio de pontífice para acallar nuestras voces con su voz de emperador: ‘Benedicat vos omnipotens Deus...’. Y con la garantía de su palabra todos volvíamos de nuevo a seguirle cumpliendo en silencio a la militancia en las filas del supremo jefe ‘Santo Dios de los Ejércitos’, de quien —según nos decían— los cielos y la tierra estaban llenos de la majestad de su gloria. Y mientras nos corroíamos por dentro con tan singulares misterios, aunque nos lo calláramos, en la penumbra conmovida de la iglesia, la voz insignificante, pero individual, de cada uno de los setenta y siete seminaristas, se diluía en la voz imponente del coro que sacudía los muros de la catedral, impregnados de silencio y de la fulguración de las luminarias de la pascua: ‘Christus vincit, Christus regnat, Christus, Christus imperat’ ”.

Con la venida del papa se le exacerbó la angustia, pues a la sombra de su santidad también bajaron del avión los coros legendarios de la Capilla Sixtina, entre los que venían no menos de doce castrati³⁰ de angelicales voces atipladas, herederos del arte falsetístico de eméritos evirados³¹ que durante los siglos XVII y XVIII se apellidaban Farinelli, Caffarelli, Guadagni o Gizziello, y a cuya ablación testicular temprana debieron el tesoro de sus voces, las que, si bien procedían de laringes poco evolucionadas que les permitía asimilar su timbre vocal al de las mujeres, de igual manera sus atributos musculares y de resistencia, propios de su condición masculina —así me lo explicaba Mateus—, les otorgaba una

²⁹ Bendito sea el nombre del Señor. – N. del A.

³⁰ Castrati: plural latino de castrato. Se refiere a los cantores que, a partir del Renacimiento, castraban para habilitarlos como reemplazos de las mujeres cantoras, a quienes no estaba permitido participar en los coros de las iglesias, particularmente en el legendario coro de la Capilla Sixtina, coral oficial de la Basílica de San Pedro. – N. del A.

³¹ Evirado: castrado. – N. del R.

capacidad de resonancia torácica excepcional, lo que a la postre los hacía salir gananciosos por partida triple, puesto que la voz de un emasculado superaba en flexibilidad, agilidad y ligereza a la del hombre, en brillantez, fuerza y ejecución de mordentes a la de la mujer, y en amplitud de la extensión, lo mismo que en la extraordinaria duración del fiato a la de hombres y mujeres juntos. Coros cuya venida había esperado durante tanto tiempo, los mismos que siempre quiso escuchar algún día de viva voz desde los tiempos del seminario, a fin de desentrañar por sí mismo, y de una vez por todas, la incertidumbre que no lo dejaba en paz, la incógnita que no le daba tregua ni reposo desde aquellos años de cantilación colectiva de laudes y de maitines en el claroscuro del coro catedralicio, por cuanto no sabía a ciencia cierta si el de la Capilla Sixtina, la coral litúrgica por antonomasia del culto católico, era o no esencialmente igual a la desgarradora orfandad humanística y musical de su propio coro, inmerso en esa especie de absoluto impersonal que es el canto gregoriano, negación terca, hasta donde él había experimentado, de toda voz individual; incógnita que no pudo despejar tampoco aquel medio día de la llegada papal, a juzgar por lo que, finalmente, nos contó aquella noche de artificios celestes, entre alcoholes, tangos y gritería de borrachos perdularios, puesto que el coro de la Capilla Sixtina, en vez de regalar a Mateus y a Colombia con la ejecución polifónica del soberbio *Benedictus*, de Guillaume de Machault, u otra cualquiera de las polifonías que hacían posible el lucimiento personal de un solista, se limitó a escuchar en silencio los discursos protocolarios de bienvenida, una vez el pontífice descendió del avión, de donde bajaron también, junto con una limusina *Lincoln* para los desplazamientos papales por la ciudad, el frondoso séquito de sus cardenales, la corte conspicua de sus camareros secretos, la cáfila provectora de sus prelados honoríficos, monseñores de todos los pelambres, purpúreos dignatarios de la curia, presidentes de los Sacros Dicasterios Romanos, el cardenal secretario de Estado, el señor camarlengo de la Santa Iglesia Apostólica, el defensor del vínculo en la Rota Romana, antecedido de un piquete selecto de la Guardia Suiza, cuyos soldados impertérritos quedarían mejor en un cuadro de *El Correggio* con sus gregüescos a rayas multicolores, diseñados para ellos por Miguel Ángel Buonarroti en los tiempos jocundos de Julio II, “*de feliz memoria*”, y cerca de setenta y cinco maletas apostólicas, repletas con toda clase de sermones esotéricos, hechos a la medida del más allá, revueltos con discursos prudentemente ambiguos para el más acá; además de sotanas, albas atiborradas de guipures de cachemira, cíngulos para

tratar de conservar la castidad, estolas con las calvas beneméritas de San Pedro y de San Pablo, bordadas con primor en sus extremos de impecable factura latina, casullas plisadas, dalmáticas para sus asistentes al trono, capas pluviales festonadas con filamentos de oro, tunicelas, manípulos, gremiales, mitras aladas, zapatillas rojas con la heráldica papal en las hebillas, cruces pectorales empedradas de rubíes, anillos de pastor de ovejas negras, a uno de los cuales, según corría de boca en boca, le habían engastado un pedazo bellamente tallado de la piedra filosofal; báculos para hacer volver al redil a los creyentes discolos; solideos heredados de narigones rabinos circuncisos, las sandalias con las cuales es fama llegó el apóstol Santiago a Compostela, palios arzobispales con sus seis cruces negras, confeccionados en lana de oveja virgen por monjas pálidas y abaciales, alfileres de oro para sostener el palio, purificadores, patenas, palias, corporales, cálices y copones en medio de venerandos calzoncillos pontificios, y todo ello entre un reguero de bendiciones apostólicas destinadas a *“reconfortar paternalmente al señor Presidente de la República, nuestro dilecto hijo, a los funcionarios del gobierno que su Excelencia tan dignamente encabeza, a los miembros de nuestro amado clero secular y regular y a todos los habitantes del tan estimado por Nos³² pueblo de Colombia, bendiciones para cuya validez y constancia aparecen firmadas de nuestro puño y letra, por Nos, Siervo de los Siervos de Dios, Obispo de Roma con silla en San Juan de Letrán, Vicario de Jesucristo en la tierra, Sucesor de San Pedro y Pastor Universal de la Iglesia³³”*; angustia e incertidumbre que un día no pudo tolerar más, por lo que, haciendo acopio de valor y determinación, se presentó intempestivamente en la celda del venerable padre rector, y sin detenerse a meditarlo más, no fuera que le diera por arrepentirse de hablar si se ponía a quemar tiempo en el aderezo de preámbulos inútiles, le soltó a mansalva la noticia de su determinación irrevocable de retirarse, *“... Puesto que así lo he decidido con la ayuda de mi buena voluntad, de mis propias luces, de mi conciencia, y sin consulta previa con mi confesor”*; anuncio que cogió por sorpresa al padre rector, un reposado y conspicuo cultor de abstrusas disciplinas teologales, lo dejó por un buen trecho con la respuesta en el vacío, con la voz en suspenso, por cuanto Tomás tuvo que esperar, no se acordaba ya cuántos inacabables minutos, antes

³² Nos: apócope de nosotros, plural del pronombre personal yo. Este uso arcaico del llamado plural mayestático era propio del lenguaje oficial de los papas, reyes y príncipes hasta tiempos relativamente recientes. – N. del A.

³³ Varios de los títulos oficiales que corresponden al papa. En el texto de la novela todavía faltan algunos más, como Patriarca de Occidente y Jefe de Estado de la Ciudad del Vaticano. – N. del A.

de que el contristado estudioso del Doctor Angélico se animara a inquirir acerca de sus motivaciones para ahorcar los hábitos, no sin antes reconvenirlo paternalmente por lo que él consideraba en su sapiencia de escarmentado conductor de novicios, pasajero arrebatado puberal. “... *sobre todo, señor Mateus, esto tan a la carrera, tan sin previo aviso, con decirle que su desertión va a causar demasiado daño entre tanta gente que en usted ha confiado, que con tanta ilusión esperó el momento de su unción sacerdotal para escuchar por primera vez su palabra*”, reconvención que Tomás atajó de inmediato con un, “*mi palabra no, padre, la del texto, la de Dios, que es diferente; porque no tengo al fin y al cabo ningún derecho de hablar por mí mismo, ni de cambiar siquiera una coma, ni de discutir si estoy o no de acuerdo con lo que dice la Biblia o con lo que afirma la teología dogmática o moral, razón por la que no veo otra salida diferente de la de abandonar el claustro*”; a lo cual el padre rector, poseído por esa ira de Dios que con tanta frecuencia exhiben sus ministros, le respondió que cómo le asombraba su altanería para con el Señor, su soberbia mundana, su falta de fe, que cómo había sido de ingenuo al no haber presentado que algo tortuoso se escondía en su terquedad reconocida de sacrificar el estudio del canto gregoriano en favor de su guitarra, “*un instrumento profano, además de femenino, dotado de formas lascivas, Tomás, de muy mal aspecto, por cierto, en las manos ungidas de un clérigo*”; argumento que Mateus cogió con rapidez por la cola para devolvérselo como si se tratara de un alacrán: “*razón más que de sobra, padre, para que me retire, pues a mí tampoco me parece que una guitarra, por ser precisamente mujer, se resigne a los manoseos gregarios de un célibe*”. Y era que, mientras sus compañeros se dedicaban en la capilla a cultivar el virtuosismo coral de los pneumas gregorianos, Tomás inundaba el silencio religioso de su celda con las exquisiteces mundanas de Vivaldi y de Mudarra. “*Déjenlo en paz —dizque decía el padre rector en junta de profesores, cuando sus maestros escandalizados protestaban por los atrevimientos musicales de Mateus—. Mucho cuento es que Tomás no nos profane el claustro con esa música libidinosa de ‘El negrito del Batey’*”. Angustia e incertidumbre que, una vez fuera del seminario, en lugar de apaciguarse arreciaba en él, puesto que habiendo sido cristiano honesto a la par que hombre de insospechada sensibilidad musical, no podía entender y mucho menos aceptar cómo el canto gregoriano, de cuya fascinación, por otra parte, nunca pudo escapar sin que acertara saber cómo ni por qué, no le permitiera a través de sus perturbadoras espirales melismáticas,

dar rienda suelta a su tumultuosa necesidad de expresión personal. Si se tratara, al menos —pensaba—, sólo de un problema pasajero de incapacidad para comunicarse, corregible, por lo demás; o de algún sutil detalle estructural del coro en el que cantaba. Tal vez el director —seguía pensando—, posiblemente la dinámica de las voces. Varios años tuvo que esperar para que un erudito polifonista castrato que hacía parte de los coros pontificios, y cuyo nombre era Baptista Lorenzo, le explicara minutos después de que Paulo VI impartiera su bendición *Urbi et Orbi*³⁴ a una multitud hincada y enmudecida, desde el baldaquino que instalaron para el efecto en la ventana central del palacio arzobispal, cómo la respuesta que él indagó durante tantos años, y la cual, por otra parte, de alguna manera ya intuía, debía buscarse en la época en que la rigidez del canto llano se volvió pedazos cuando el hombre medieval descubrió la polifonía. “ *...En ese momento insignificante pero revelador —dijo Lorenzo— nació, aunque de manera precaria, la música de la modernidad, es decir, el ejercicio vocal como arte per sé, como fin en sí mismo, así de una u otra manera haya seguido amarrado durante siglos a la tiranía del texto sagrado, por culpa de esa granujería semítica que siempre ha metido sus corcovadas narices —sin que nos demos cuenta por lo demás— en los más altos menesteres de la Iglesia; hecho que se ha querido olvidar, y hasta desconocer, por aquello del designio romano de no querer nada con esa raza deicida, lo cual no es obstáculo para que aceptemos que el gregoriano en su modo primitivo proviene de formas cantadas en la sinagoga; aspecto fácil de comprobar con sólo oír el canto judaico, para constatar cómo en él se descubren los términos generales del discurso melódico cristiano, o sea, la palabra elevada hasta su mayor grado posible de solemnidad, gracias a la tensión ultramundana de la voz, al diálogo litánico de los clérigos, al ritmo libre de medida y a la vocalización, que no es cosa diferente de la cantilación, la misma que en el remoto pasado semítico fue el soporte de la memoria oral, toda vez que el cantor enseñaba, los alumnos escuchaban, luego repetían y solos recordaban con esa memoria milenaria propia de civilizaciones poco afectas a la escritura; asunto que empezó a cambiar con la diáspora de los apóstoles hacia occidente; lo que los enfrentó a ambientes muy dispares, muchos de los cuales estaban marcados por la impronta griega de la indagación racional, tales como la Galia donde nacería siglos más tarde el*

³⁴ Ritual exclusivo del papa, bendición que se realiza de manera ordinaria cada día, cuando está en Roma, desde una de las ventanas de la Basílica de san Pedro, a la hora del Ángelus, o sea, al medio día. – N. del A.

cartesianismo, un mundo de análisis que se opone con ferocidad a las reacciones intuitivas del oriente, en donde el canto no se inventa, ni se improvisa, ni se singulariza, ni se exhibe como arte, sino que se recibe y reproduce con fidelidad como si se tratara del daguerrotipo acústico de Dios, en donde no es posible cambiar una sola nota, mucho menos la palabra, que desde siempre ha sido monopolio exclusivo del Verbo, quien nos ha hablado, primero, por boca de los profetas, luego, de Jesucristo que es, usted lo sabe, palabra de Dios y, posteriormente, por medio de los pontífices; hecho que se constata de igual manera en la salmodia, en la que se deben cantar los versículos de los salmos con idéntica melodía, haya o no alternancia del coro o de los chantres, y cuya única respuesta posible está cifrada en el Amén del pueblo de Dios, o en el Alleluia del rebaño, tal como consta desde el año 110, en la carta de Plinio —Carmen... secum invicem—³⁵, por lo que Roma terminó por imponerse, aunque con dificultades, puesto que sólo ella, la Civitas Dei in terra, la Roma sempiterna de Dios, era la única con la prerrogativa de unir a occidente bajo el designio de un solo cayado, bajo la voz de un solo pastor; trabajo nada fácil, por el contrario, lento y azaroso, pues si bien en un principio toleró cierta diversidad de grupos, cuyas liturgias locales apenas si se sentían en el siglo IV, el papa terminó por dominar sin resistencia a la vista las pretensiones autonomistas de Milán, los escarceos contestatarios de Hispania, los razonamientos heterodoxos de la Galia y el, hasta entonces, irreductible prurito libertario de los Celtas de Irlanda; pretensiones que fueron reducidas a pavesas, y de cuya utopía sólo queda como recuerdo connivente, el permiso especial en materia de ritos para que Milán pudiera conservar los suyos; todo por culpa de la barbarie judía, inmune a toda noción de individualidad humana, a la que si llegó el mundo griego gracias al germen de su racionalismo, alérgico, por otra parte, a cualquier obediencia ciega a una jerarquía preestablecida; germen que, siglos más tarde, daría origen a esa hermosa trasgresión de la rigidez que entraña la polifonía medieval, no sólo como ejercicio autónomo, sino como aleteo prometedor de lo que, unos tres siglos después, se llamaría en occidente la música de la modernidad”.

³⁵ Referencia a una notable carta enviada por Plinio el Joven al Emperador Trajano, fechada hacia el año 112 de nuestra era. Plinio, que era entonces Gobernador de Bitinia, consulta al emperador sobre cómo manejar a los cristianos que vivían en su jurisdicción. Esta carta es importante para la cristiandad porque establece que a Cristo se lo adoraba como a un dios y considera que no hay crimen alguno en sus actos, fuera de sus creencias religiosas, consideradas supersticiosas y extravagantes por los romanos. — N. del R.

Los ojos que Mateus sólo tuvo para Baptista Lorenzo desde que lo descubrió en el atrio de la catedral hablando, en español con un funcionario de la curia arzobispal mientras el coro pontificio se iba organizando para la ceremonia de la bendición papal, una vez el pontífice bajara de su limusina, no le permitieron ver cómo la multitud enloquecida se arremolinaba en oleadas sucesivas alrededor de la inmaculada carroza, como si se tratara de los embates de un mar humano cuyas crestas de gente lucharan por alcanzarlo, por verlo, por oírlo, que bramaba por tocar su sotana olorosa a indulgencia plenaria, y que forcejeaba a codazo limpio por arrebatarse de sus manos de yeso la bendición para sus niños que lloraban de miedo y de calor.

Aún me parece verlo por el televisor en su recorrido del aeropuerto al centro de la ciudad, seguido de una caravana interminable de carros, de motocicletas, de gentes a pie con pañuelos blancos en las manos, mientras centenares de campanas saludaban el suceso con algarabía de catástrofe. Al menos eso fue lo que capté: sentía que algo de cataclismo íntimo había en el desamparo de su blancura sin tiempo, tal vez, porque pudo haberse extraviado, entre el desorden eclesiástico de sus maletas, el permiso celestial para resolver de una vez por todas ante la multitud incalculable de sus hinchas, el galimatías inextricable de la predestinación. Y al verlo así, solo, con su sonrisa triste en medio de semejante turbamulta, sentí conmiseración por él y tuve el impulso súbito de estrecharle la mano, a pesar de que sólo lo veía en la pantalla del televisor que un desconocido me ofreció, sin yo solicitarlo, cuando salí a la calle despavorido por el arrebato ensordecedor de tanta campana, y pregunté a una señora histérica que escuchaba en ese instante su transistor desaforado, por las causas de semejante bochinche.

“Siga y siéntese donde pueda —me dijo el desconocido—, si es que nunca ha visto el milagro de un papa en carne y hueso. Mírelo nomás cómo se está agachando para besar el suelo colombiano”. Y por este camino la casa se le fue llenando de gente que ovacionaba al papa hasta enronquecer, con los ojos fijos en el televisor, como si hubieran sido hipnotizados por la fuerza magnética de su frágil figura blanca. Los unos lloraban, los otros reían, los de más allá rezaban o se abrazaban, mientras la caravana avanzaba con lentitud exasperante hacia el centro de la ciudad. Así lo vi y así se quedó para siempre en mi retina:

algo pálido y tenso en su limusina descubierta, con su aire de soledad, con su rictus de nostalgia a pesar de sus tímidos labios sonrientes, y víctima de la tiranía de un protocolo que trataba inútilmente de aislarlo de la gente, ante la posibilidad cada vez más cercana de un balazo bien puesto en todo el centro de su tiara milenaria. Nerviosismo, gorilas de movimientos rápidos, de accionar milimétrico ante la más insospechada sospecha. Hombres camuflados en los árboles de los parques por donde iba pasando su santidad con su reguero de saludos y bendiciones. Policías vestidos de civil mirando de reojo hacia las ventanas de los edificios, desde donde pudiera estar apostado algún tirador, interesado en seguir la visita papal a través de la mirilla telescópica de su Mannlicher-Carcano, con la intención de darle al país el récord mundial de tiro al pontífice, como si sólo eso nos faltara. Zaranda de hombros, reverberación de voces, flujo y reflujo de cuerpos que avanzaban y retrocedían como olas de maremoto en un océano alebrestado. Ondulación de brazos izados con las banderas de Colombia y del Vaticano. Marejada de gritos en la sala del televisor: “*Córrase para allá, marica, que yo también lo quiero ver*”. “*Cállense, carajo, que no me lo dejan oír*”. Gargantas en sordina de tanto gritar: “*¡Que viva el papa!*”. Y por allá, perdido en medio de aquella turbamulta, en el ojo mismo del huracán que recorría como tromba viviente la carrera séptima de Bogotá hacia la plaza de Bolívar, me pareció ver como una sombra a Tomás Mateus, hacia las doce de ese medio día canicular de su llegada. Más le hubiera valido no ir porque llegó peor de lo que se fue, después de recibir sin ningún entusiasmo las tres cruces de la bendición que remataron los latinajos de su santidad Paulo VI, insigne vendedor ambulante de bienaventuranzas.

—¿Sólo por lo de la guitarra usted no quiso ser cura? —Pregunté a Mateus un día que se puso comunicativo al calor de unas cervezas.

—También porque no me gustaba su manera de hablar.

—¿Tiene algo de especial?

—¿No ha escuchado al padre García Herreros³⁶ en la televisión? Cuando están predicando, todos los curas lo hacen en un tono tan neutro, como si estuvieran dirigiéndose en voz alta a un recinto vacío. Nunca ríen en las homilias. Como si la risa fuera una forma de profanación. Siempre están rígidos y trascendentales. Me gustaría que alguien se inventara la teología de la sonrisa, en donde Dios hiciera el papel de gran cuentachistes del universo. No hace mucho asistí a las exequias de una amiga muy querida. Mientras, abajo, en la nave de la iglesia donde estábamos con la difunta, flotaban hasta ser tangibles las emociones por la desaparición de nuestra Elvira, el cura que ofició el entierro echó, a manera de sermón, una parrafada tan convencional y ajena a las circunstancias particulares de nuestro duelo, que a muchos nos molestó. Resultaba deprimente la evidencia de que el oficiante no tenía la menor idea de quién era la difunta, como si sólo hubiera un solo sermón para despedir a todos los muertos.

—Y, ¿cómo ve desde aquí su tiempo del seminario?

—Fueron unos cuantos años pasados en la más despreocupada y flagrante irresponsabilidad, porque los viví en ese agradable estado de bajo nivel de conciencia de mí mismo que me proporcionaba la rutina diaria, sospechando, apenas, que durante casi todos esos años tuve la mente en el siglo XIII y el corazón a la deriva.

— Y, ¿cómo se dio cuenta de eso?

—Los planteamientos del profesor de filosofía jamás me dejaron satisfecho.

—Y, ¿no podía manifestar sus inquietudes, discutir con sus maestros?

—Sí. Pero de nada me aprovechaba, porque esas discusiones no conducían a ninguna parte.

³⁶ **Rafael García Herreros** (1909 – 1992): sacerdote eudista, fundador del programa de televisión “El minuto de Dios”, aún vigente, y del Banquete del Millón, un curioso ágape que se celebra cada año al cual son invitadas las personalidades más prominentes y adineradas del país a compartir un convite que consiste en un sencillo consomé o caldo de pollo acompañado de un pan, a cambio de una suma de dinero importante, con la cual García Herreros ha construido el populoso barrio El Minuto de Dios, dotado incluso de universidad, la mayor parte de cuyas casas han sido donadas a través de la Fundación Minuto de Dios a personas y familias de muy escasos recursos económicos. Un verdadero filántropo y hombre de acción. – N. del A.

— Pero, ¿por qué no?

— Porque miraban el mundo a través de la lente excluyente de la filosofía escolástica. Y no era que hubiera en ellos mala voluntad. Esa manera de mirar el mundo, al hombre y la ciencia, el arte y la cultura, les impedía vislumbrar otros horizontes, ver otras posibilidades. Nunca pude resignarme a aceptar que la historia del pensamiento de occidente se hubiera agotado con Santo Tomás de Aquino, como se nos insinuaba en clase. Sentía que era un verdadero despropósito, tratándose de filosofía, calificar la del Aquinate como *philosophia perennis*. Me parecía terrible escuchar las diatribas del profesor contra luminarias de la talla de Kant, Heidegger o Husserl, no porque supiera mucho acerca de ellos, sino porque a través de lo poco que nos decían de sus sistemas filosóficos, alcanzaba a intuir que, detrás de esos espesos cortinajes de neblinas mentales, se escondía un mundo lleno de fascinación.

— ¿A qué se refiere con eso de “*esposos cortinajes de neblinas mentales*”?

— A las reseñas que de esos autores podíamos leer en los manuales de historia de la filosofía y, por supuesto, a las explicaciones que de ellos hacían los mismos profesores. En uno de esos textos, no le concedían a Erasmo de Rotterdam más de veinticinco renglones, y luminarias del pensamiento filosófico moderno, tales como Sartre o Heidegger, eran consideradas no mucho más que como pobres idiotas, los cuales, a pesar de su esfuerzo y buena voluntad, no le daban ni a los talones al doctor de Aquino.

— Y, ¿de qué acusaban a esos filósofos?

— De algo muy grave: de no pertenecer a la escolástica.

— ¿Entonces, esos curas que le enseñaron eran unos embaucadores?

— Por supuesto que no. Era su óptica. Partían en sus juicios y argumentaciones de la que ellos creían era la única verdad posible; no de la búsqueda de la verdad. Cuando el punto de

partida y de llegada no puede ser otro que la creencia según la cual la escolástica es la única posibilidad válida para mirar, pensar e interpretar el mundo, lo demás carece de importancia. Ese es el peligro de toda visión filosófica cerrada, autosuficiente y totalitaria, así ella no se llame escolástica sino cualquiera otra cosa. De la misma manera que desde la óptica escolástica es posible reducir la figura de Erasmo a veinticinco renglones, igual cosa se puede hacer, por ejemplo, desde la óptica filosófica de algunos marxistas en relación con lo que ellos llaman con cierto desdén y no poca ignorancia “*filosofía idealista*”, incluyendo, por supuesto, a figuras tan fundamentales como Hegel. Aunque por aquel entonces mi visión del mundo, del hombre y de la ciencia era perdidamente escolástica, cierta intuición me puso en el camino de algunas lecturas secretas, pocas sí, pero definitivas.

—¿En qué sentido definitivas?

—No en el sentido de que me aclararan mayor cosa, porque lo hicieron de manera por demás fragmentaria, sino en el sentido de que, al mostrarme la provisionalidad del conocimiento, me pusieron en guardia, y espero que para siempre, contra toda forma de dogmatismo.

— Entonces, ¿por qué se angustia?

— Porque aún no he encontrado casi nada. Veo que por culpa de todo esto me he metido en un tremendo embrollo, en una especie de laberinto del cual aún no avizoro la chispa de luz que anuncia su salida. Sin embargo, metido como estoy en semejante problema, veo que mi incertidumbre me hace sentir vivo, porque me obliga a buscar con apremio la boca del túnel y eso para mí ya es estimulante.

A lo lejos, sobre la pista, está la nave de *Avianca* con el escudo papal pintado en el fuselaje. En la lejanía de la tarima protocolaria el papa entrega al frío de la tarde sus manos de cera y su mirada de incertidumbre. “*No te decimos adiós, Colombia* —dijo para despedirse con un hilo de voz— *porque hoy más que nunca te llevamos en el corazón, desde donde te impartimos nuestra bendición apostólica*”. Y haciendo un gran esfuerzo para que no se le

ajara la voz, entonó con solemnidad: “*Sit nomen Domini benedictum*”. “*Ex hoc nunc et usque in sæculum*”³⁷ —respondió el coro pontificio en nombre de todos los colombianos. Luego, Paulo VI se inclinó levemente para que el maestro de ceremonias lo cubriera con su tiara trirregna y pusiera en su mano izquierda el báculo pontifical, cumplido lo cual trató de abarcar con la lentitud de su mirada la enorme extensión de la ciudad, que muda y llorosa lo despedía, antes de herir los aires con su voz indescifrable de pastor: “*Benedicat vos omnipotens Deus, Pater et Filius et Spiritus Sanctus*”. El sinuoso amén del coro se transformó con rapidez en eco que fue a morir en los confines de la sabana. Y un rugido como del fondo de la tierra, apabullante como ráfaga de huracán, empezó a apagar la antifona gregoriana con la que el coro de la Capilla Sixtina clausuraba la primera visita de un papa a Colombia. Y mientras las voces de los cantores luchaban por hacer oír su “*Nuncio vere, quia misit Dominus angelum suum: et eripuit me de manu Herodis, et de omni expectatione plebi Iudæorum*”, la gritería —así nos lo confesó aquella noche— colocó a Mateus de un solo golpe en el lugar más remoto de su desamparo. Eran como olas embravecidas de voz: ¡*Que viva el papa!* Flujo y reflujo como de océano sin fin: ¡*Que viva el papa!* Sin fin y sin esperanza: ¡*Que viva el papa!*

Y pude ver por la televisión el rostro del pontífice, antes de que se volviera de espaldas para empezar a subir con pie indeciso la escalerilla del avión. Llevaba auestas su sonrisa triste y su rigidez obligatoria de repartidor oficial de felicidad eterna. Tras el papa, y rematando la interminable cola de su séquito, subió a la nave el coro de la Capilla Sixtina. Antes de que cerraran la portezuela del avión, la figura menuda de un hombre volvió a aparecer para hacer con la mano un último y brevísimo gesto de despedida. Sólo aquella noche de tempestad y alcohólicas confesiones, Tomás nos reveló que el hombrecillo que había vuelto a verse en la portezuela, para constituirse en la última imagen visual que guardarían los colombianos de la visita papal, no era otro que el castrato Baptista Lorenzo.

³⁷ Ahora y por todos los siglos. – N. del A.

OCTAVO ROUND

“Estoy aquí, metido en mi cuarto sin saber qué hacer, ni qué rumbos darle a mi vida, muriéndome de la angustia por vislumbrar alguna salida a mi descalabro de hombre, de músico, de guitarrista y de maestro que poco o nada tiene ya qué decir, aunque a veces sienta que todavía es posible volverse atrás, empezar de nuevo. Es como un irme pudiendo sin remedio a la espera de algún golpe de suerte, de algo fortuito y del todo improbable que, a lo mejor, nunca va a llegar, aunque a ratos quiera sacar ánimos para sentir que sí, que estoy a las puertas de algún suceso insólito, de una señal especial, en fin, de cualquier cosa que signifique un viraje a esta situación que ya no soporto más de malgastarme sin sentido, de perder sin más ni más mi tiempo gritando las parrafadas que nadie escucha, salvo yo, que a nadie interesan, sino a mí, por lo que las palabras, en vez de llegar a ellos, a mis estudiantes, para que en ellos queden, para que en ellos dejen huella, rebotan en las paredes del salón como si se tratara de una sucesión progresiva y envolvente de ecos que se expanden, golpean, estallan y desaparecen. Ecos, solamente ecos de estridencias, ondas cada vez más ensanchadas, vibraciones cada vez más irrecuperables, cuya posibilidad de ser sólo se da a partir de mi voz inútil, de mi voz sin retorno y, lo que es más grave, de mi voz atterradoramente fugaz, a pesar de mi esfuerzo por hacerla, si no perdurable, al menos no tan efímera. Me enloquece el tormento que viene parejo con la certeza de mi desperdicio, a pesar de todo lo que puedo dar de mí, a pesar de mi secreto y feroz empeño por mejorar las cosas y del que yo solo soy testigo, porque es sólo a mí a quien quema por dentro ...”.

No es sino leer las cosas que Mateus escribió pocos días después de la visita papal para recordar cómo captábamos su problema cuando de él conversábamos, lo que, preciso es decirlo, hacíamos con más frecuencia de la necesaria, y cómo por el camino tortuoso de la murmuración llegamos hasta sentir por él cierta solidaridad, aunque, después de dolernos y lamentarnos, de prometernos que era mejor dejarlo en paz, nos empeñábamos de nuevo en caerle encima, como si se tratara de algún chivo expiatorio que hubiera de pagar por él, por nosotros y por todos los maestros, esas pequeñas lacras de nuestro oficio, inconfesables pero ciertas, incómodas pero a la vista de todos, de las que, por otra parte, no hemos podido o no hemos querido deshacernos, aunque, en el fondo, sabemos que nos demeritan, que

afean nuestra profesión que se supone altamente humanística, y que se materializan a cada momento, toman cuerpo cuando uno menos lo piensa en figura de esos minúsculos fantasmas del egoísmo, de la mezquindad, del narcisismo, de las envidias, de las zancadillas, del juego sucio, de la hipocresía, de la difamación, del desconocimiento del trabajo ajeno, de los celos profesionales. Infidencias, malquerencias, ojerizas, rabias recalentadas y sancochadas al fuego lento de la mala leche, y hasta odios. Nada en grande, sólo pequeñas trampitas, cuchicheos cargados de veneno, indirectazos, directazos, ironías y sarcasmos, calambures verbales para herir al colega que se deja y nos lo permite, alianzas oportunistas y bien calculadas, confabulaciones, debates públicos con fundamento en chismorreos privados, maquinación, señalamiento, manipuleo, adulación, puñalada traperera, besamanos, sonrisas y genuflexiones, comunicados y firmas, protestas de adhesión, pistola con los dedos de los pies.

Así lo hemos reconocido unos cuantos al calor de las cervezas de los viernes cuando el relente de la madrugada nos calaba los huesos y la necesidad de abrigo nos unía muchas veces en un haz compacto y tiernamente efímero de sinceridad. Cuántas veces, en el arrebató glorioso de nuestra rasca, en el entusiasmo subliminal de nuestra ebriedad nos propusimos decir basta, y no pudimos. Porque, si cambiamos, como en efecto sucedió más tarde, no se debió a nosotros sino a él. Por eso, mientras pudimos, mientras él nos lo permitió, nos solazamos los colegas y se divertieron los estudiantes con la tarea de hacerle la vida imposible, sin saber exactamente por qué, a pesar de él y de su tenacidad obsesiva por hacer bien las cosas, por preparar sus clases y por comprender, aunque sin lograrlo, el enigma de por qué sus alumnos no querían saber nada de él, ni de sus explicaciones sobre la estructura de las construcciones sintácticas, ni sobre novelas o poemas, y muy a pesar de los ejemplos de relumbrón que esforzaba en el tablero para hacer más amena la clase y más llevadero el sopor de las lucubraciones morfofonémicas, como aquel que le alcancé a escuchar en repetidas oportunidades desde la reverberación del patio trasero del colegio, en donde solía hacer mis clases de gimnasia, y hasta donde alcanzaban a llegar con nitidez las vociferaciones del colega en términos de ilustrar el hecho lingüístico, como él decía, y según el cual —me parece oírlo— *“La parte significativa del signo no puede reducirse sólo al aspecto fonémico del mismo, sino que también debe tenerse en cuenta el aspecto sintác-*

tico categorial”, formulación de gran envergadura, sin duda, de encumbrado coturno, que el pobre de Mateus trató de aclarar inútilmente a los estudiantes en reiteradas oportunidades, apoyándose en las opiniones del gramático abstruso que casi a diario consultaba, y cuyas páginas pedregosas me tocó soportar más de una vez cuando él me las leía en voz alta, a pesar de mis protestas de ignorancia en esas materias y en contravía de mi aversión a la gramática y a toda esa parlanchinería de literatos y de poetas que yo, profesor de educación física, detesto; gramático cuyo nombre no recuerdo, y cuya pronunciación ni siquiera aventuré jamás, pues su onomasiología inextricable hacía honor a casi todo lo que afirmaba, por lo que Mateus, casi que convencido de la necesidad de no dejarse enredar más por sus abracadabras teóricos, apelaba —aún nos sacude la risa recordarlo— a anécdotas ilustrativas de sus propósitos gramaticales, olorosas a mamotreto antiguo, como aquella donde él se explayaba contando, cómo un tal padre Félix Restrepo, presidente —decía— de la Academia Colombiana de la Lengua, dizque organizó un paseo a los venerables miembros de la apolillada institución guardiana de la lengua madre, una caterva de viejitos artríticos y de acatarrados recalcitrantes del correcto hablar, paseo que contaba con el aditamento de un baño, y con las meticulosidades culinarias de una merienda, en el transcurso de la cual, uno de los paseantes, exponente preclaro de la naftalínica institución, observando cómo el sacerdote gramático —están por todas partes en Colombia, pues hasta presidentes de la República han sido— en lugar de bañarse, como dizque lo estaban haciendo casi todos los que no se sentían impedidos por la coyunda de algún achaque propio de su edad, pastoreaba el sopor de la hora de la siesta con el recitado adormecedor de su breviario, y queriendo, por lo que parece, deslumbrar al sacerdote con su habilidad de repentista y con la exhibición de sus dotes de acrisolado orfebre de bisutería verbal, le preguntó a quemarropa: “¿Es que usted no se baña, padre, porque no nada nada?”; para que el jesuita ladino —de la Compañía de Jesús tenía que ser—, lo recibiera con el lapo demoleedor de su lengua celibal y le contestara: “No, señor académico: si no me baño no es porque no nado nada, sino porque no traje traje”; cuento que hacía retorcer de la risa a los estudiantes, por parecerles demasiado malo, a ellos, habitantes mentales de otros mundos diferentes del que poblaba Mateus con sutilezas semánticas. O como aquel otro acertijo con vislumbres de logogrifo medieval que solía tener reservado en su manga de ilusionista gramatical para los momentos más críticos, cuando ya no era posible contener por más tiempo la presión de la

caldera que bramaba por explotar y hacer volar en pedazos el decoro mínimo de la clase, acertijo que, cuando las cosas estaban por llegar a este punto, escribió más de una vez en el tablero como si se tratara de un paliativo para el desespero, o de alguna taumaturgia para conjurar toda clase de desafueros. “*Presten atención, señores* —iba recitando el maestro acongojado, al tiempo que con el chillido nervioso de la tiza hacía dúo a su voz agrietada por el temor—. *Pongan mucha atención, a ver si alguno de ustedes es capaz de descifrar la clave de esta frase insólita: Dábale arroz a la zorra el abad*”; frase que una vez escrita en el pizarrón con trazo de zozobra, y leída a voz en cuello con acento de quien teme que el truco se le pueda malograr, en el momento definitivo de cumplir con la misión de atenuar con su efecto sedante la gritería de plaza de mercado o de coliseo de ferias en que se habían convertido sus clases, pues él sí estaba convencido de que la magia de un palíndromo terminaría por domesticar el caos, amainar la tempestad y volver a su cauce las aguas desbordadas de la insubordinación, como en efecto algunas veces ocurrió, más por gracia de su eventual buena suerte, que por virtud de sus artes de ilusionista morfosintáctico, pues en varias ocasiones lo salvó más que a tiempo del desastre del nocaut el tañido providencial de la campana, al término de cincuenta minutos mortales que para él resultaban inacabables.

No tuvo fortuna, sin embargo, en cierta oportunidad —aún me angustia recordarlo— cuando no sonó a tiempo la campana salvadora, y Wills Fernando se levantó de su asiento para interpelar al maestro con la acotación de que esa frase era absurda, pues, hasta donde él sabía, las zorras no comían arroz, sino gallinas, y los abades no se metían con las zorras, sino con sus devociones, a no ser que se tratara —dijo— de alguna puta que el abad hubiera escondido en la clandestinidad de su celda de fraile erecto, cuya factibilidad él podía colegir de cierto ejemplo que el mismo Mateus leyó alguna vez en el *Decamerón*, donde un monje del convento de Lunigiana, al ser sorprendido, en flagrancia, dentro de su alcoba con una damisela, se salvó de un castigo seguro mediante el artificio de hacer probar al abad idéntico goce; comentario que hizo delirar de entusiasmo a los estudiantes, y los exaltó a tal punto, que la clase finalizó con varios pupitres vueltos añicos como consecuencia de la trifulca que se desató, y en la que salieron a relucir por los aires, ya que no las armas propias del ejercicio académico, zapatos tenis, balones de fútbol, trozos de tiza, guayos de futbolista, botellas de gaseosa y hasta un par de huevos cocidos.

"Hoy por la mañana me ha hecho saltar el chirrido del despertador, y he sentido otra vez sobre mí todo el peso de la certeza del lunes. En mi cabeza abotagada, aún rondan los últimos vahos del alcohol que anoche bebí y que bebo cada vez con más frecuencia, a ver si me es posible soportar mejor el horror de mí mismo sembrado en el asco de cada amanecer. Me levanté con pesadez, tratando de hacer a un lado la evidencia culposa de mi resaca y las trepidaciones de mi cabeza a punto de estallar. He ido, como todos los días, al espejo, y he reconocido sin variación alguna la cara llena de sombras de mi desesperanza.

Pero, de un momento a otro, algo extraño ocurrió, porque, sin saber cómo ni por qué, empezaron a difuminarse los ángulos del rostro que siempre veo ahí y que tanto me perturba, para dar paso, cada vez con mayor nitidez, a los contornos curvilíneos de mi guitarra suspendida en el clavo de la pared, tal como la dejé en la alcoba de mi casa. Puedo jurar que la vi colgada, que la percibí en figura de mujer desnuda, crucificada. Y al verla abandonada a su suerte, a pesar de todo lo que sé de música, en contravía de mi nada despreciable destreza para tocarla, gracias al talento y las enseñanzas que heredé de mi papá, sentí la aguda espina de mi prevaricación, y entendí con la misma nitidez con la que la he estado mirando desde ese momento, que al traicionarla así, terminaría traicionando mi destino".

Que no era otro diferente que el de ser algún día virtuoso de la guitarra, tal y como lo pronosticó con clarividencia asombrosa la comadrona que lo ayudó a nacer de pies, que es la forma como nacen los que son alumbrados con la luz de la buena estrella, pues al presentarlo a su padre en las postrimerías de un parto extenuante y riesgoso, lo izó por los pies para la nalgada de rigor, puso sus ojos certeros en las manitas anegadas aún en los humores maternos, y dijo con voz de pitonisa puerperal:

—O la vieja Dolores sabe poco de este oficio, o esta criatura nació para ejercer arte manual.

—¿Por qué lo dice, comadre?

—Por el largor inverosímil de sus dedos.

—Con tal de que no vaya a servir para ladrón.

Remató el viejo volviendo añicos el sortilegio de aquella premonición, que años más tarde contribuiría a malograr, a pesar de ser él mismo guitarrista de no despreciable talento, con su cantaleta de, *“no se vaya a ilusionar demasiado, muchacho, con el instrumento, que nadie vive en este país de dar conciertos, y menos si son de guitarra, por muy maestro que sea, por más repertorio que tenga sobre las obras de los compositores más célebres, todo porque no se consigue mucha gente con las orejas para escuchar esa música, en este país donde la radio no ha hecho cosa diferente de pervertirnos el gusto con sus bochinchas para mercachifles de discos, en este medio donde Segovia ni siquiera es un ilustre don nadie, pues la gente bosteza si al maestro le da por tocar las ‘Diferencias sobre guárdame las vacas’, en lugar del ‘Burundanga le dio a Bernabé, Bernabé le pegó a Muchilanga’³⁸. De manera, pues, que nada de fantasías delirantes con eso de estudiar para guitarrista, que si me ve ahora enseñándole no es porque haya cedido a sus pretensiones utópicas, sino que lo estoy haciendo bajo su palabra, no lo olvide, de tomar la guitarra como mero pasatiempo y, en el mejor de los casos, como emoliente a sus apremios de energía en vibración y a sus urgencias irrecusables de sonoridad, aunque también he tenido en cuenta, bueno es que lo sepa, su mucho rogar y su constante importunar, sólo por eso le enseño, sépalo hijo”*.

Que a Tomás lo sedujo desde pequeño el fenómeno de la sonoridad era un hecho claro para todos cuantos lo conocieron, menos para su maestro de primeras letras. No cabía duda: desde la más tierna edad se sintió irremisiblemente atraído por el prodigio —así decía— de una cuerda tensa en movimiento. Cualquiera cosa servía para satisfacer su compulsión de producir y escuchar la vibración de los cuerpos, así se tratara de la cuerda de hacer girar su trompo, de la percha sobre la que extendía la ropa su mamá, o de cualquier trozo de cañamazo que él se ingeniaba para poner en tensión, amarrando uno de sus extremos, así fuera a la cerradura de una puerta, o al mecanismo que instaló dentro del cajón de su pupitre escolar, hasta donde hacía llegar las manos para explorar con su bramante tenso el universo de la ondulación musical, mientras sus compañeros de clase se esforzaban por seguir las explicaciones del maestro, cuya voz se vio interferida más de una vez por el

³⁸ Canción difundida hasta el hartazgo, de la primera época de Celia Cruz. – N. del R.

ronroneo ondulatorio que Mateus le imprimía a su cordel, más allá, en ocasiones, de lo acústicamente tolerable; razón por la cual fue reconvenido en varias oportunidades por el maestro iracundo, puesto que Tomás no sólo era incapaz de concentrarse en las operaciones matemáticas más elementales, o en el estudio de los coleópteros o de la conjugación verbal, sino que con su zumbido de abejorro entorpecía la tranquilidad de la clase y echaba a perder la atención y compostura de sus condiscípulos. Nada sirvió, sin embargo, para hacerlo regresar —si es que alguna vez estuvo allí— a los territorios abstractos del aprendizaje escolar, ni siquiera el recurso extremo de la férula que el maestro le llegó a aplicar a dos manos con la esperanza de curar de raíz la causa de su dolencia, que así denominaba el pedagogo la compulsión acústica de Mateus, supuesta enfermedad que llegó a describir en nota llena de enjundia a su padre como una *“extraña perturbación, identificada por psiquiatras de reconocida autoridad científica como cierto género de vibromanía recurrente y contumaz”*; interpretación de la que, por supuesto, discrepaba su padre, para quien su hijo simplemente debía ser la reencarnación del espíritu de algún desconocido tañedor de cuerdas, perdido en el pasado musical remoto de la humanidad, como quiera que bien podía tratarse de la prosopopeya carnal de algún juglar hitita o egipcio del tiempo de los faraones, a juzgar por los frescos que él vio alguna vez, en donde pudo observar que ya existieron formas que daban para pensar en el laúd o en la guitarra. También podía ser —afirmaba— la reencarnación de alguno de los instrumentistas que tañen un arpa de cinco cuerdas y una lira de siete en la más antigua representación del arte musical de que se tenga noticia hasta la fecha, y que quedó para memoria de la posteridad en un fragmento de vaso de lapislázuli hallado en las excavaciones del templo babilónico de Bismaia. *“O la personificación de algún remoto pulsador árabe de ud, o más exactamente de al-ud, laúd, luth, liute, lute o laute, según el idioma que usted emplee, profesor”*; o del advenimiento del que él creía espíritu redivivo de Abu Hassan Ben Hassan, a quien distinguieron sus contemporáneos con el remoquete de Alí Ben Ziriab, que quiere decir Alí, hijo de Ziriab, un pájaro negro de canto melodioso, quien habiendo nacido en Bagdad en los estertores del siglo VIII, fue discípulo aventajado de Ibn Ibrahim Al Vasli, a tal punto que pronto su talento sobrepasó el de su maestro; razón suficiente para hacerse acreedor a la ojeriza de su mentor, quien urdió la manera para que el califa de Bagdad lo pusiera a escoger entre la muerte honrosa o el destierro con todos los honores; alternativa última que Alí, el hijo del

pájaro Ziriab, escogió con el sentido pragmático de las gentes de su raza, circunstancia que lo hizo emigrar hasta Kirvan, e instalarse más tarde de manera definitiva en el califato de Córdoba, en donde pudo, por fin, disfrutar con creces toda la gloria de su fama. *“O si usted prefiere, por qué no, profesor, de una de las transformaciones energéticas del espíritu de Ulises, quien según cuenta la Odisea, al tensar su arco airado delante de los pretendientes de Penélope, la cuerda produjo bajo el impulso de su mano crispada un sonido tan claro y vibrante como la voz de un pájaro, no importa que mi hijo, tal vez, no sea Ulises, profesor; porque si usted lo sigue castigando, lo único que va a conseguir es que el muchacho se llene de odio contra usted, y con el tiempo se convierta en la ampolla abierta del rencor en contra de su pedagogía montada sobre opiniones de psiquiatras de pacotilla. Pero está bien, me comprometo a contribuir a la solución del problema de mi hijo, cambiándole al niño el cañamazo del pupitre por las cuerdas de una guitarra, a riesgo de que, ahora sí, se me convierta en guitarrista o se me amargue para siempre, que es lo que menos quiero para él en la vida”*, razones más que suficientes para que, al evocarle el espejo la imagen de su guitarra, se decidiera a mandar por ella hasta su casa.

Cuando la guitarra llegó, por fin, envuelta en cartones y en afectos, embalada por la mano meticulosa y cómplice de la madre, Mateus la desenfundó con la premura de quien ve llegar algo demasiado esperado. La tomó luego entre sus manos torpes por la emoción, rasgó con lentitud sus cuerdas, aún sin afinar, como si estuviera en el plan de reconocer sonidos no tan olvidados; la templó con la meticulosidad y parsimonia de quien aún recuerda casi todo del oficio, y dejó, luego, que sus dedos, aunque torpes todavía a causa de la falta de ejercicio, se extraviaran en el mar sin fondo de sus recuerdos.

"Arrimo mis ojos al espejo de su tapa herida en la mitad del vientre; me acerco más y más hasta aspirar los humores de sus maderas donde todavía alienta la fragancia del pino, derribado en algún bosque remoto del Canadá o del Brasil. Recorro todos los días con las yemas de mis dedos la tersura de su espalda, la grácil curva de sus aros de palosanto, jacarandá, caoba o cedro, donde palpita aún la vida del bosque, atrapada por la mano maestra del luthier que fabricará algún día mi guitarra en algún taller de Barcelona, Hamburgo, Buenos Aires o París".

Y se aplicó al readiestramiento de ambas manos con una pasión que nunca antes vi en él. Por las tardes, después de salir del colegio, trataba de llegar cuanto antes al cuarto donde vivíamos para ponerse sin dilaciones a la tarea. Horas y horas pasaba a solas con su guitarra en la ejecución de complicados y tediosos ejercicios. A fin de no molestarme con la monotonía de su calistenia, se refugiaba durante sus ensayos en un minúsculo cuarto de san Alejo, contiguo a nuestra habitación. Consiguió un atril de músico para sus partituras, fabricó con trozos de madera una especie de banco para poner el pie izquierdo durante sus ensayos, los cuales realizaba invariablemente sentado en un butaco de peinador, y le compró a un sastre vecino un espejo grande, desde donde vigilaba en todo momento la postura exacta de ambas manos.

Era estimulante verlo entrenar por el entusiasmo con que lo hacía, de tal manera que hasta le entraban a uno ganas de imitarlo. Siempre el mismo ritual, los mismos pasos. Mostraba una voluntad indoblegable al agotamiento físico o a la atonía espiritual. Varias veces lo sentí llegar con sus ensayos hasta las horas del amanecer. Parecía como si estuviera concentrado en el trabajo metódico y exacto de un *challenger* que se prepara para la conquista boxística de una corona mundial, sólo que, por el momento, carecía de entrenador. Como acostumbraba pensar en voz alta y estudiar repitiendo verbalmente los ejercicios, terminé por aprender de memoria fórmulas de digitación, técnicas de pulsación, nombres de escalas, combinaciones de arpegios y hasta altos secretos de guitarra. Gracias al parloteo solitario que realizaba frente al espejo de sus entrenamientos, acabé por iniciarme en el conocimiento de la inimaginable complejidad del instrumento, por familiarizarme con su sonido y por sentir y amar intensamente, tal como hoy me sucede, esa música, antes desabrida para mí. Cuántas horas pasé espíandolo alucinado. Se sentaba en el butaco, prendía el foco eléctrico, organizaba sobre el atril los estudios técnicos de adiestramiento para cada una de las manos; primero por separado y, luego, para las dos a un mismo tiempo. En oportunidades planeaba el entrenamiento de una zona específica de la mano: dos dedos, cierto ángulo del pulgar y hasta una sola falange. Finalmente, separaba los papeles para el aprendizaje o repaso de algunas obras musicales. Realizado este trabajo de organización de estudios y partituras, tomaba la guitarra sobre sus piernas, la afinaba con pulcritud, corregía hasta lo inimaginable la posición de ambas manos sobre el instrumento con la ayuda del

espejo, lo mismo que la colocación del cuerpo, el ángulo de flexión de los brazos y la justeza angular de todas las falanges. Revisaba músculo por músculo, dedo por dedo, hasta conseguir el mejor estado de relajación muscular y de concentración mental y, llegado a este punto, emprendía con determinación el recorrido por las dificultosas veredas de su calistenia, por el laberinto exhaustivo de sus ejercicios, de donde saltaban trinos, arpegios, escalas, armónicos octavados, cejas, medias cejas, mordentes, fraseos, trémolos, ligados, apoyaturas, portamentos, equisonos y pizzicatos.

En corto tiempo Mateus empezó a ser otro; se le veía más vital y decidido. A pesar de los problemas del colegio, le principió a aparecer en el rostro un leve trazo de alegría. Y lo más importante: hizo hasta lo imposible por salir de su ensimismamiento. Yo, que no entendía aún nada de todo aquello, le pregunté una noche a bocajarro:

—¿Puedo saber qué significa todo este maremagnum de papeles, guitarra, ensayos y trasnochadera?

No me respondió, pero pude ver cómo los ojos le brillaban, y el proyecto de una sonrisa se dibujó en sus labios. Sin decir aún palabra, sacó del bolsillo del saco un recorte de periódico cuidadosamente plegado, lo abrió con el esmero de quien sabe que de tanto doblarlo se le puede romper y, sin más preámbulos, lo puso en mis manos. Allí pude leer:

"La Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de Colombia convoca al primer Concurso Nacional de Guitarra Clásica que tendrá lugar en Bogotá durante los días 14, 15 Y 16 del mes de julio de 1969. Podrán concursar todos los guitarristas colombianos menores de 25 años residentes en el país o en el exterior. Serán obras de obligatoria ejecución..."

Y más abajo, las bases del concurso, el repertorio, los jurados, los premios y demás información pertinente.

—Voy a ganarme esto—. Fue todo lo que dijo, cuando le devolví el papel.

Tal fue mi sorpresa que no encontré las palabras justas para ponerme a la altura de la ocasión. En tan grande apuro, sólo acerté a darle en el hombro unas cuantas palmaditas estúpidas, que no pasaron de ser el torpe remedo de una felicitación.

NOVENO ROUND

Poco a poco empezó a sentirse en el colegio que Mateus iba cogiendo un segundo aire, un aire de no dársele nada. Algunos maestros, entre los que se encontraba *Mortadela*, llegaron a pensar que el profesor de español había perdido ya todo rastro de vergüenza, y otros, del grupo del prefecto, pensaban que a él, como a los burros, terminó por curtírsele el cuero a fuerza de garrotazos. Nadie, sin embargo, pudo explicar a ciencia cierta en el *Liceo* qué sucedía con Tomás, y fuimos muy pocos —entre ellos *Monsieur*— los que captamos que, pese a las apariencias, empezaba a rodearlo un aura nueva, cierto halo de determinación que lo enrumbaba no tanto hacia la derrota de su sino de maestro acorralado contra las cuerdas de su propia esquina, sino hacia la conquista de un puesto destacado entre los guitarristas de Colombia. Comenzó por mostrarse desconcertante, impredecible. Habiéndolo conocido durante algo más de medio año, su comportamiento nos resultaba ahora inusual. Los que le hacían antes la vida imposible empezaron a darse cuenta de que, en adelante, era necesario tener más cuidado con él. ¿Quién lo hubiera podido prever? Descubrió en la ironía y en el humor negro un arma devastadora, y poco a poco la fue incorporando al repertorio de sus mejores golpes. Cuando se mofaban de él, o lo zaherían, no sólo ya no se molestaba, sino que hasta se burlaba de él mismo. Más de un avivato, de los que meses atrás no le daban respiro, fue cayendo fulminado por la rapidez y agudeza de sus respuestas. Para nadie era un secreto que en materia de preguntas capciosas Mateus terminaba en nudo ciego, cuyos cabos, hasta entonces, nunca pudo desatar. Conocido el punto flaco, no había clase en la que hasta el lambón del salón no intentara lucirse a costa de quien, por algo, apodaban *Confucio*. Pero un día los sorprendió a todos con un impresionante recto al mentón.

Con motivo de la celebración del día del idioma, el colegio organizó un acto, cuya programación se llevó a cabo sobre un cuadrilátero habilitado como escenario, puesto que el evento central de la velada era la final por el título intercurros de boxeo, categoría minimosca.

Entre otros números del día estaban, la declamación de “*El brindis del bohemio*”, en la voz aflautada de Martínez Leiva; una tanda de chistes verdes a cargo del especialista en la

materia, profesor *Mortadela*; la exhibición de la impresionante musculatura de *Míster Bogotá 67* y prefecto de disciplina del *Liceo Académico*, profesor Carlos Alberto Mondragón; la ejecución de dos o tres canciones de moda por parte de Fernando Wills; una reseña biográfica de Cervantes, la pelea de boxeo y, para rematar todo aquello, el discurso alusivo al día del idioma, bajo la responsabilidad de Tomás Mateus.

Como animador del espectáculo y presentador de los participantes, contrataron los servicios de un locutor deportivo, famoso por la frondosa sarta de despropósitos que lanzaba a los aires cuando hablaba, gracias a su intemperancia verbal.

Los estudiantes no podían estar más felices. Gritos y chillidos de saboteo, o de aprobación, se alternaban con aplausos extemporáneos cada vez que alguien cometía la temeridad de subir al cuadrilátero.

El locutor, por su parte, colaboraba con sus bufonadas y ditirambos a desbordar los ánimos, que semejaban las aguas de un río fuera de madre.

Cuando el turno fue para *Mortadela*, el animador lo presentó en términos de “*conspicuo exponente de nuestro humor vernáculo*”. Los chistes procaces del héroe de la jornada hicieron las delicias de un auditorio que lo aplaudió a rabiar, y que celebró sus apuntes con carcajadas convulsas y chillidos de placer.

La actuación de Wills mereció, en concepto del desaforado locutor, el calificativo de “*afortunado acontecimiento musical que da cuenta del advenimiento del John Lennon colombiano al firmamento de nuestras más cotizadas estrellas*”.

Cuando el presentador anunció el discurso de Mateus, la chacota del auditorio alcanzó su clímax: al agacharse para trasponer las cuerdas del ensogado, la pieza oratoria se le salió del bolsillo del saco, y un reguero de papeles anárquicos cubrió la superficie de la lona.

Mientras recogía y organizaba las páginas de su disertación con la ayuda de dos espontáneos que celebraban el fiasco a mandíbula batiente, el locutor pedía silencio a gritos y, con la intención de quemar tiempo, se explayó en un repertorio de elogios a las supuestas virtudes oratorias de Tomás, a quien no dudó en calificar como “*nuestro joven Demóstenes*”. Varios minutos tuvo que esperar Mateus antes de que le permitieran hablar. Cuando, por fin, lo consiguió y su discurso avanzaba, Fernando Wills lo interpeló a voz en cuello:

—¿Desde cuándo *Confucio* se nos volvió Demóstenes?

—Desde cuando usted, amigo, nos resultó John Lennon —respondió Mateus sin parpadear.

El estruendo unísono de una carcajada puso punto final al momentáneo mano a mano. “*Te noquearon, Wills*”, “*Round para Mateus*”, gritaban los muchachos al infortunado desde todos los ángulos del patio. De manera lenta pero segura iba adquiriendo mayor dominio de sí, en la medida en que se sentía, tal vez, engrandecido por las perspectivas hasta ahora poco exploradas de su talento musical. De un tiempo para acá aleteaba en su rostro cierta aureola de embriaguez anticipada de la fama que estaba seguro alcanzaría. Llegó a tal punto la desorientación de los colegas, que algunos hasta hablaron de lo que en boxeo se llama cambio en el tren de la pelea. Según ellos, lo que Mateus planeaba era modificar la estrategia, sorprenderlos con la técnica de retirarse para golpear. Desde unos días atrás había suspendido, es verdad, la agresividad del combate cuerpo a cuerpo en la que, hasta el momento, él llevó la peor parte. Ahora, pensaban, pretendía dejarlos sin distancia para tratar de ganar tiempo, mientras llegaba la oportunidad de un buen golpe. Nada nuevo, comentaban: “*el viejo truco de permitir que el adversario haga el gasto a base de perseguir y de tirar las manos en falso; el conocido estilo en el que es maestro depurado Mohamed Ali*”. Yo, entre tanto, no estaba tan seguro del supuesto cambio de estrategia: sospechaba, más bien, que Tomás había llegado a un punto en el que sólo miraba cuanto lo rodeaba a través de la boca redonda de su guitarra.

De un momento a otro empecé a verlo rodeado de gente nueva, tipos casi todos relacionados con la música. Entraban y salían de nuestro cuchitril con partituras, cuadernos, libros y cassettes, cuyo contenido comentaban con entusiasmo, a veces con pasión. Entre las personas que conocí, se encontraba un violinista sesentón y medio chiflis, quien alardeaba de haber reemplazado en varias oportunidades —y con el mayor de los éxitos según él— al concertino de la Orquesta Sinfónica de Colombia. De lejos se le notaban sus ínfulas de gran Menuhin y su egolátrica grandilocuencia lo llevaba a establecer con su interlocutor, cierta distancia digna de genio incomprendido. Se tomaba bastante en serio, y representaba su papel de *vedette* con la teatralidad de un histrión de telenovela. Desde el

principio me interesó su dandismo y el magnetismo personal que derrochaba, por lo que me hice el propósito de tratarlo más de cerca. Exigía que se lo llamara maestro, y no toleraba a nadie manosear su violín con el cuento de que era una rara pieza de valor incalculable, herencia de familia a partir de un tatarabuelo, de quien, afirmaba, lo adquirió en España mediante compra a un chambelán de Pepe Botellas durante la invasión napoleónica de 1808, el que, a su vez —decía— lo negoció en Italia por una suma entonces desorbitante, con la garantía certificada mediante documento supuestamente autenticado —puesto que el violín habría perdido la etiqueta original— según el cual dicho instrumento había sido construido en el taller de Giuseppe Guarneri del Gesù, por uno de los ayudantes más cercanos del que fuera artífice eximio de la luthería cremonense. Explicaba el lenguaraz que la factura secreta y, hasta cierto punto, anónima del instrumento, era producto de ciertos celos y resquemores del maestro para con su ayudante quien, con el correr de los años, habría logrado arrancar al famoso constructor los secretos mejor guardados del hasta hoy poco conocido arte de fabricar violines durante los siglos XVII y XVIII. Pese a que Guarneri del Gesù —continuaba explicando el maestro en tono vehemente— elevó a la categoría de ley draconiana la prohibición de sacar violines de su taller sin la impronta legendaria de su nombre, prohibición que supo hacer valer con su bien ganada fama de hombre de condición violenta, su ayudante se las arregló para sustraer el artefacto en secreto, aprovechando la coyuntura favorable de encontrarse Guarneri por aquel entonces en la cárcel, para vendérselo a un comerciante florentino, quien lo llevó a Francia en uno de sus numerosos viajes de negocios, donde el violín fue a dar a las manos de un tal Luigi Zenobio Cherubini, de quien, finalmente, lo hubo por tercera o cuarta mano, el chambelán de José I Bonaparte. Hizo una pausa el fachendoso para tomar resuello, para mojar el gaznate con una abundosa ingestión de cerveza, y torció, luego, los rumbos de su relato por las veredas que lo condujeron al punto decisivo del carcelazo que se ganó Guarneri del Gesù por matar a un hombre con quien se fue a las manos durante una cena, episodio que aceleró su ruina económica, para hacer más llevadera la cual, una muchacha desconocida se presentó un día con un violín a Antonio Stradivari, cuyo ojo perspicaz descubrió, de inmediato, que se trataba de un instrumento extraño hecho con maderas de ínfima calidad, mal barnizado, pero dotado de una voluta extraordinariamente bella. Al hacer notar a la muchacha que por la voluta se adivinaba que el violín era de Guarneri, y cómo él no entendía que constructor

tan afamado hubiera empleado materiales tan innobles, ésta le confesó, hecha un mar de lágrimas, que la baja calidad de las maderas se explicaba a causa de que en la cárcel su adorado Giuseppe no disponía de otras diferentes, y que, por añadidura, debió trabajar con los utensilios que primero encontró a mano. Stradivari se encargó de regar el cuento entre los demás luthieres de Cremona, quienes, de inmediato, se dispusieron a prestar auxilio al artífice en desgracia, a raíz de lo cual, Guarneri construyó una serie de violines llamados mucho después “*violini de la serva*”, y circunstancia que aprovechó el ayudante de taller para sacar en secreto la joya que ahora reposaba en sus manos. Cuando nos reuníamos con él, bastaba con mencionarle su antigualla para que, en el acto, se le desamarrara la facundia y, con la ayuda del sazonado condumio de su imaginación, nos paseara a Tomás y a mí, de cabo a rabo, por los dominios inabarcables y mohosos de los instrumentos de arco, cuya familia numerosa él decía conocer a la perfección, y cuyas relaciones de parentesco, arandelas y chismes él se empeñaba en desenredar.

Una tarde de septiembre se apareció de un momento para otro por nuestro cuchitril. Lo acompañaban tres tipos a quienes nos presentó. Se trataba de Rafael Pinedo, concertista de guitarra clásica a la luz del sol y músico clandestino de bar de mala muerte bajo la complicidad de las sombras nocturnas; Teófilo Bedoya, a quien después supimos apodaban *Becuadro*, profesor de canto por horas en algunos colegios, y catedrático de armonía y composición en la Escuela de Música de la Universidad Nacional y un morocho, oriundo de San Antero, a quien le encantaba el remoquete de *Champion* y de quien nos aseguraron fue *sparring* de Antonio *Mochila* Herrera, cuando el famoso boxeador estuvo en el cenit de su carrera.

Después de las presentaciones de rigor y de haber concertado de manera mancomunada la compra de una canasta de cerveza que hiciera los honores a tan inusual visita, Tomás cometió la temeridad de mencionar el para mí ya ingrato violín, lo cual fue suficiente para que el maestro, motu proprio, empezara a hablar de las extraordinarias virtudes sonoras de su vejestorio, de las excelsitudes sin fisuras de su fabricación y del ajuste milimétrico y magistralmente calculado de sus casi setenta piezas. “*En este cajoncito —dijo descargando la tercera botella de cerveza para señalar el estuche avejentado de su violín— está toda mi*

fortuna”. Levantó luego la armella con displicencia para sacar la prenda con el desgano de quien tiene ciertas reticencias para mostrarla, al tiempo que se dedicaba a examinar con ojo oblicuo y satisfecho la reacción que sus movimientos y palabras iban produciendo en algunos de sus oyentes alelados. Luego de otra pausa estratégica, destinada a crear el conveniente suspenso, a tomar aliento y a humedecer la lengua con *amarga*, enrumbó la cháchara por la senda abstrusa de la arquitectura de su violín con todo el rompecabezas de piezas, cortes, secciones y materiales, mientras el negro se dedicaba a tamborilear los dedos sobre la mesa o a limpiarse las uñas con un palillo de dientes. Nos habló de partes estructurales y accesorias; de la caja de resonancia, del mango y de las maderas con las que había sido construido; del puente y de las virtudes de su corte, del ánima y su ajuste, del cordal, la mentonera, las clavijas y las cuerdas. Sobre estas últimas el discurso fue abundoso y emocionado: *“La primera cuerda, mi, es clara, brillante y sus notas más agudas poseen un encanto sobrenatural; la segunda, la, es más suave y aterciopelada; la tercera, re, es dulce y noble; la cuarta, sol, es sobria y majestuosa”*. Hizo regresar de nuevo su perorata a los dominios de la caja, *“la cual, como pueden ver —dijo—, es de abeto envejecido al natural, curado de igual manera, único modo de garantizar un violín sin rastro alguno de polución sonora, entendida como mera potencialidad acústica, claro está. Fíjense nada más —continuó— en la forma como los aros unen las dos tapas, que en este violín son de abeto y arce; en el justo abombamiento de sus partes, en el espesor mayor en el centro, como pueden ver, y hacia los lados en disminuyendo, señales inequívocas, para que ustedes juzguen si mi violín se acoge a no a las rúbricas más exigentes de la luthería de los años setecientos”*.

—Para mí que esa vaina es chiviada, cuadro³⁹—interrumpió el morocho con desdén.

—¡Ni por el soberano putas! Negro cimarrón —imprecó el maestro con indignación—. Miren, nomás, la manera como están cortados aquí los agujeros de resonancia, éstos que están viendo en forma de efe, los mismos que, junto con la voluta, tienen la marca indeleble de quien los hizo, que no puede ser otro que una persona muy cercana a Guarneri; marca de garantía que vuelve a aparecer aquí en la unión de los dos filetes laterales con el central. Y

³⁹ Expresión coloquial: “Para mí que esa cosa es falsa.” – N. del R.

si todavía no me creen, si por casualidad queda por ahí algún idiota que se atreva a poner en duda el noble origen de mi violín, a ese tal —dijo mirando al negro— lo remito al barnizado que están viendo, algo deteriorado, es verdad, por los estragos inevitables del tiempo, pero con la suficiente cobertura para que cualquiera que sepa más de luthería que de masacrarse a puñetazos sobre un cuadrilátero, esté en posibilidad de verificar si, en efecto, se trata o no de alguna de las fórmulas secretas que los grandes constructores se llevaron con ellos a la tumba.

—Y si se las llevaron a la tumba, ¿cómo hacemos para saber que se trata de esas fórmulas?—. Pregunté burlón, mientras destapaba otra tanda de cerveza.

—¡Por la textura, imbécil! Por la textura—. Respondió el maestro al borde la histeria.

Concluido su panegírico, limpió con el pañuelo que usaría poco después bajo la barbilla, los restos medio reseco que la abundante salivación dejó regados a lo largo y ancho de su mandíbula, pulcramente rasurada. Colocó el instrumento en posición, enarboló el arco, el cual dejó suspendido en el aire los segundos que necesitó para ponerse en estado de concentración, y rasgó el ambiente espeso de nuestro cuchitril con un aire lento y conmovido. No puedo decir si se trataba o no de un virtuoso. Lo que sí sé es que su música estaba llena de convicción. Pude ver sus dedos desplazándose con solvencia sobre el diapasón, y los trazos que con su arco dibujaba en el aire, le proporcionaban la apariencia sobrecogedora de un desmelenado héroe romántico. Aderezaba el cuadro un nutrido repertorio de muecas y visajes: torcía la boca, enarcaba las cejas, adormecía los ojos; su rostro pasaba de la lividez a lo rubicundo, mientras, de trecho en trecho, las venas de su cuello amenazaban con estallar. Luego de sortear, al parecer con éxito, una serie de trozos difíciles, remató la ejecución con un taconazo soberbio.

Si bien su fanfarronería me molestaba, ejercía sobre mí y sobre cuantos le rodeaban un magnetismo difícil de neutralizar. No puedo decir en qué era más diestro: si en hacer sonar las cuerdas de su violín o las de la voz. Porque si sus dedos eran habilidosos, más ágil tenía, al parecer, la lengua. Me resultaba incómodo constatar que mis sentimientos hacia él eran

encontrados: me disgustaba y atraía al mismo tiempo su petulancia de concertino a destajo, y me subyugaba ese halo que emanaba de su persona y de su violín. A pesar de la espesa fronda de su cháchara, había en la calidez de su voz algo perturbadoramente humano. El, por su parte, no desperdiciaba la oportunidad para echarnos en cara al negro y a mí, nuestra ignorancia en materia musical y nuestra mutua afición por el boxeo. “*Lo entiendo perfectamente* —nos dijo alguna vez—. *Una cosa no puede sino excluir a la otra*”. Yo, entre tanto, no estaba tan seguro.

Dio por visitar nuestro cuchitril dos o tres veces por semana, cuando terminábamos las clases del colegio. Había aceptado el encargo de preparar a Mateus para el concurso de guitarra en el que estaba decidido a participar, y a eso se debía también la presencia del guitarrista Pinedo, del profesor *Becudro* y del negro cimarrón. Estos tipos, según el *manager*, iban a asesorar a Mateus en aquellos aspectos que escapaban a sus posibilidades técnicas o de disponibilidad de tiempo. Así, pues, Rafael Pinedo estaría al frente del adiestramiento técnico-guitarrístico; Teófilo Bedoya cargaba con la parte musical, mirada desde el punto de vista de los problemas de armonía o de transcripción que algunas obras pudieran presentar; el negro cimarrón era el responsable del estado físico-atlético del aspirante, y el violinista se reservaba la última palabra en materia de supervisión general del proceso, y, de manera particular, todo lo relacionado con lo que él llamaba “*estética de la alta interpretación musical*”.

Finalizando septiembre, una noche se presentó con su equipo. Necesitaba, dijo, discutir y coordinar de la manera más precisa, tanto las líneas matrices como los detalles más nimios de su plan. Explicó, en medio de sonrisas incrédulas, que la presencia del *sparring* de *Mochila* Herrera era la consecuencia de una teoría defendida por él y por eminentes teóricos del arte de interpretar, según la cual, un instrumentista de alto rendimiento debe partir de la base de un estado físico-atlético a toda prueba, que garantice la coordinación motriz de ambas manos, con una bien probada capacidad mental en estado de tensión emocional durante la presentación. “*En esto de la interpretación musical de alto rendimiento* —dijo mirándonos uno por uno— *sucede lo mismo que en el deporte: por talentosos y bien entrenados que estén ustedes para el ciclismo, jamás será posible nada de calidad sin una exigente y bien dosificada preparación atlética*”. Como empecé a

cuchichear con el negro, a reírme con algún descaro por estar pensando para mis adentros que lo que estaba diciendo el maestro no pasaba de meros desvaríos de un pobre músico chiflado, y a decir que esa teoría la consideraba correcta para un garrochista olímpico o para un corredor de los cien metros, pero que no encontraba relación alguna entre el estado atlético de un pianista con su capacidad para mover, por lo que yo entendía, con muy poco esfuerzo sus dedos sobre el teclado, él apuntaló con convicción: *“Es necesario empezar por dejar en claro que el desempeño mecánico-manual de un concertista le exige una motricidad fina. El músico que quiera enfrentar con éxito un reto como el que usted se ha impuesto —dijo volteando a mirar a Mateus— necesita, además de un adiestramiento concienzudo de ambas manos y de un detallado estudio estético-musical de las obras que va a ejecutar, una mente capaz de concentrarse, venciendo, de paso, el nerviosismo natural que supone la presión del público, de los demás competidores y del jurado. Toda esta exigencia produce en el concursante un desgaste físico y emocional enormes. Ningún pianista, por superdotado y experto que sea, se atrevería a tocar en mal estado atlético, con trasnocho o enguayabado, el Concierto número 3 de Rachmaninov, del que dijo el mismo autor que estaba ‘escrito para elefantes’. Si el artista no dispone de excelentes reservas físicas y mentales, jamás podrá salir airoso de un compromiso como ése. ¿Nervios? Todos los sentimos. Hasta los más veteranos y consagrados. Andrés Segovia era precisamente quien afirmaba que el músico que no sienta nervios no es músico. Y el violonchelista Pau Casals, ya viejo, contaba cómo siempre que iba a salir al escenario, así fuera para actuar frente a un grupo de niños de escuela rural, experimentaba los mismos nervios que lo torturaron desde cuando empezó a dar conciertos en su juventud. De manera, pues, aspirante Mateus, que lo grave no es sentir nervios, sino la incapacidad para hacer de ellos, en el momento preciso, un acicate de la inspiración y una fuente sólida de energía. Nervios de acero es lo que usted necesita, profesor Mateus, mucho mejor templados que las cuerdas de su guitarra. No olvide que para llegar a donde quiere, necesita, primero, talento y, luego, mucho trabajo. Tiene frente a usted un reto importante: antes de la gran satisfacción que espera, es necesario vencer, en primer lugar, un conjunto importante de dificultades técnicas y mecánicas que su instrumento le impone; Luego, es preciso afinar con mucha sutileza su sentido estético de la interpretación, de acuerdo con las necesidades particulares que cada obra exige según su naturaleza musical y la época*

en la que fue escrita. Un buen instrumentista debe ser, al tiempo que un habilidoso intérprete, un riguroso investigador. No va a tocar usted con el mismo espíritu una gallarda del siglo XVI que una pavana del XVIII. Unas manos sirven para Bach y otras para Castelnuovo-Tedesco. Pero todo ese exigente proceso de preparación se puede venir al piso en un solo instante, si en el momento de la verdad a usted le sudan las manos, o siente que por culpa de los nervios sus reflejos ya no son los mismos, o el volumen le languidece. Lo que sigue me lo sé de memoria: de inmediato se pierde la concentración y el dominio sobre sus pulmones. Viene el pánico y todo está acabado para usted”.

—Tengo unas ganas enormes de salir corriendo —dijo Mateus con voz de muerto.

—No es para tanto —respondió el maestro con aspereza—. Tenga confianza en sus posibilidades y en las nuestras. Abono a su favor talento y ambición. Por nuestra parte hemos conformado un equipo competente, y, si usted sigue nuestras orientaciones y trabaja a conciencia durante estos diez meses que nos quedan, saldremos adelante.

—¿Y los honorarios de estos señores quién los va a pagar? —pregunté a Mateus, aún sin entender.

—Hemos convenido con el maestro que, de ganar, él y su equipo tomarán el treinta por ciento de mi premio que asciende a cincuenta mil pesos, una suma de dinero nada despreciable —explicó Mateus con suficiencia.

—¿Y en el caso de que no sea así? —insistí.

—Sabemos el terreno que pisamos —respondió el maestro—. No crea que estamos actuando sólo por un generoso sentido de filantropía. Todos hemos entendido que ayudar al profesor Mateus puede resultar, de hecho, la posibilidad de una magnífica inversión —remató el maestro con el tono de quien acaba de finiquitar un negocio ventajoso.

—¿Y cuándo cree que podré estar listo? —sondeó Mateus con un hilo de voz.

—Cuando pueda hacer de su instrumento su segunda voz —sentenció el manager.

—No entiendo un carajo —dije algo desconcertado.

—No me extraña eso en un profesor de educación física —respondió, echándome a la cara su par de ojos oblicuos—. La mayoría de los músicos, los del montón —continuó con aire complaciente—, tocan bajo el peso de las limitaciones técnicas que el manejo del instrumento les impone. Pueden, incluso, llegar a interpretar bien, a hacerlo de manera muy aceptable. Pero tocan frenados por algo intangible. Es como si se tratara de pájaros que al querer volar sintieran las alas un poco recortadas. O como si un orador en el momento de echar su discurso, en lugar de estar preocupado del qué decir, se viera bajo el peso de tener que resolver, en ese momento, el problema de cómo articular las palabras que necesita para producir su mensaje. El músico corriente toca todavía preocupado por la mecánica de sus manos. El gran maestro, en cambio, manipula el instrumento con la naturalidad y solvencia con las que maneja el sonido de su propia voz. Para un ejecutante consumado el aspecto mecánico en el manejo de su instrumento ha dejado de ser problema hace ya mucho tiempo. Centrará, entonces, su atención en el aspecto estético de la interpretación, en su sentido más elevado. A este nivel sólo llegan los superdotados, los fuera de serie, a condición de que trabajen sin tregua. Años y años de práctica, de perfeccionamiento, a veces sólo para pulir un detalle: un mordente, un portamento, una sucesión de arpeggios o de escalas. Muchas horas diarias de práctica dentro de una escuela larga y exigente. ¿Y quién se le mide a esto? El que, además de amar la música, tiene recursos económicos para dedicarse en cuerpo y alma a ella. Cuando un músico debe supeditar los problemas agobiantes del instrumento a la preocupación de cómo va a hacer para almorzar, está perdido. Al principio usted estará dispuesto a resistir, porque todavía se siente con una capacidad casi heroica para el sacrificio. Después, empiezan las claudicaciones. Es, entonces, cuando usted llega a cometer el despropósito de disfrazarse de mariachi para tocar serenatas baratas con un violín primo hermano de un Guarneri del Gesù, que es tanto como poner la técnica sobrehumana de Paganini al servicio de “Cielito lindo”. Ese es el lado oscuro del asunto. Porque lo que la gente observa es cómo un “degenerado violinista” se envenena cada noche con el

alcohol que le ayudará a capotear más tarde el frío de la madrugada.

A partir de ese día el manager de Mateus no me pareció tan charlatán.

“*Un, do; un, do*”; iba diciendo el morocho carrera décima arriba al filo del amanecer. Pero, por más esfuerzo que hacía, Tomás no era capaz de sincronizar con el del negro la arritmia desgarrada de su trote. Llevaba farragosa la respiración y el corazón asediado por taquicardias y presentimientos. Se pensaba ridículo en el plan de atleta sin convicción, de maratonista forzado por culpa de las excentricidades del violinista. Porque, para tipo raro el tal maestro: alimentaba el desafuero de su labia con toda clase de elucubraciones, cuál más peregrina, sobre los secretos de lo que él denominaba “*alta interpretación instrumental*”. Gracias a sus dichosas teorías, a Mateus le había tocado someterse tres veces por semana a las torturas gimnásticas del negro. Pero, ¿quién se atrevía a contradecir al maestro? ¿Dónde estaba el hombre capaz de hacerle cambiar una coma a su plan de preparación? Maniático del pormenor, idólatra del perfeccionismo, domesticaba su soledad de rascatripas del arco en el cuarto de una pensión, ubicada detrás de la iglesia de *Nuestra Señora de las Nieves*, puesto que a su mujer —según era fama— le resultó imposible soportar veinticinco años de hipocondría, más el tormento de convivir durante ocho horas diarias con los chillidos —así mismo decía— de puerco degollado de su violín. Cuando se le alborotaba el tánatos⁴⁰, se encerraba durante varias semanas en la alcoba de la pensión y se negaba a recibir al que fuera, por urgentes o perentorias que fueran las razones de la visita. Este mismo estado maniaco-depresivo que solía desencadenársele, además, por otras razones no conocidas, y que lo llevaba a aislarse drásticamente del mundo por temporadas, a veces largas, era el culpable de que el gerente ejecutivo de la Orquesta Sinfónica, en donde, en efecto, llegó a ser músico de planta, le hubiera cancelado el contrato, alegando irresponsabilidad. De manera, pues, que sin un sueldo del qué vivir, solventaba sus urgencias más impostergables con una que otra clase de canto en colegios de la ciudad, las que, es de suponerse, le

⁴⁰ **Tánatos**: uno de los dioses griegos asociados a la muerte. En la teoría psicoanalítica, Tánatos es la pulsión de muerte, opuesta a Eros, la pulsión de vida. Mientras que Eros une, Tánatos separa. La “pulsión de muerte”, expuesta por Freud, señala el deseo de abandonar la lucha de la vida y volver a la quietud y soledad de la tumba. – N. del R. – La mención expone claramente la tendencia mórbida del violinista hacia la depresión, hacia la hipocondría, en fin, hacia todo aquello que signifique muerte, propia de los maníacodepresivos. – N. del A.

pagaban a precio de hambre.

Pese a sus chocheras y rarezas, Mateus creía en él. Puso en sus manos la tarea dificultosa de redimir su culpa original de maestro mediante la gracia salvadora de la guitarra. Por eso estaba aquella mañana detrás de un negro procaz, más enseñado a amansar mozalbetes cerreros sobre los ensogados de la costa caribe, que a poner en buena forma física— como él dijo alguna vez— a “*musiquitos maricas*”. Desde luego, nada más contrario a la constitución psico-física de Mateus, quien nunca fue un buen deportista; nada más en contravía de su temperamento contemplativo y soñador que el bochinche jacarandoso que suele rodear a las personas que se dedican al cultivo del músculo. Era, entonces, cuando de puro pensar en esto mientras trotaban, lo agarraba la mano invisible del desaliento, mer-maba la alegría del tranco y se iba rezagando poco a poco hasta detenerse del todo en medio de la acera. Varias veces se lo vio sentado en el andén tratando de retornar el alma al cuerpo, cuyo hálito se le escapaba por entre el vaho de su resuello. “*Un, do; un, do*”; seguía diciendo el negro ya perdido en la distancia de la Avenida Décima, sin percatarse de que con la sincronía de sus monosílabos, lo único que lograba era marcarse el paso a sí mismo.

—La mano izquierda. ¡Por favor! La mano izquierda.

—Lo sé, profesor Pinedo.

— El ángulo de la muñeca no me sirve. Me estoy cansando de decírselo y no hace caso. Dóblela como le he indicado tantas veces, para que los dedos le caigan sobre las cuerdas como martillos.

—Lo sé: como los martillos sobre las cuerdas de un piano. Perpendiculares.

—Lo sabe pero no hace caso.

—Si fuera tan fácil hacerlo como entender, no andaríamos en estas.

—Todavía le quedan dedos oblicuos de serenatero. De vulgar serenatero. Qué fea posición, Tomás, para un guitarrista que se respete, que sea consciente de lo que implica pulsar una guitarra y quiera hacer con ella algo que valga la pena. Definamos esto ahora: si no se siente capaz de sacar una izquierda decente, abandone de una vez por todas la música de concierto y póngase en el plan de manosear rancheras y baladitas dulzonas.

—Me extraña, profesor...

—¿Qué es lo que le extraña?

—Que sea precisamente usted quien me esté tratando de serenatero.

—No le permito mezclar mis asuntos privados en esto. Eso es harina de otro costal. Mi papel frente a usted consiste en prepararlo para participar en un concurso de guitarra clásica. Y eso es lo que estoy haciendo. Además: ¿quién le dijo que doy serenatas? Si uno se ve obligado a tocar de noche en un bar de mala muerte no será, mi querido señor, porque le gusta. Y una última cosa: aún la música que toco en el bar la ejecuto con la técnica más depurada. Después de estas molestas aclaraciones, vuelvo y le insisto en que su manera de encarar la guitarra con la izquierda es aún la de un vulgar serenatero de aldea.

—De poco sirve su ironía.

—De poco ayuda su ligereza para juzgar. Además, ¿De quién es la culpa? Qué le vamos a hacer. Toca todavía como serenatero. Sólo le falta el cordón con los colores de la bandera nacional para que se cuelgue al cuello la guitarra, y el anillo de plástico que usan los rascatripas vulgares para hacer chillar los bajos de la guitarra.

—Basta, por favor, profesor. Ya está bien. Tal vez otro día esté de mejor humor para sus ironías.

—Lo que sigue es más fácil: puntea con la uña de plástico, y de cualquier manera, una

introducción medio dispareja, eso sí, sin olvidar poner los dedos de la mano izquierda como los tenía hace rato, y arranca con “*Mi último fracaso*” de Alfredo Gil, o con “*Sin Remedio*” de Chucho Navarro.

—No me parece, profesor, que haya necesidad de maltratar la música de *Los Panchos* con el pretexto de darme una lección sobre manejo técnico de la guitarra.

—Este no es el momento para discutir eso. Lo que le quiero decir es que la manera como se suele tocar esa música no le va a dar la solvencia técnica como para ganarse un concurso de guitarra clásica.

—Veo profesor, que cada vez que usted me habla me da unos ánimos del carajo.

—Ahora tenemos que se puso sentimental. Déjese de lloriqueos y ponga de su parte. La izquierda, así como la tenía cuando llegué, no se la acepto ni a usted ni a nadie. Ningún guitarrista serio se atrevería a mostrar una izquierda tan poco técnica y falta de elegancia.

— ¿Elegancia?

—Sí. Ese detalle, al parecer insignificante, daría una idea muy lastimosa de la formación profesional de cualquier guitarrista.

—Pero, si no soy un guitarrista profesional.

—En este caso está obligado a tocar como tal. También hay de por medio una cuestión de estética, de apostura personal, de decoro, en fin... No sé cómo decírselo... De verraquera.

—No capto bien lo que me quiere decir.

—Sí. La estética de una ejecución instrumental incluye no sólo la pulcritud y justeza de los sonidos, sino también la manera airosa como el músico encara la manipulación del

instrumento. En todo esto hay una relación de causa-efecto. Una posición impecable de ambas manos sobre la guitarra no es asunto de simple pose, vanidad o exhibicionismo. Es la consecuencia natural de dos factores imprescindibles en la brillantez y solvencia de un intérprete: por una parte, el adiestramiento riguroso de ambas manos y, por otra, una confianza muy grande en sus posibilidades técnicas. Si durante sus presentaciones va a estar por dentro como tiene las manos por fuera, no hay nada qué hacer: lo barrerán del concurso sin misericordia. No olvide que se le piensa medir a obras complicadas y difíciles que harían retroceder a cualquiera que no tenga en su haber una meticulosa escuela guitarrística, una larga experiencia en el arte de interpretar y, sobre todo, un talento superior. Antes de meterse donde, tal vez, no lo han llamado, debe calibrar muy bien, tanto los recursos técnicos, como sus arrestos anímicos, si es que pretende medírsele a obras tan complejas como esa *Suite número 4* para laúd, de Bach que, según me ha dicho, piensa tocar.

—Veo esto cada vez más complicado. Cuando lo escucho hablando de la técnica de la guitarra, de sus exigencias hasta ese extremo, siento unos deseos enormes de tirarla por la ventana, prenderle fuego a las partituras, mandar a todo el mundo al carajo y salir corriendo. Cada vez con más frecuencia tengo la impresión de haberme metido en camisa de once varas, hasta el punto de que ya ni me asustan los estudiantes. Ahora lo que me aterroriza es la posibilidad de defraudarlos a todos ustedes y de defraudarme a mí mismo, una vez más; siento pánico de volver añicos en unos pocos instantes todas las ilusiones, todo el esfuerzo y trabajo de estos meses. Se me pone la piel de gallina no más de imaginarme las caras del maestro, la de usted, la de *Becquadro* y hasta la del negro, la de todos los estudiantes y profesores del colegio, que ya están al tanto de lo que pretendo, en caso de que llegue a fallar. Sabe cuánto me he esforzado para corregir la posición de la mano izquierda, y ahora me encuentro con que los resultados no le satisfacen. Después de todo, estoy por creer que esa tal posición no se hizo para mis manos.

—Sólo al principio es difícil. Cuando uno se habitúa a tocar con ella, poco a poco se va dando cuenta de que es la única forma confiable de tocar, y hasta resulta complicado hacerlo de otra manera. Ahí está, en buena parte, el secreto del fraseo de calidad. En lo que

tiene que ver con la izquierda, claro, porque en lo que toca con la derecha, la cosa es a otro precio. Por fortuna su derecha es muy buena y, en ese sentido, no tenemos problemas. Pocos trémolos y arpegios he visto como los suyos. De manera, pues, que ya sabe: de la calidad de su fraseo depende casi todo, porque guitarrista que no domine el fraseo ni la técnica para sacar un sonido limpio, bello y sugerente, está condenado de por vida a ser mediocre.

—Ahora no sé si tenga tiempo suficiente para ponerme en forma.

—Tiene razón. El tiempo es su verdadero enemigo.

—¿Qué hago, entonces?

—Si quiere oír un consejo desinteresado, mida bien sus posibilidades y tome una determinación definitiva antes de que sea demasiado tarde.

—La determinación ya está tomada.

—¿En qué sentido, si se puede saber?

—Me presento al concurso.

—¡Obstinado! ¿Por qué tanta rigidez? ¿No puede contemplar otras posibilidades?

—¿Cuál, por ejemplo?

—Por decir algo: no presentarse.

—Ya me siento comprometido a tal punto, que no veo cómo pueda echarme para atrás ahora. Siento ante todo que esto es una cuestión de honor, un reto que compromete lo más secreto e íntimo de mi ser personal.

—No lo entiendo.

—Olvidelo. Es parte de una historia bien larga. Para andar más rápido, sólo le puedo decir que necesito reivindicarme, más que ante los ojos de los demás, ante mí mismo.

—Déjese de ser cursi. ¿Reivindicarse de qué? Piénselo bien, no sea que por hacerle caso a esas carajadas que me está diciendo, se exponga a la vergüenza de un fiasco que, a lo mejor, usted pudo evitar a tiempo, teniendo el buen tino de no caer en la temeridad.

—Usted me desconcierta, me quita la confianza, me vuelve pedazos el ánimo.

—Al contrario, sólo trato de ser honesto y de abrirle los ojos.

—Si usted lo dice...

—Sí. El problema aquí no es tanto el de ganar o perder. Al fin y al cabo para eso están los concursos. El verdadero lío consiste, si no gana, en saber perder con decoro.

—¿Así me ve de mal?

—Bueno. No me atrevería a decir tanto como eso. Pero...

—¿Pero, qué?

—A ojo de buen cubero, no andaríamos demasiado lejos.

—¡Váyase mucho al carajo!

—Otra vez se puso sentimental. ¡Qué problema con usted! Sólo quiero decir que, a no ser que en estos ocho meses que quedan, tiempo de por sí ya bien corto, usted pueda mejorar a

fondo la mecánica de la mano izquierda...

—¿Entonces, qué hago?

—Mandarme otra vez al carajo.

—No se moleste, no quise ofenderlo.

—Es que no tengo la respuesta. Al fin y al cabo es usted quien decide. Y quiero decirle esto un poco a espaldas del chiflado ese de su maestro.

—¿Qué es, en definitiva, lo que me quiere decir?

—Saque usted sus propias conclusiones. Como dice el adagio popular: *Al buen entendedor...*

—Me agobia tanto requisito. El tiempo es escaso. Todo el mundo exige, y eso que no le he contado de los problemas que tengo en el colegio.

—Qué le vamos a hacer, mi estimado Tomás. La música es así: exigente e ingrata como una bella mujer.

“*Mi, fá, mi; la, sól, fa; sol, lá, sol,...*” Era entonces cuando se detenía lleno de rabia a recordar cómo la silueta del negro se le difuminaba en la distancia aún desierta de la calle, y sin que él pudiera hacer algo para alcanzarlo. El “*Un, do; un, do*” del vozarrón del negro le martillaba con impertinencia en la cabeza, mientras él, como si se tratara de un poseso, se ensañaba en las cuerdas de su guitarra con un golpeteo cada vez más apremiante. A veces parecía que estuviera empeñado en despedazarlas: tal era la violencia con la que las castigaba. “*Si, dó, si; do, ré, do; re, mí, re*”: incansable su martilleo, alucinante su determinación. Y era que la maraña ternaria de sus digitaciones aumentaba la zozobra de sus cogitaciones. A veces las cuerdas agredidas también sabían tomarse su venganza: en

más de una oportunidad le vi las yemas de los dedos ampolladas y a punto de sangrar. Y el recuerdo del golpeteo desapacible de los dedos terminaba por abatirle la sincronía del trote y por dejarlo rezagado en medio de la avenida. Y al detenerse del todo al borde del desfallecimiento, en el filo mismo de la acera, se le borraba por algunos instantes el fantasma de sus dedos frenéticos y adoloridos. Y de un momento para otro empezaba a escuchar a sus espaldas el taconeo rítmico y binario de algún transeúnte madrugador, extraviado en la ambigüedad de la aurora que ya empezaba a asomar por entre el espinazo neblinoso de los cerros orientales. Y la certeza fugaz de esos pasos anónimos le daban la fuerza necesaria para ponerse de pie y empezar a caminar de nuevo con la idea de alcanzar al negro.

Y cuando se puso otra vez en movimiento aquella mañana llena de desesperado silencio, escuchó con nitidez el golpeteo fino de unos dedos de mujer en el dintel de una puerta semiabierta. Al volverse a mirar hacia el sitio de donde procedía el tamborileo, se encontró con la silueta tierna y ajada de una puta íngrima y fantasmal, empeñada aún a esas horas en exponer sus carnes ateridas y marchitas a los apremios de algún eyaculador fugaz, sin besos, sin palabras tiernas, sin naufragios de amor. Y se detuvo otra vez para mirarla con esa mirada larga y medio asombrada que suelen tener los músicos.

—¿Qué miras, bizcocho? —le dijo la mujer con descaro.

—La hermosura frágil de tus manitas —le respondió Tomás intentando una galantería.

—¿Y qué ganas con eso? Vamos, mi amor, para la cama que allá te quito esa cara de aburrimiento en menos de lo canta un gallo.

—¿Cuál gallo? —Preguntó Tomás, cambiando el gesto.

—Está bien —dijo la mujer entre risas—. En menos de que canta mi gallo.

Las últimas palabras de la puta fueron atropelladas por el vozarrón del negro en la distancia:

—¡Oye cabrón! ¿A qué *vinijte*: a *trotá* o a *culiá*?

Cuando empezaron a regresar, los buses iban adueñándose poco a poco de la ciudad que caería horas más tarde bajo la dictadura de sus pitazos, bajo la histeria de sus choferes, bajo sus resoplidos de animal recalentado. Frenazos suicidas, arrancones de la puta madre, insulto que deviene en calambur: “*Oiga, señor, ¿es que me piensa llevar hasta su casa?*” “*No señorita, gracias. Ya conseguimos sirvienta*”. Guerra sucia y sin tregua centavo a centavo para redimir un salario de lástima. Código demencial del más fuerte, cocinado a la plena llama del dime que te diré, del “*si me cierras, te rompo*”. De suerte que sus oídos, hechos más para zarabandas y minuetos que para procacidades y ditirambos escatológicos de *Mortadelas*, putas, choferes, pasajeros y estudiantes, terminaron por resignarse a las órdenes del negro, de tal manera que, cuando ya lo tuvo frente a sí, vio cómo le bailaba en la cara una como sonrisa burlona. Tomás ya lo sabía: anunciaba la andanada, corrosiva como ácido sulfúrico, el brillo lleno de relumbres letales de un colmillo largo y medio torcido, pero recamado con primor en oro, que hacia asomar por entre la cuchillada dispareja de su boca sin dientes, último vestigio de los tiempos dorados que disfrutó como *sparring* de Antonio Mochila Herrera, “*un aspirante verraco y aguantadó, llave, un invicto de mucha la pajta buena, que no le alcanzó, maldita la suerte del negro que te habla, para el título de champion mundial, que fue lo único que le faltó. Un negro bien dijtinto de ti, que no eres má que un blandito, un blandito chupa amarga y quién sabe si hajta masturbadó. Pero no se me quede ahí parado, ¡coño!, que conmigo va a sabé lo que es sudá. Un, do; un, do; andando, andando; un, do; un, do; marcando, marcando; un, do; un, do; sudando, sudando; un, do; un, do...*”.

Casi nunca estaba Mateus de buen talante para los trotes matutinos ni para la gimnasia. Agobiado por la jornada diaria del colegio en el que, pese a todo, nunca faltaban los problemas, y absorbido por el ritmo frenético de su preparación, poco era lo que la noche podía ofrecerle como descanso y recuperación. Levantado a la brava por el vozarrón del negro y por las porradas de escándalo que éste daba en la puerta del cuchitril, se enfundaba en una sudadera para ponerse, a regañadientes, a discreción del morocho. Con el tiempo,

Mateus fue haciendo progresos. Su estado físico mejoraba, circunstancia que incidía en su estado de ánimo, cada día más sereno y confiado.

Llegó 1969 y, con el mes de febrero, el nuevo año escolar. La nómina de maestros, salvo uno que otro cambio, era más o menos la misma. Algunos se fueron por su propia cuenta, otros no volvieron a causa de lo que el rector llamaba “*la necesidad de ajustar la nómina a la filosofía de nuestra institución*”. Gracias a este ajuste de cuentas descabezaron a *Monsieur*. Y si su ausencia no fue demasiado significativa para la mayoría de maestros, para Mateus constituyó un revés que lo llenó de tristeza. Más que un colega, *Monsieur* fue su amigo y el hombre de confianza de su esquina. Varios días necesitó para reponerse del golpe. Sintió que ni él mismo era capaz de calibrar en su justo valor la magnitud de la pérdida. Pero así era el *Liceo Académico*: un colegio que logró pulir hasta el grado más alto de refinamiento, todas las triquiñuelas, vicios y lacras de nuestra pedagogía. Por algo su dueño y rector vitalicio don Abedulio Vivas Arce, era el presidente de ASOCOPRICO, una institución que estaba omnipresente donde quiera que la educación privada hubiera hecho llegar sus poderosos tentáculos.

Pero la pérdida de *Monsieur*, aunque dolorosa, no constituyó para el guitarrista tropiezo significativo en el proceso de su preparación. Tenía bien claro que el concurso era una oportunidad que no pensaba desperdiciar; y estaba seguro de que, si triunfara, empezaría a cambiarle el rumbo azaroso a su, hasta entonces, poco atractiva vida. Muy seguramente —soñaba— ya no más magisterio. Haría realidad por fin lo que siempre quiso. Al cajón de los malos recuerdos los problemas y sinsabores inherentes a su ingrato oficio: las humillaciones, las burlas de maestros y estudiantes, el ninguneo, el irrespeto, el desprecio, los insomnios, el sudor de manos, la boca reseca, las pesadillas nocturnas, el terror de sus borracheras demenciales. Todo quedaría borrado de un solo brochazo en la señalada fecha en la que su nombre fuera proclamado como el del vencedor absoluto del concurso. Vendrían entonces los reportajes, las entrevistas por la radio, las fotografías, los autógrafos, la televisión, las reseñas en revistas especializadas, los análisis y juicios de los críticos sobre su arte guitarrístico. Le lloverían los contratos para dar recitales y conciertos y para enseñar el instrumento en prestigiosas academias e institutos. Planteadas así las cosas, era evidente que, aunque la ausencia de *Monsieur* lo llenó de abatimiento, el hombre

verdaderamente importante para él, por el momento, no era otro que el violinista.

Faltaban cinco meses para el concurso y, dada la premura del tiempo, Mateus se vio obligado a llevar su guitarra hasta el colegio, a fin de aprovechar para sus ensayos y ejercicios cualquier momento que le quedara libre. Esta novedad lo convirtió de la noche a la mañana en un objeto de curiosidad y en un motivo más de desconcierto para profesores y estudiantes. Todos estaban perplejos. A nadie le cupo en la cabeza que el vapuleado *Confucio* supiera hacer cosa diferente de dictar atrocemente una clase de español. Y no se trataba de que, al escucharlo alelados y confusos en la sala de profesores, entendieran mayor cosa de música clásica, o gustaran de sus interpretaciones. Era que no les resultaba fácil entender que hombre, por lo que se veía hasta entonces, tan apocado, estuviera en el plan de disputar algo, así se tratara de un concurso de guitarra que, en tanto evento musical, ni les iba ni les venía. Al exacerbarles este nuevo hecho la atracción instintiva que ellos sentían hacia todo lo que significara competición, como quiera que ese era el elemento definitorio por antonomasia del espíritu del colegio, donde lo esencial era ser deportista, competir y ganar, la figura del menguado maestro fue perdiendo las líneas desapacibles del *Confucio* que encarnaba, para transformarse, más rápidamente de lo que él mismo pudiera desear o pedir, en la imagen de alguien a quien era necesario apoyar, puesto que de aquí en adelante, y al margen de que fuera o no mal profesor, él representaría con su guitarra, y ante los ojos de todo el país, las gloriosas insignias de su colegio. De manera, pues, que de la noche a la mañana, y tal vez sin entender bien el cómo ni el porqué, *Confucio* dejó de ser *Confucio* y se convirtió en el representante oficial del *Liceo Académico* al Primer Concurso Nacional de Guitarra Clásica que tendría lugar en Bogotá entre los días 14, 15 y 16 de julio de 1969.

En cierta oportunidad *Rompecanillas* Murillo hacía en solitario una espectacular demostración de virtuosismo futbolístico. Medio colegio miraba boquiabierto cómo Murillo, impertérrito, aumentaba sin parar la serie, cuyo guarismo iría ya por los ciento cincuenta. Era un bello espectáculo: en la mitad del patio interior *Rompecanillas* administraba sabios toques al balón que subía y bajaba sin caer al suelo, obediente a las piernas maestras del futbolista. Y todo el coro de muchachos contaba la serie con los ojos fijos en el esférico,

como si la bola, o las piernas, tuvieran poderes hipnóticos.

Íría la serie cercana a los doscientos, cuando Mateus acertó a pasar por el patio, en dirección a la sala de profesores, ubicada en el segundo piso. Murillo que lo alcanza a ver de reojo, y sin parar le gritó:

—Venga, maestrete y nos medimos, a ver qué tanto es lo que sabe hacer con un balón — dijo, parando la serie.

Mateus siguió de largo sin decir palabra. Sus pasos —que más parecían los de un fugitivo—, eran contados por el grupo estudiantil: "*doce, trece, catorce...*", al tiempo que Murillo, con un pie sobre la bola, observaba victorioso los estragos de su desplante.

De repente, volvió a aparecer Tomás en el barandado interior del segundo piso, cuando los últimos ecos de los chiflidos no se habían apagado aún en las paredes de los salones vacíos. Traía en una mano su guitarra y en la otra la butaca de su escritorio. Cuando empezó a bajar al patio con pasos llenos de determinación, los muchachos se fueron replegando y le abrieron espacio por entre el grupo compacto. Descargó la butaca frente a *Rompecanillas*, lo midió de arriba a abajo con ojos desafiantes, se sentó con lentitud y colocó la guitarra en posición.

En el ámbito del patio podía sentirse la tensa vibración de un silencio expectante. Después de algunos segundos, y sin que mediara una sola palabra, Tomás Mateus rasgó los aires onerosos del patio con una filigrana de sonidos inverosímiles. Cuando terminó, se irguió arrogante frente al futbolista, y en silencio, le ofreció la guitarra.

Rompecanillas se quedó mirándolo sin saber qué hacer. En medio de este silencio como de catedral, Tomás Mateus tuvo la sensación de estar saboreando por anticipado la embriaguez que debe producir una sala de conciertos.

Ocho o diez días después de la confrontación, se apareció por nuestro cuchitril el violinista. Castigaba Tomás las cuerdas en ese momento con el martillo de sus dedos implacables. Era gratificante ver su vigor, su concentración, su entusiasmo. Ensayaba algunos pasajes del segundo movimiento del *Concierto para Guitarra en Re*, de don Antonio Vivaldi, el concierto que durante gran parte de su vida constituyó su obsesión y que, de acuerdo con el

reglamento del concurso, Mateus tenía posibilidad de escoger, junto con las obras obligatorias, como opción individual, pese a la advertencia reiterada por parte de su maestro de que, dada su relativa sencillez, no era ese de Vivaldi un concierto de la envergadura suficiente como para ser presentado, en caso de que llegara tan lejos, en la final de un concurso de esa categoría. *Escójase otro concierto, de entre los que el reglamento ofrece como posibles opciones* —le reiteraba el maestro cada vez que podía—. *Con esa obrilla menor de Vivaldi no va a llegar a ninguna parte. Mídasele a Castelnuovo Tedesco, por ejemplo, inclusive, trabajando un poco, usted está en capacidad de hacer una versión muy aceptable de Aranjuez.* Él, sin embargo se negó siempre y de manera rotunda a la sugerencia. Y al hacerlo se defendía con el argumento de que ese concierto, aunque técnicamente pareciera fácil, y hasta elemental, le permitiría demostrar ante los jurados y ante el público experto lo que a él realmente le interesaba: su maestría en el terreno de la expresión, quería decir, su capacidad de hablar por cuenta propia —así mismo decía— *a través de la mente, del corazón y de la voz de mi amado Vivaldi.*

El maestro, parado en la mitad del cuarto, se limitaba a escuchar con atención. Cuando Mateus terminó su ejecución, se acercó a donde estaba tocando:

— Eso suena mucho mejor.

— Le agradezco, maestro, su concepto.

— Pues aún no me lo agradezca, porque ahí faltan cosas importantes.

— No sé qué pueda faltar...

— Dije que lo que estaba tocando sonaba mucho mejor, y eso es cierto, si lo consideramos tan sólo como habilidad. Le falta agregar lo más importante y difícil: la expresión.

—¿Expresión? Me parece que toco con expresión.

—Sin eso no hay música.

—Creí que ya la tenía. Toco esa parte tal y como la siento.

—Hace llorar demasiado la guitarra en una obra donde no debe llorar. Si yo fuera Vivaldi, estaría muy disgustado con usted.

—Pero una fuerza interior que está por fuera de mi control me impulsa a tocarla de esa manera.

—¿Y usted ya averiguó dentro de qué espíritu, dentro de qué parámetros estéticos fue concebida y escrita esa obra?

—Me limito a dar de ella mi propia versión.

—No me gusta ese camino. Usted es demasiado terco, insufriblemente melodramático y, en ese caso, no estoy en condiciones de garantizarle un buen resultado final. A propósito: supe lo del colegio.

— ¿A qué se refiere, maestro?

—Pues a lo que hizo con la guitarra en el patio frente a un fanfarrón y a su corte de patanes.

— ¡Qué bueno! ¿Y no me felicita?

— ¿Por qué habría de hacerlo?

—Pues por la lección que les di a todos esos bellacos.

—¡Qué brillante lección! ¡Qué absoluta maravilla! ¿Quién le dijo que la guitarra era para eso?

—¿Qué me está diciendo?

—Ese es uno de los usos más innobles con el que se pueda degradar un instrumento.

—¿No será más bien lo contrario, maestro?

—De ninguna manera: la guitarra, el piano o el violín son instrumentos al servicio del arte, no de la vanidad humana. Son un medio para comunicar, para decir, para expresar aquellas cosas del hombre que, a lo mejor, no se pueden manifestar sino a través de los sonidos.

—¿Y no le parece que mi demostración ante los estudiantes tiene un claro mensaje?

—No lo creo. Eso no fue otra cosa que el melodrama barato de un avasallamiento. Y para llevarlo a cabo no necesitaba echar mano de su guitarra. Se comportó usted como un demagogo de la música, como un vulgar descrestador, como un exhibicionista retórico de la guitarra.

—Pero quedó a salvo el virtuosismo, la solvencia técnica, la habilidad.

—Todo eso no es sino un medio, jamás un fin en sí mismo.

—Entonces, ¿en qué queda lo del concurso? ¿No se presenta uno ante el jurado y ante el público para demostrar que, por el dominio del instrumento, se es el mejor?

—¡Exhibicionista!!! Eso es lo que no me gusta de los concursos. La pretensión de mostrarse como el mejor desvirtúa la esencia de la música. Lo estoy ayudando a usted para este evento sólo como un trampolín para que lo conozcan y, más tarde, le abran las puertas. Le garantizo que ni siquiera me halaga la posibilidad de participar del premio. Ese aspecto siempre será secundario ante la maravilla de que usted pueda decir mucho, echando mano de una guitarra. La gente, a veces, piensa que la música es algo que sólo tiene que ver con la diversión y hasta con el ocio. Dicen escuchar música para no aburrirse. Y entonces, para

que no estén aburridos, les venden música show, ese subproducto del arte que nos distribuye la sociedad de consumo, y que encontramos bajo el nombre de música comercial, de música ambiental, de música estilizada y otras estupideces. La escucha uno en los aeropuertos, en los restaurantes y hasta en los cuartos de baño. Bueno, tampoco me opongo a que escuchen esa baratija. Allá ellos. Pero piense usted en una cosa: más de treinta años de trabajo y de paciente investigación necesitó Rafael Puyana para tocar a Scarlatti en su justa dimensión y con una maestría muy difícil de igualar en un clavicordio, para encontrarse uno con que esa música que el maestro rescató del olvido con tanto mérito, la va a escuchar prostituida en el disco que algún oportunista grabó, *estilizándola*, para uso comercial. ¿Qué cree que pensaría Scarlatti si resucitara para oír lo que algunos mercachifles han hecho con su música?

El maestro salió por donde entró, dejando en el ambiente de nuestro cuchitril un algo, un rastro, una huella imperceptible, difícil de definir.

DÉCIMO ROUND

En la primera semana de junio, a sólo treinta días del concurso y a quince de salir de vacaciones, se apareció el violinista por el *Liceo Académico*. Su visita resultaba, esta vez, tan inusual y extemporánea que, al verlo entrar, me puse en guardia. No era para menos: en la atmósfera transparente y azul de aquella mañana sin sombras, él traía el rostro reseco de un alma en pena.

—¿Pasa algo, maestro?

—Necesito con urgencia al profesor Mateus.

—Está en clase. ¿Qué se le ofrece?

—Anoche me robaron el violín.

—¡Maldita sea! ¿Y eso cómo?

—Me sorprendieron dormido.

—¿Se le entraron los ladrones a la habitación y usted no se dio cuenta?

—Ojala hubiera sido así. Al menos ahora no tendría tantos remordimientos.

—Por favor, hable claro.

—Hasta me da vergüenza explicarle. Él debe estar renegando a estas horas de este músico de mierda.

—¿Quién dice usted que debe estar renegando?

—Pues mi violín, hombre, mi violín.

—¿Su violín? No le entiendo un carajo.

— Olvídelo... Ya veo que es usted de los que no entienden estos asuntos.

—¿Cómo quiere que le entienda con esas cosas que dice?

—Anoche, después de un ensayo, me metí al bar de siempre a tomarme mis alcoholes. A lo mejor se me fue la mano, porque cuando me despertaron a la hora de cerrar, ya no estaba mi violín.

—¿Y los amigos con los que usted bebía qué dicen?

—Es que casi siempre bebo solo.

—¡Diablos!

—Mejor dicho, con mis fantasmas.

—¿Qué?

—Olvídelo. No me haga caso, que ni yo mismo sé por qué le ando diciendo estas cosas.

—No importa. Pero volvamos al violín. ¿Dice que se lo robaron y que nadie se dio cuenta?

—Nadie.

—Las meseras, el administrador del bar, el portero...

—Nadie vio nada.

—Qué va, hombre. Hay que averiguar.

Cuando todos nos enteramos de la desgracia del violinista, a falta de mejor alternativa, organizamos un plan de búsqueda, más por darle ánimos al músico abatido, que por estar convencidos de que existiera alguna posibilidad de encontrarlo. Si temíamos que la antigualla se hubiera refundido para siempre, más nos preocupaban los efectos devastadores del percance en el ánimo del maestro, y las consecuencias de todo este lío en los planes de Mateus, que a estas horas ya había entrado en la recta final de su preparación para el concurso. Auténtico o no, el vejistorio era su vida. Ahora que, condenado a vivir sin su violín, pude ver su rostro carcomido por la desesperanza, medí en todo su significado las palabras que meses atrás juzgué nacidas de su fatuidad: “*En este cajoncito está toda mi fortuna*”.

Nos reunimos de urgencia y decidimos que el maestro iría en compañía del negro a formular el denuncia penal correspondiente, con la recomendación de que, al hacerlo, mostrara el documento que, según él, atestiguaba la procedencia y antigüedad del instrumento. Rafael Pinedo, *Becuario* y yo recorreríamos los almacenes de antigüedades, talleres de reconstrucción de objetos históricos y prenderías, con la remota esperanza de que los cacos lo hubieran vendido a algún establecimiento de esta índole. A Rafael Pinedo le encomendamos la tarea adicional de ir al bar donde se perdió el violín, hacerse amigo de las *niñas*, tomar cerveza con ellas y, si era el caso, llevarlas hasta donde se lo solicitaran, a ver si por ese camino podía —eso sí cuidándose de una gonorrea— sacarles alguna información que nos condujera a cualquier pista significativa. Yo me encargaría de observar cada noche desde una esquina estratégica a los clientes habituales del establecimiento y a otras personas que tuvieran por costumbre merodear por el lugar.

Sólo a Mateus dejamos libre de responsabilidades, toda vez que no era el momento más oportuno para distraerlo de sus ensayos, dada la proximidad de su compromiso. Él, al tiempo que trataba de hacer acopio de toda la energía para salir airoso de su reto, se dedicaba a pulir los últimos detalles del repertorio, esta vez bajo la dirección de Teófilo Bedoya, quien, a la hora de nona aceptó ocupar el lugar que el maestro abandonó después

de su percance, para encerrarse en la alcoba de su pensión a rumiar los tallos amargos de su tristeza. Sin embargo, a estas horas, el cambio de director resultaba problemático: para nadie era un secreto que el maestro conducía la preparación de Tomás por los carriles de un estilo muy personal, que el dirigido, mal que bien y pese a su reconocida terquedad, tuvo el buen tino de asimilar. Poco aconsejable resultaba, ahora, ponerse en otras manos, por solventes y experimentadas que fueran. Aunque Bedoya era quien de tiempo atrás lo asesoró en materia de armonía, sobre todo en aquellas obras del repertorio latinoamericano cuyas transcripciones y arreglos no fueran del todo confiables, la concepción general de *Becuada* sobre la interpretación musical, pertenecía a un universo estético diferente de aquel en el que Tomás nadaba ya como pez bajo la batuta del violinista.

Corridas tres semanas de pesquisas, interrogatorios y trasnochadas, los resultados eran desalentadores. Todo indicaba que al ya famoso violín se lo había tragado la tierra. Aunque Mateus conservó hasta el último instante la esperanza de que el instrumento apareciera y de que, por tanto, el maestro en cualquier momento iba a regresar, en cuanto se le acercaba la hora no tuvo más remedio que tratar de entender los hechos, acomodarse a la nueva situación y resignarse a llegar al escenario bajo la batuta, hasta cierto punto improvisada, de Teófilo Bedoya. Pero a pesar de sus esfuerzos para asimilar el golpe, el asunto, de difícil parecía volverse crítico. Desde luego, Bedoya no era el violinista. Hombre más directo y pragmático, se le agriaba el genio cada vez que Mateus imprimía a la interpretación de las obras toda la parafernalia expresiva de su desbocada sensibilidad.

—Debe darle a sus ejecuciones más brillantez y volumen —le dijo casi fuera de sí un día de ensayo—. Para eso necesita tocar con las uñas un poco más largas y poner a su disposición toda la mecánica y la expresión de la escuela de don Abel Carlevaro. Pero, sabiendo que es usted un terco irredimible, ¿qué me gano con repetírselo, si usted no hace caso?

—Un cierto modo de tocar la guitarra, aprendida durante toda una vida, no se puede cambiar de la noche a la mañana —contraatacó Mateus—. Además, de alguna manera, pienso que por la forma como me enseñó mi papá, pertenezco a la escuela de Segovia —explicó ahora Mateus en tono más conciliador—. Me gusta imprimirle a la guitarra el

registro de una voz confidencial. Si comparamos el sonido y la expresión que saca Segovia con los que producen otros guitarristas del mundo, por magníficos que ellos sean, tendremos la conclusión de que es Segovia el que los construye de forma más depurada y sugerente, pues, hablando sólo del sonido, elimina de él cualquier rastro de suciedad o aspereza, mediante el procedimiento de tocar con las uñas muy cortas, casi con las yemas de los dedos. Al menos, eso era lo que decía mi padre.

—Es una lástima. Siempre me ha entusiasmado la manera de tocar de Carlevaro. Su concepción del brillo sonoro es extraordinaria. ¿Ha escuchado bien a Yepes?

—Claro que sí. Precisamente debe darse cuenta de que él no pertenece a la escuela de Carlevaro, sino que, de algún modo está más cercano a la de Segovia. De todas maneras, siendo Yepes un gran guitarrista, no tiene, a mi juicio, un sonido tan bonito ni evocador como el de Segovia. Esta observación me la hizo alguna vez Clemente Díaz, alumno, a su vez, de ambos maestros. Apuntaba Clemente, que si comparamos el sonido de Yepes con el de Segovia, y el de éste con el de cualquier otro guitarrista del mundo, por magnífico que él sea e independientemente de la escuela a la que esté adscrito, la diferencia es muy grande, porque hasta el momento presente no hay ningún guitarrista que haya podido rivalizar con Segovia en este aspecto. Su sonido es único y pasarán muchos años antes de que aparezca otro concertista de la talla y de la personalidad musical del gran guitarrista de Linares. Él, definitivamente, aunque ya está muy viejo, es un genio, un verdadero fuera de serie.

—Ojalá no tenga que arrepentirse demasiado pronto por no haber seguido mis consejos— casi le gritó Bedoya, dando al salir un despacible portazo.

Y llegó, por fin, el momento, como quien dice, la hora de la verdad que tanto soñó y para la que tanto se preparó. Por encima de todos los contratiempos estaba listo para escuchar el campanazo inicial del round que iba a definir el combate de su vida. Nada fácil: frente a él esperaban rivales de mucho cuidado, algunos con la ventaja adicional de una experiencia reconocida. *“Hay entre los inscritos —le dijo Pinedo a manera de última recomendación— un caleño imbatible con la mano derecha: hace unos arpegios de miedo. No me lo descuide*

que es de la escuela de Valdiri. Ábrale el ojo a un tal Oswaldo Aguirre: tiene sus buenos años de conservatorio y ha sido el alumno estrella de Clemente Díaz. Póngale cuidado a Eusebio Aparicio. Si le viera la izquierda: pocas escalas tan limpias he visto como las suyas, y estudió con Gentil Montaña, esa leyenda viva de la guitarra en Colombia, el mismo que fue finalista en el Concurso Internacional ‘Alirio Díaz’, de Venezuela, tocando Aranjuez con una uña partida. Y tome nota para que vea cómo si es posible sobreponerse a un mal momento: minutos antes de su presentación, al salir de un baño, de esos que tienen la puerta de resorte, la hoja se le devolvió, partiéndole la uña del índice de la mano derecha. Y a esa hora qué pegantes ni qué pensar en nada. No tuvo otra alternativa que acomodarse la uña, coger la guitarra y salir”.

Para saber que Mateus también tuvo su imprevisto, pues le tocó llegar al escenario con instrumento prestado, una Fleta reluciente que Pinedo consiguió a las volandas una semana antes del concurso, puesto que, con las angustias por el percance del violinista, nadie se acordó de que la guitarra del aspirante, aquella en la que tanto había ensayado, la que, pese a su sonido poco noble, en tan gran manera apreciaba, no daba ni siquiera para acompañar boleros, circunstancia que la descalificaba para un evento de tantas campanillas.

Menos mal que alguien cayó en la cuenta a tiempo del imprevisto que, de no haberlo hecho, tal detalle se hubiera constituido, de entrada, en la pequeña gran minucia responsable de un fracaso más que seguro. Al cavilar Pinedo una y otra vez en tales considerandos, no dejaba de molestarlo cierto escozor que lo traía y lo llevaba con la urticaria de cómo a él, un guitarrista curtido por toda clase de vientos y tempestades, y a salvo, por tanto, de cualquier sorpresa, se le hubieran mojado los papeles en lo de conseguir a tiempo una buena guitarra para Mateus.

—Y todo esto tan encima —decía dando zancadas por el cuchitril y golpeándose a dos manos la frente—. Porque ni modo de ofrecerle la mía con ese clavijero averiado.

Cuando la verdad monda y lironda era que él tampoco tenía a la mano su guitarra, no por culpa del clavijero, como afirmó para que todo el mundo lo oyera aquella tarde de afanes, sino porque —él sabrá perdonar la infidencia— su guitarra, una Gerona de no despreciables

pergaminos acústicos, había ido a parar meses atrás a la casa de un empeñista. Así me lo confesó en voz baja y con los ojos aguanosos, no sé si por las lágrimas o por el alcohol, aquella noche en la que, por efecto del aguardiente, todos hablamos más de la cuenta en medio de la interferencia de los gritos, del estruendo de las carcajadas y del fragor de los truenos intimidatorios.

Qué otro camino le quedaba si en todo aquel año no había recibido invitación para tocar en ningún concierto y, como si algo faltara, le debían los estipendios de más de cuatro meses de servicios en *El As de Copas*, que era el bar donde, con la complicidad de la penumbra ambiental, más propia para declaraciones de amor, besos y tactos de enamorados apremiantes, que para despliegues de alta técnica musical, acometía cada noche con la ayuda de una guitarra eléctrica, baladas, bossanovas, y hasta rancheras, a fin de aliviar con unos pesos de más las aflicciones de su profesión, circunstancias todas juntas que le habían impedido rescatar su bien amada Gerona de entre las garras inmisericordes del agiotista.

Tal inconveniente obligó al concertista Rafael Pinedo a acordarse, por fin, de *La Fleta de Bogotá*, una auténtica joya sonora firmada de puño y letra por su luthier, quiero decir por Ignacio Fleta, el viejo, en manos, por ese tiempo, de un relojero solterón, reconocido transexual, más experto en remediar las arritmias y paros cardíacos de sus cronómetros, que en pulsar con maestría las cuerdas, pese a lo cual, era el dueño envidiado de aquella maravilla instrumental, venida a sus manos por el arbitrio de haber sido su padre quien la mandó construir, según decían y cosa difícil de creer, sobre la medida de sus propias manos al legendario artífice hispano, cuya fama aún pervive en el milagro de sus guitarras espléndidas, como ésta, único ejemplar en Colombia, y en la que se han honrado al tocar los grandes concertistas llegados al país, menos Segovia, por supuesto, aunque, si le creemos al relojero, él sí la alcanzó a poner en manos del maestro por allá en la década de los años cincuentas, cuando Segovia estuvo de paso por Bogotá, mientras declinaba con una sonrisa cortés la invitación a pulsarla, como era su costumbre siempre que ofrecían a sus manos eximias guitarras diferentes de sus archifamosas Ramírez y Hauser, las únicas en las que, es fama, siempre tocó, con la fidelidad insobornable que hace pensar en la que decía Mateus profesó Don Quijote a Dulcinea, circunstancia que fue suficiente para acrecentar aún más el renombre de *la Fleta de Bogotá*, que era el apelativo por el que se la mencionaba en cualquier parte del mundo donde hubiera un conocedor de guitarras, pues el

relojero supo jugar las cartas de su malicia indígena para poner el instrumento, así fuera por unos fugaces segundos, en las manos del guitarrista más grande de la modernidad, si no de todos los tiempos, y razón más que justificada para que él se negara, casi ofendido, a las súplicas de Rafael Pinedo en términos de prestar su guitarra, “*a un fulano de tal, que ni siquiera conozco, de quien no he oído decir jamás que sea guitarrista ni cosa que se le parezca, y de quien dudo con fundamento tenga méritos para tocar en ella*”.

Pinedo consiguió, por fin, doblegar la reticencia del relojero, rayana en obstinación, gracias al asedio de varios días al que sometió sin claudicar su casa, y a la promesa solemne de que le devolvería el noble instrumento no sólo intacto, sino adornado con la aureola nada despreciable de un primer premio nacional, argumento este definitivo para la vanidad sin fronteras del calibrador de péndulos, engolosinado con la perspectiva de acrecentar, por esa vía, el palmarés de su guitarra.

Así, pues, con el fulgor de una *Fleta* en la mano, con el alma entre la vida y la muerte y enfundado en la impecabilidad del traje de conciertos que se mandó a hacer para la ocasión, a costa de más de la mitad de su sueldo de mayo, así fue como se presentó Tomás Mateus en el salón de audiciones, llamado también *Sala de los Espejos*, aquella tarde imborrable del catorce de julio de 1969.

Cuando llegó, media hora antes de inaugurarse el evento, precedido de sus segundos, a saber: Rafael Pinedo, el *manager*; Teófilo Bedoya, el técnico; y el negro de San Antero, su preparador físico, la sala estaba abarrotada. Entró con paso sereno, con semblante confiado, aunque tenso, y respondió la cerrada ovación con la que la hinchada saludó su llegada, con la calidez de su sonrisa tímida. En las primeras filas de butacas estaban sentados el señor rector del *Liceo Académico* y presidente vitalicio de ASOCOPRICO, doctor Abedulio Vivas Arce; el enérgico y musculoso prefecto de disciplina, *Míster Bogotá 1967*, profesor Carlos Alberto Mondragón; las emperifolladas secretarias del plantel, el profesor de ciencias sociales, Leovigildo Bocanegra, más conocido por el remoquete de *Mortadela*, y un nutrido grupo de profesores y estudiantes, cuyo número no era inferior a ciento cincuenta, quienes con su entusiasmo ruidoso ofrecían un espectáculo algo insólito en el ambiente severo de la sala de conciertos, adornada con el reflejo perturbador de por lo menos diez espejos de cristal de Murano, enmarcados en las volutas aristocráticas y frívolas

del más puro Rococó.

A poco de la llegada de Mateus fueron haciendo su aparición los otros participantes y los miembros del jurado, conformado por seis personalidades del mundo de la guitarra y de la crítica musical.

Instalados todos y realizados los actos protocolarios de rigor, el presidente del jurado pidió silencio para leer las bases y reglas internas del concurso:

“Cada participante, mientras no sea eliminado, intervendrá en tres etapas, una para cada jornada, en las que tendrá derecho a escoger, cada vez que actúe como solista, una obra de entre un grupo de cuatro seleccionadas para cada día. La tercera etapa consiste en dos conciertos para guitarra y orquesta, uno de los cuales será de la más absoluta y libre escogencia del participante.

El público podrá asistir en las tres etapas, las que serán difundidas por la prensa, la radio y la televisión. Los finalistas deberán permanecer hasta por una semana en Bogotá, una vez finalizado el concurso, con el objeto de hacer un concierto de repetición, según convenio establecido con la Orquesta Filarmónica de Bogotá.

El primer premio consiste en cincuenta mil pesos, el segundo en veinticinco mil y el tercero en diez mil. El concurso incluye, además, diplomas y menciones especiales. Los votos que emita el jurado serán secretos y ningún miembro del mismo tendrá derecho de calificar a un alumno o exalumno. En caso de empate, el voto del presidente será decisivo y los fallos tendrán el carácter de inapelables”.

A las tres de la tarde el presidente del jurado hizo sonar la campana ubicada sobre la mesa para dar inicio a la jornada preliminar, llamando al primero de los doce inscritos, los cuales fueron actuando uno tras otro en riguroso orden alfabético. Se presentaban de uno en uno, nerviosos y obedientes al tintineo del esquilón presidencial, para ejecutar frente a un público tenso y expectante la obra previamente seleccionada. A medida que se sucedían las intervenciones, iban pasando por el tamiz de los comentarios a media voz, las posibilidades que los distintos grupos de adláteres adjudicaban a cada uno, las preferencias, las reservas de opinión y hasta las cábalas de la más diversa laya. Cada interpretación convocaba a una explosión de rumores que salían desde todos los puntos de la sala y que semejaban el zumbido bronco y circular de varios centenares de abejorros, encerrados bajo las bóvedas

acústicas de una catedral. Sólo los aplausos —unos más entusiastas que otros— aportaban la nota de calidez capaz de desterrar, por momentos, los ecos intimidantes de esos murmullos anónimos.

Los participantes, dóciles a la irreversibilidad de la prueba que ellos mismos se buscaron, iban desfilando por la tarima, forrada con primor en verde, en donde, por contraste, estaba ubicado un sillón de alto espaldar, el que, a no ser por la ausencia de brazos, más daba el aspecto de una silla de ajusticiamiento. Aunque la ejecución impecable que hizo Mateus de la *Fantasia 15* —de consonancias y redobles—, de Luys de Milán fue recibida con signos de cálida aprobación por el público que no pertenecía a la ruidosa barra del *Liceo Académico*, y pese a que más tarde pudo consolidar su prestigio con la *Fuga BWV 1000*, de Juan Sebastián Bach, con la *Introducción y Variaciones sobre Malbrough, op. 28*, de Fernando Sor y con el *Vals número 3*, del guitarrista y compositor paraguayo Agustín Barrios Mangoré, al finalizar la jornada preliminar con la selección de los seis semifinalistas, entre los cuales se encontraba Mateus, quedó flotando en el ambiente que el representante del *Liceo Académico* no figuraba entre los favoritos al título. Buena ventaja le habían cogido ya, al parecer, en la voluble y poco autorizada opinión de los asistentes, Pablo Rivas, el caleño, Eusebio Aparicio y Oswaldo Aguirre, quienes, confirmando los pronósticos de Pinedo, hicieron valer no sólo sus virtudes de ejecutantes sin tacha, sino el peso definitivo de su experiencia. La ejecución magistral que hizo el caleño del *Homenaje a Tárrega*, de Joaquín Turina, al lado de la categórica demostración de suficiencia que exhibió Aparicio con la *Guajira Criolla y Danza Característica*, de Leo Brouwer, no dejaban, al parecer, sombra de duda: ni una sola nota en falso, ni un solo momento de debilidad o de indecisión. Todo fue en ellos fuerza avasalladora, alarde de habilidad y demostración de una técnica sin fisuras. No obstante, Mateus tuvo también con qué brillar: tocando con la pulcritud que le dieron diez meses del más exigente entrenamiento, aunque sin el respaldo de un fraseo espectacular, logró inclinar a su favor muchas voluntades mediante el hechizo de su expresión musical. Ese era su fuerte. Aquella *Introducción y Variaciones sobre Malbrough* dejaron flotando hasta en los oídos más elementales resonancias indelebles. No era para menos: interpretó esa obra de Sor con un sentimiento lento y conmovido, imposible de olvidar.

La jornada finalizó con una avalancha de pronósticos. En ese ambiente de franca

confrontación era imposible sustraerse a las tensiones emocionales de alto voltaje y a la guerra de nervios. “*Veremos qué puede hacer en adelante su profesorcito* —gritó al grupo de los nuestros un hinchista furibundo del caleño, molesto por la impertinencia de la barra escolar—. *Ojalá duerma bien esta noche a ver si mañana no se le encalambran los dedos*”. Los del *Académico*, felices con el acicate, respondieron en coro al provocador con la clásica retahíla de las barras de un equipo de fútbol: *A la Bio, a la Bao a la Bim Bom Bao: Mateus, Mateus, Ra, Ra, Ra*.

La semifinal fue otra cosa: Mateus, apareció al día siguiente más dueño de su papel, y más decidido que nunca a despejar de una vez por todas cualquier duda acerca de sus hasta ahora opacas condiciones de favorito. Cuando fue su turno, tocó a lo largo de esa jornada tres obras definitivas: Una *suite* completa de Silvius Leopold Weiss, el *Gran Solo op. 9*, de Sor, y remató brillantemente con esa joya guitarrística llamada *Sonatina Meridional*, de Manuel Ponce. En la interpretación de Weiss estuvo fuera de serie. Exhibió en la ejecución de aquella obra barroca un magnífico dominio del instrumento, a la par que sus ya reconocidas virtudes de guitarrista de alta expresión. Resultaba soberbio el espectáculo de verlo ascender poco a poco con su instrumento a las alturas incomparables de una ejecución que los estudiosos no dudaron en calificar al otro día en los periódicos como muy meritoria. Pablo Rivas, Eusebio Aparicio y sus respectivos seguidores no ocultaban su sorpresa, y, por los comentarios en voz baja que nos llegaban a través del negro, se veía a leguas que andaban a la defensiva. La barra de Mateus, prevalida de los buenos vientos que empezaban a soplar sobre su ídolo, llegó con sus gritos, aplausos y retahílas a un clima de desmesura, rayano en lo pintoresco, hasta el punto de que el presidente del jurado se vio obligado en dos oportunidades a pedir moderación con el auxilio de su campana, enarbolando a voz en cuello la amenaza perentoria de que, si no era posible guardar orden y compostura, haría desalojar la sala de inmediato. Mateus, entre tanto, ajeno a todo este bochinche, buscaba la mejor manera para dar el golpe definitivo. No estaba pisando en falso, pues el resultado de la jornada fue muy prometedor: “*Pablo Rivas, de Cali, Oswaldo Aguirre, de Bogotá y Tomás Mateus, del Liceo Académico* —dijo el presidente poniendo sobre el nombre del colegio cierto dejo de ironía—, *pasan a la gran final*”. Todo el mundo se alborotó. La explosión de los aplausos rivalizaba con los gritos de aprobación y con las arengas de los

porristas. Ni siquiera el negro ocultaba su júbilo. Comentaba al uno y al otro que el clavo de la derrota de *Mochila* Herrera se lo iba a sacar ahora con la victoria de Mateus, gracias a las bondades y maravillas del trabajo físico-atlético que él había administrado a su pupilo.

El 16 de julio los matutinos capitalinos se ocupaban por primera vez de Mateus: “Desconocido guitarrista favorito para la gran final”, tituló a tres columnas *El Tiempo*. Y en *El Espectador* de aquel día se podía leer:

"El sorpresivo repunte de un joven guitarrista de provincia, autodidacta por más señas, pone en jaque el favoritismo de Pablo Rivas y Oswaldo Aguirre, dos avezados intérpretes de conservatorio, en la semifinal del Primer Concurso de Guitarra Clásica. Se trata de Tomás Mateus, un ejecutante, al parecer, no tan fogueado como sus dos cercanos rivales, pero que, gracias a su talento y constancia, ha logrado situarse como la carta más importante para disputar la final. El guitarrista Mateus intentará ganar el título ejecutando con la Orquesta Filarmónica de Bogotá la Fantasía para un Gentilhombre, de Joaquín Rodrigo y, hecho por demás insólito, en autorizado concepto de los expertos, con el Concierto para Guitarra en Re, de Antonio Vivaldi. Sus rivales, a saber, Pablo Rivas, de Cali y Oswaldo Aguirre, de Bogotá, procurarán volver por sus fueros con la interpretación del Concierto de Aranjuez, de Joaquín Rodrigo, y del Concierto en Re, de Mario Castelnuovo-Tedesco, por parte del primero, y con la ejecución del mismo Concierto de Aranjuez y del Concierto de Heitor Villa-Lobos, por parte del segundo. Tanto Rivas como Aguirre manifestaron a El Espectador que, al escoger Aranjuez, 'El concierto por excelencia para guitarra y Orquesta', según Aguirre, y 'Una de las pruebas más arduas para cualquier guitarrista en el mundo', según palabras de Rivas, esperaban acortar distancia frente a Mateus, 'un rival que no estaba en nuestros planes', según declaraciones del talentoso guitarrista de Cali, pero al que no dudaron en calificar de peligroso y desconcertante, sobre todo por el hecho absolutamente inédito de haber escogido para la gran final el concierto de Vivaldi, una obra que, aunque bella, es considerada por los críticos y analistas especializados como obra menor frente a la envergadura de las otras obras seleccionadas. Pero lo más desconcertante de esta verdadera revelación musical del año, es que Mateus no es guitarrista profesional, como quiera que dedica la mayor parte de su tiempo a la enseñanza del español en un colegio privado de Bogotá. Sólo a este hecho igualmente insólito se debe la presencia de numerosos estudiantes y profesores de

bachillerato en el recinto del concurso, pues con sus aplausos y voces de aliento esperan contribuir a que su profesor gane el título".

Mientras Mateus, Pinedo, Bedoya y yo leíamos las anteriores notas de los periódicos, sentados en la cama del gran favorito, entró como una tromba el negro cimarrón. Venía congestionado, y en medio de su agitación, escasamente hablaba.

—Este negro encontró el puto violín —decía una y otra vez sin poder parar.

—¿Cómo? —dijimos todos al tiempo, mientras nos poníamos en pie como movidos por un mismo resorte.

—Como lo oyen, cuadros. Ocurre que este negro sí supo *buscá*, sí supo *indagá* —dijo ya un poco más calmado—. La clave estuvo en la hembra, la pelirroja del bar.

—¿Cuál hembra? —Preguntó Pinedo desconcertado—. Lo que hablé con esa prostituta no fue cualquier cosa...

—No le supo *sonsacá*. Apuesto a que no le combinó la averiguación con la culiáaaa.

—¿Cuál culiáaaa? —volvió a preguntar Pinedo con ganas de sacarse la espina—. Negro cochino: esa vieja tiene todo el aspecto de un tarro de sífilis.

—Ya ve usted, *llaverío* —dijo el morocho haciendo brillar el colmillo—. Si este negro se hubiera puesto con remilgos y ascos, a estas horas no sabríamos nada del puto violín.

—¿Y dónde lo tiene? —inquirió Mateus intrigado.

—Todavía no se lo voy a *decí*. Parte que llaman de la reserva del sumario —remató el negro con malicia.

—Pero, ¿lo tiene usted, negro? —Acosó Pinedo dando muestras de que la paciencia se le estaba por agotar.

—Aún lo tiene el ladrón —absolvió de nuevo el morocho.

—En este caso habrá que avisar a la policía —comenté preocupado.

— Un momento —dijo Teófilo Bedoya, pidiendo calma—. No se precipiten, no sea que espantemos el caco. Soy partidario de que nos le vayamos por las buenas y le ofrezcamos una recompensa por la devolución del violín. Si no nos da resultado, apelaremos a la policía.

Salimos en busca del maestro. Cuando llegamos a la pensión donde malvivía, Tomás golpeó varias veces la puerta sin lograr hacerlo salir. Tanto le insistimos entre todos en que si lo molestábamos era porque habíamos encontrado el violín, que al cabo de un buen rato nos franqueó la puerta entre malhumorado e incrédulo. Tenía la deplorable barba de un mes y su aspecto era francamente lamentable. Sus ojos, enrojecidos por el insomnio, o por el alcohol, no eran siquiera la sombra de los que le vi brillar cuando tocó aquella vez en el cuchitril. Al enterarlo el negro de los últimos acontecimientos, incluida la inminente victoria de Mateus, pude advertir una chispa de entusiasmo en medio de tan severa devastación. “*Vamos por el violín, pero yo manejo esto*”, fue todo lo que dijo, ya para salir camino a la calle, guiados por el morocho, quien nos condujo a la iglesia de las Nieves. Cuando llegamos, la campana del reloj de la torre daba las nueve de la mañana. Entramos al templo por la puerta lateral, y el negro nos condujo a la entrada que da acceso al campanario. Tocó un timbre con insistencia y a los pocos minutos bajó de la torre un hombrecito desconfiado. Era, al parecer, el sacristán de la iglesia y, por lo que se observaba, vivía en el mismo campanario.

—A la orden. ¿Qué se les ofrece? —nos dijo en el tono de quien se dispone a solucionar asunto de su oficio—. Si es para cosa de misa o de exequias, a las nueve y media abren el despacho parroquial.

—Amigo, —le dijo el maestro con suavidad—. Venimos por el asunto de unas partituras que usted encontró dentro del estuche de un desvencijado violín.

—¿Papeles? ¿Partituras? No sé de qué está hablando, señor.

—Usted sí sabe de qué le estoy hablando. Mire, no demos más rodeos. He venido a negociar con usted y a ofrecerle dinero por esas partituras. Ocurre, amigo, que los papeles que están dentro del estuche tienen para mí un valor sentimental incalculable. Son partituras inéditas de un autor que es nadie menos que mi padre. Dígame qué plata quiere por esos papeles y negocio concluido.

El sacristán no sabía qué hacer. Permanecía en una especie de silencio dubitativo, y nadie podía adivinar si estaba en el plan de hacer cálculos, o en el de seguirse negando a aceptar que tenía el cuerpo del delito en su poder. Por fin habló entre dientes.

—¿Y, si les digo que no tengo nada?

—Sea razonable. Si no estuviéramos tan seguros, no habríamos venido a molestarlo —le dijo el maestro para animarlo.

—Está bien. —Dijo el hombrecito con convicción—. Déme trescientos pesos y son suyas las partituras.

—No sea descarado. Mire que yo no alcanzo a esa suma...

—Trescientos pesos, o no hay trato.

—Le doy doscientos. —Afirmó categórico el maestro, mientras se llevaba la mano al bolsillo del pantalón.

—Trescientos, y de ahí no me bajo.

—Que sean doscientos cincuenta.

—Hagamos una cosa —dijo finalmente, con el convencimiento de quien, por fin, ha encontrado el fiel de la balanza—. Déme los trescientos pesitos por esos papeles, y yo le regalo el violín.

El hallazgo inesperado de la prenda nos cayó con todo el significado de un buen augurio. No parecía mera casualidad que, precisamente el día de la gran final, en el que Tomás Mateus se perfilaba de manera tan nítida como el favorito al título, hubiéramos recobrado, sin más ni más, un instrumento de gran valor, al menos para su dueño, y por culpa del cual el maestro se había encerrado a lamentar su pérdida, abandonando el compromiso que diez meses atrás se había echado encima con tanto entusiasmo. Ahora, gracias a la luz de la buena estrella con la que Mateus fue alumbrado al caer en este mundo de pies, estaban a punto de cumplirse las predicciones de la comadrona que lo recibió: “*O La vieja Dolores sabe poco de este oficio, o esta criatura nació para ejercer arte manual*”. Aunque el retorno del maestro a esas horas de nona no iba a ser de mayor utilidad para su desempeño guitarrístico en la jornada más importante del evento, su presencia en la *Sala de los Espejos* adquiriría el valor de un símbolo y le daba el aliento intangible de la fuerza moral que todos necesitamos alguna vez en el momento crítico de dar el paso definitivo. Parecía, pues, tener razón Mateus al guardar intactas hasta último momento sus esperanzas de que el maestro iba a llegar, pues deseaba, como una necesidad de la más elemental justicia, que el destino le diera al violinista la oportunidad de ser testigo de su victoria. Y para regocijo de todos, el destino no le había quedado mal. Por eso, ahí estaba, después de afeitarse a la carrera, sentado junto a nosotros, más sonriente que ninguno, acariciando con sus manos ya ajadas el estuche avejentado de su instrumento. Nadie hubiera podido decir por quién estaba más radiante: si por Mateus o por su violín.

Tomás llegó a la *Sala de los Espejos* saboreando este signo de buena suerte. Era un hombre afortunado: ni una sola sombra amenazaba con oscurecer su camino de rosas. Se lo merecía. ¿Quién más que él luchó a muerte contra el infortunio, contra su deplorable equivocación

de maestro? ¿Quién mejor que él logró salir a la cima dorada del éxito desde las profundidades más oprobiosas de su descalabro humano, saltando una a una todas las talanqueras, eludiendo una tras otra todas las trampas, algunas de ellas letales, que iban apareciendo de trecho en trecho, ya francas, ya agazapadas? Había llegado el momento de reivindicarse, de recoger lo sembrado y estaba preparado para ello. Cuando Mateus llegó a las dos y media a la *Sala de los Espejos*, engolosinado con estas consideraciones, ni siquiera prestó mayor atención a los cuchicheos, aplausos y comentarios que su presencia desató en el recinto. Eran comentarios de clase y tono muy diferentes a aquellos que había despertado en el colegio, apenas año y medio atrás. De manera contraria a lo que entonces le sucedió, ahora su presencia sólo suscitaba comentarios elogiosos y furtivas miradas de aprobación.

Pero él no estaba ahora para ponerse a observar esas cosas. Una vez dentro de la sala, y después de responder con una tenue inclinación de cabeza la ovación con la que se lo recibió, se sentó en un rincón a esperar y a ensimismarse en el recuento de su vida, con esa pasmosa capacidad de retrospectiva que tienen en los instantes supremos los grandes triunfadores o los que van a morir. Ni siquiera estaba preocupado por lo que iba a tocar. En el ensayo que tuvieron por reglamento los tres finalistas con la Orquesta Filarmónica de Bogotá, cuatro horas antes, Mateus quedó plenamente satisfecho: tanto en su *Fantasia para un Gentilhombre*, como en su *Concierto en Re*, de Vivaldi, consiguió total entendimiento con el director de la orquesta. El asunto del volumen, que era lo que más preocupaba a Teófilo Bedoya, pues Tomás pulsaba casi con las yemas de los dedos, dejó de ser problema cuando el director, admirado por la pureza y calidad de su ejecución, se comprometió a hacer sonar la orquesta con un volumen un poco más bajo, a condición de que Mateus no se fuera a ver forzado a tocar de una manera para la cual no estaba entrenado. Nada, pues, de qué preocuparse. Ni siquiera estaba muy nervioso. Bastaba con calentar ligeramente los dedos quince minutos antes de la presentación. Una poderosa corriente de energía inundaba su organismo, dándole esa sensación de bienestar físico y de armonía espiritual que algunos asocian con lo que debe ser la felicidad. El ejercicio de tocar en público durante dos días consecutivos un total de ocho obras más o menos difíciles, sobreponiéndose con éxito a la tensión ambiental, le desmitificó, en gran medida, una situación que, apenas, tres días atrás, era para él y para cualquiera más que intimidante. Aunque no era posible desconocer la

peligrosidad de dos rivales que habían dado muestras fehacientes de talento y de tenacidad para encarar una guerra sin cuartel, era consciente de que, a la postre, él parecía ser superior a ellos.

En medio de la íntima euforia que lo envolvía de pies a cabeza, como si se tratara de una caparazón contra todos los malos augurios, por instantes afloraban a su conciencia algunas tenues tintas de preocupación: “*Si algo llegara a fallar... Algún traspiés, algún lapsus involuntario...*” Pero, de inmediato, apelando a toda la fuerza de su voluntad, arrojaba lejos de sí estas preocupaciones como se lanza una brasa encendida que cae sobre la mano.

A medida que se acercaban las tres, la sala iba quedando en silencio, en un silencio tangible, caliente y viscoso que impedía, en ocasiones, la respiración. El rector, profesores y estudiantes del *Liceo Académico*, parcos en palabras esta vez, aguardaban con paciencia, como si fueran conscientes de lo que ahí estaba en juego. Los técnicos de la radio y la televisión se ocupaban de poner a punto sus equipos.

A una señal del director, los músicos de la orquesta empezaron a afinar sus instrumentos a tono con el violín del concertino. Se desató, entonces, una guerra de chillidos desapacibles. Cuerdas, maderas y cobres rivalizaban por alcanzar el sonido justo, en medio de los redobles de cueros desaforados. Poco a poco fue cesando esta babel de saxos graznantes, de guturaciones de fagots y de trepidación de timbales.

Eran las tres en punto de la tarde. Y sonó, por fin, la campana para el round definitivo. El presidente del jurado leyó el reglamento interno de la gran final, según el cual el orden de aparición de los finalistas para ambas rondas se establecía por sorteo. Fue así como se supo cinco minutos después, que Oswaldo Aguirre, Pablo Rivas y Tomás Mateus iban a interpretar en ese orden las dos rondas de conciertos. Hasta en eso la suerte estaba con Tomás. Varias veces me manifestó su deseo de tocar de último en caso de llegar a la final. Así, afirmaba, podría capitalizar a su favor los posibles puntos flacos de sus antagonistas. Tal como estaba previsto, Aguirre y Rivas interpretaron cada uno el arduo y célebre *Concierto de Aranjuez*, de Joaquín Rodrigo, mientras Mateus hacía alarde de virtuosismo con la *Fantasia para un Gentilhombre*, del mismo autor. Estuvo sensacional.

Al finalizar la primera ronda, las fuerzas parecían equilibradas y, a todas luces, el jurado iba a tener esa tarde un trabajo complicado. Dada la paridad de fuerzas y las tensiones que se revolvían como el vapor de una caldera en el interior de la sala, nadie hubiera querido estar

en su pellejo. Vino luego un descanso de quince minutos extenuantes y volvió a sonar la campana. Empezaba la ronda definitiva. Aguirre inició con el *Concierto de Villa-Lobos*. Avanzaba el tercer movimiento, y, de repente, pudo advertirse en el guitarrista cierto conato de vacilación. Algunas notas sonaron farragosas, y el joven instrumentista tuvo que jugársela a fondo para reencontrar el paso y volver a tomar las riendas de la ejecución. Pablo Rivas, por el contrario, estuvo magistral. Realizó una ejecución de *Castelnuovo-Tedesco* llena de riesgos y de imaginación. No había duda que el tal caleño se consolidaba como un hueso demasiado duro de roer. A no ser que Tomás hiciera algo del todo espectacular, todo parecía ya definido.

Y le llegó por fin el turno, el momento de la verdad. Cuando el campanazo del presidente vulneró los aires irrespirables de aquella sala contaminada de silencios y de taquicardias para indicar a Mateus su hora suprema, se levantó de su asiento y caminó con su guitarra hacia el sillón. Le faltarían cuatro o cinco pasos para llegar, cuando un espontáneo de entre el público gritó con la mano en alto: “*Esa guitarra, maestro, le traerá toda la suerte del mundo*”. Mientras bajaba la mano, al tiempo que se callaba, cerca de quinientas miradas se dirigieron hacia el lugar de donde había salido la voz, y allá, perdido en una butaca trasera, acababa de sentarse un anónimo relojero. Tomás agradeció la cortesía con una inclinación hacia adelante y se acomodó en la silla.

Colocó calmosamente el instrumento sobre las piernas, ajustó por última vez la afinación de las cuerdas y, mediante movimientos relampagueantes sobre el diapason, constató la forma definitiva de sus dedos, largamente entrenados. Luego, el director levantó la batuta, la suspendió en el aire por algunos segundos y, mediante un categórico movimiento hacia abajo, puso la orquesta en marcha. Acababa de empezar el Allegro Giusto, o primer movimiento, del *Concierto en Re mayor para guitarra y orquesta*, de Antonio Vivaldi.

Una filigrana de sonidos diáfanos empezó a girar con el ritornello, para preparar la primera entrada del solista con el tema de ese primer movimiento. Mordentes y apoyaturas daban paso a un fraseo transparente que, en *la Fleta de Bogotá*, alcanzaban toda la mágica sugerencia de una tarde de fantasía. Vino, luego, el Largo del segundo movimiento. Las poderosas cuerdas de la guitarra iniciaron un lento monólogo, seguido, apenas de lejos, por la tenue sombra de la orquesta. Mateus conducía la línea melódica con un virtuosismo impregnado de tensa melancolía. Subía y bajaba con lentitud por toda la gama de registros

sonoros con un lirismo trémulo y contenido.

A partir de cierto punto todo fue muy rápido. En fracciones de segundo Mateus empezó a vacilar, dio dos o tres tropezones que le desarreglaron el paso, al tiempo que empezaba a mirar con ojos de preocupación hacia el lado izquierdo del auditorio. La orquesta se descontroló entre una urdimbre de sonidos anárquicos, mientras el director, estupefacto, hacía esfuerzos desesperados por poner concierto en todo ese caos.

Luego vino el silencio. Mateus se levantó sorprendido y empezó a vociferar como si increpara a alguien de entre el público con un lenguaje tan poco entendible como colérico. *“Usted no tiene derecho —decía una y otra vez—. Esta es mi propia versión y mi recreación personal de la obra”*.

— Este tipo se nos volvió loco —dijo el director de la orquesta, mientras se bajaba de la tarima.

Al cabo de unos diez minutos de total confusión, el violinista subió hasta la tarima, tomó a Mateus por el brazo y, sin decirle palabra, lo condujo con suavidad fuera del auditorio.

UNDÉCIMO ROUND

A las ocho de la mañana sonó la campana. Fueron tres golpes secos como bronce de cuadrilátero. Era el primer día de clases después de las vacaciones de mitad de año. Los estudiantes, como de costumbre, fueron pasando a los salones. Tras los muchachos de V. A., ingresó Mateus en el aula. Nadie lo podía creer: ya medio ajados por el uso, llevaba bajo el brazo sus libros de español, y en la mano izquierda su guitarra. La misma que, según sus palabras, no servía para tocar conciertos, pues su sonido escasamente daba para acompañar boleros y rancheras. Hacer esto, a ocho días de su fracaso, equivalía a tanto como mencionar en su propia casa la soga aún tibia del ahorcado. Ya dentro del salón, los escolares lo recibieron con un silencio tenso que lo conmovió. Sentía que con este gesto elemental le estaban rindiendo el homenaje que se otorga a los muertos y a los grandes vencidos. Ni un solo comentario fuera de tono, ni una sola pregunta indiscreta, ni una sola alusión al pasado. Tomás, por su parte, también consideró que debía ahorrarse las explicaciones que, por lo demás, nadie le estaba solicitando. Se había hecho el propósito de no hablar ya nunca más del asunto. Al menos, que se acordara, hasta ahora no lo había hecho con nadie; de eso estaba seguro. En las miradas esquivas de los muchachos era posible advertir, sin embargo, los signos de un bien guardado resquemor, y las excoriaciones aún frescas de una frustración no cancelada. Pero, a pesar de todo, callaban. Se limitaban a estar ahí sentados, oyendo en silencio lo que tampoco explicaba su profesor. Aunque la verdad era que Tomás no tenía la menor idea de por dónde empezar; daba los aires de estar divertido, tratando de descifrar con los suyos los ojos evasivos de los estudiantes. Con todo, la situación era incómoda: nadie se arriesgaba a romper con una sola palabra mal dicha, o con un gesto desafortunado el hilo precario que los unía a un sentido mínimo del decoro. Pero Mateus, esta vez, llevaba una ligera ventaja en el manejo de la situación: se paseaba de lado a lado por el salón gozándose, al parecer, en prolongar el silencio, aunque sin ocultar, es verdad, cierta nostalgia recóndita cada vez que miraba hacia el pupitre del profesor, donde su guitarra, dentro del estuche, parecía como difunta dentro de su ataúd.

Después de dos o tres vueltas al garete, regresó a su escritorio para tomar la guitarra, con la

que ejecutó una zarabanda antigua y sentimental. Terminada su interpretación, descargó de nuevo el instrumento sobre la mesa y les preguntó a los estudiantes cómo les había parecido aquella ejecución. Entonces, Fabio Sánchez, el hasta ayer temible Fabio Sánchez, en lugar de tirarle bodoques de tiza como lo hubiera hecho seis o siete meses atrás, se limitó a decir con franqueza que le pareció aburrida. Pidió Mateus otros pareceres, y los muchachos, mudos y tensos hasta poco antes, empezaron uno a uno a hablar, a decir que sí, que eso que había tocado era una música lenta, triste y carente de ritmo. Hasta Fernando Wills se atrevió a abrir la boca para expresar su opinión en el sentido de que esa era música como para un funeral. Terminada la ronda de opiniones, Tomás ensayó una explicación acerca de por qué aquella música que, por otra parte, a él tanto emocionaba, les pareció sosa y sin gracia.

Les dijo, dando a su voz la calidez de una sincera emoción que, tal vez, lo que sucedía era que ellos, coetáneos del rock y de los Beatles, estaban bastante lejanos al gusto musical de aquellas épocas, las que no dudó en calificar como fascinantes, y a las que se refirió como dignas, lo mismo que la nuestra, de conocerse, apreciarse y disfrutarse en todo su valor, *“sumergiéndonos —dijo— en sus profundidades, ocultas por las capas sucesivas del tiempo, del mismo modo que el buzo baja lleno de asombro al fondo del océano para conocer y admirarse ante una hermosura que, tal vez, no ha visto jamás, por andar distraído todo el tiempo con las maravillas que adornan la superficie del agua; épocas en las que están guardadas, como en el fondo del mar, las claves de nuestro pasado remoto”*. Anotación que produjo el milagro de que Martínez Leiva, en lugar de ponerse a rebuznar en clase con estridencias de burro asmático, preguntara interesado por el autor de la obra que Mateus había tocado.

—Un tal Vicente Espinel, amigo Martínez —le dijo el profesor sorprendido—, poeta y músico de renombre, profesor de literatura de Lope de Vega, amigo personal de Miguel de Cervantes, guitarrista de gran fama, inventor, por más señas, de la quinta cuerda del instrumento, con el cual sepultó, según dicen, las ínfulas aristocráticas de la vihuela.

Luego, sin dejar de mirarlo a los ojos con la seguridad de haber dado en el clavo, cogió del pupitre un libro ya amarillo y estragado por los mordiscos inmisericordes de los años, lo

abrió en alguna parte señalada de antemano con la intención de leer, y continuó:

—En *La Dorotea*, que es esta novela que tengo en mis manos, y cuyo autor es precisamente Lope de Vega, si es que recordamos lo visto el año pasado, el famoso escritor afirma lo siguiente: “*Perdónesele Dios a Vicente Espinel que nos trujo esta novedad —las décimas o “Espinelas”— y las cinco cuerdas de la guitarra, con que ya se van olvidando los instrumentos nobles...*”. Que es lo mismo —prosiguió Mateus cerrando el libro— que expresar de manera dramática la nueva situación musical de aquel momento, comprometida, por una parte, en la transición de la polifonía renacentista al preciosismo barroco, lleno de adornos y de gracia incomparables, y, por otra, en la introducción cada vez más creciente de los ritmos populares.

—¿De manera, pues, —intervino *Rompecanillas* Murillo— que eso que usted nos acaba de tocar era en ese tiempo música popular?

—Como lo está usted diciendo —contestó Tomás con gesto satisfecho.

—¿Y quiere decir también —volvió a preguntar Martínez Leiva lleno de curiosidad— que si Espinel fue amigo personal de Cervantes, usted nos hizo escuchar la misma música con la que bailó el autor de *Don Quijote*?

—Es muy posible, amigo Martínez —le respondió Tomás— aunque no le garantizo que sea del todo la misma interpretación.

—¿Por qué no, profesor? —interrogó Aguilera.

—Porque son estos otros tiempos y el intérprete actual, por más que se lo proponga, no puede sustraerse al ambiente, a las ideas, a los problemas y a la sensibilidad de su propia época.

—Ya voy entendiendo —acotó de nuevo Wills— por qué para no aburrirnos el año pasado

con los sonetos de ese tal Lope, que usted nos hacía aprender de memoria, armábamos con ellos una juerga del carajo.

Y como si estuviera recordando viejas épocas, empezó a recitar con la entonación convencional y grotesca con la que los políticos echan sus discursos patrioterros:

*Suelta mi manso, mayoral extraño,
pues otro tienes de tu igual decoro;
deja la prenda que en el alma adoro,
perdida por tu bien y por mi daño.*

Luego, todo el grupo, haciendo eco a la voz de Wills, continuó con el mismo tono de parodia veintejuliera⁴¹:

*Ponle su esquila de labrado estaño
y no le engañen tus collares de oro;
toma en albricias este blanco toro,
que a las primeras hierbas cumple un año.*

Terminado lo cual, Mateus se levantó y, poniendo voz cavernosa de fantasma ultramundano, remató los dos tercetos:

*Si pides señas, tiene el vellocino
pardo encrespado, y los ojuelos tiene
como durmiendo en regalado sueño;*

*si piensas que no soy su dueño, Alcino,
suelta y verásle si a mi choza viene,
que aun tienen sal las manos de su dueño.*

Una carcajada impetuosa y desbordada, como turbión de río represado, redujo a cenizas los rescoldos de tristeza que aún quedaban encendidos. Luego, el lambón del salón, sintiéndose liberado, se dio arrestos para comentar:

⁴¹ Veintejuliera: por analogía al 20 de julio de 1810, día clásico de la independencia colombiana, se refiere a cierta clase de discursos patrioterros, muy del gusto de políticos y politiqueros, cuyas características fundamentales son el tono exaltado y solemne, el verbo grandilocuente y la frase encendida e hiperbólica, a falta, generalmente, de un contenido profundo, pertinente y bien meditado por parte del orador. – N. del A.

—Pasando a otro tema, fue una verdadera lástima que usted no hubiera ganado.

—Perdí el concurso pero los gané a ustedes, y eso para mí ya es mucho —le cortó Mateus con aspereza, tal vez para evitar que se le ajara la voz.

Así que volvió a sus clases y, con el tiempo, como que le fue tomando gusto a lo de ser maestro. Poco a poco se fue haciendo a la idea sin que ni él mismo, casi, se diera cuenta.

Con el correr de los días y de los meses sus clases se fueron convirtiendo en el lugar de encuentro para sabrosas lecturas, que le daban pie para emprender con sus estudiantes excursiones llenas de pasión por los dominios de la historia, de la filosofía, de la literatura, de la gramática, de la música, de la ciencia y hasta de la política.

Una página de la *Celestina* era un buen punto de partida para que hablaran de la España de los Reyes Católicos, en feroz lucha contra el feudalismo, de la magia y de la inquisición; o para que se asomaran durante algunos minutos a los siglos deslumbrantes que dieron origen al pensamiento de la modernidad.

Un soneto de Garcilaso o una oda de Fray Luis de León, los ponía en el camino de regreso hacia lo que fue el ideal de belleza en los tiempos de Platón; les aclaraba lo que significó el acercamiento a la naturaleza por parte del hombre del Renacimiento, o las diferencias fundamentales entre la mística de Fray Luis, de inconfundible cuño italiano, frente al seco talante castellano de San Juan de la Cruz. Algún picante capítulo de *Lázaro de Tormes* era boleto de entrada para asistir a la gran disputa ideológica del erasmismo en la España del siglo XVI. A través de *El Carnero* pudieron reconstruir varios capítulos de nuestra conquista y de nuestra colonia, no siempre bien elucidados por los historiadores al uso, más interesados en mostrarnos una Santafé de Bogotá de misa y chocolate donde, supuestamente, nunca pasaba nada.

El *Nocturno III*, de José Asunción Silva, tal vez nuestro máximo poeta, les servía no sólo para estudiar las consonantes sibilantes, vibrantes y oclusivas, sino para saber la diferencia poética exacta entre este bogotano clarividente y los versos costumbristas e ingenuos del *Indio Rómulo*.

A medida que transcurría el tiempo, y poniéndole buen ánimo a la necesidad de sortear

dificultades y talanqueras que a cada momento se le ponían delante, fue despertando en los estudiantes una incipiente pero cada vez más sólida necesidad de búsqueda. Sabía que cambiar ciertas cosas y echar por tierra prejuicios, algunos en ellos muy arraigados, no era tarea fácil.

Cuánto tuvo que luchar para que sus alumnos fueran aceptando que la de español era una clase tan importante como las de matemáticas o física, Más aún: tuvo que empeñarse a fondo para que los estudiantes dejaran de pensar que eso de leer poesía no los demeritaba como futbolistas, ni gozar con Vallejo tenía que ver con lo de ser o no ser poco varonil, en un colegio donde la clase de español siempre se vio, más que con indiferencia, con abierto desprecio. A base de constancia, pero, sobre todo, de entusiasmo, empezó a sacar uno que otro lector gozoso de Cervantes, Rivera, León de Greiff, Borges, Sábato, Cortázar o García Márquez. Subordinó a este propósito prioritario el desarrollo de los programas, así tuviera que verse abocado, de vez en cuando, a la necesidad de violarlos. Se negó de manera tajante a hacer leer *Mío Cid* en los primeros cursos del bachillerato, con el argumento de que era un libro más propio para especialistas que para despertar al goce de la lectura sensibilidades todavía tiernas.

Fueron descubriendo, poco a poco, que entre Homero y *El Hombre Araña*, Madame Bovary y *El Médico Asesino* había una brecha que no se podía salvar impunemente, sin correr el riesgo de desnucarse. En ocasiones, sin embargo, lo rondaba el fantasma del desaliento. Hacer que los muchachos leyeran se convirtió, al comienzo, en una tarea, esa sí como para Superman, puesto que en el *Liceo Académico*, a todas las dificultades naturales que la enseñanza del español genera en cualquier parte, se añadía la casi invencible de ser el colegio un santuario de culto al poder muscular y microcosmos donde todo se medía con el rasero de la competición deportiva. Todo ello sin contar con el hecho de que, con más frecuencia de la deseable, los Martínez Leiva, los Wills o los *Rompecanillas* Murillo intentaban recuperar el terreno perdido. Pero esta vez ya fue a otro precio. Aprendió de *Monsieur* a hacer respetar la clase a base de calidad académica y del manejo de esa especie de sabiduría sutil que lo llevó, en adelante, a guardar el justo medio entre la necesidad de ser amable y accesible, pero sin dejarse manosear por nadie. Sobre el particular solía citar una frase certera del viejo maestro de francés: *“El secreto en el trato con los estudiantes consiste en tener con ellos mucha amabilidad, mucha comprensión, pero ninguna*

familiaridad".

Hizo también de su clase de español una cátedra de valores humanos. Les demostró la superioridad y nobleza del diálogo por encima de los recursos de la fuerza bruta en el momento de solucionar dificultades y conflictos. Les hizo ver que lo más importante en la vida no es competir y ganar, sobre todo si están ausentes de la relación con nuestros semejantes el respeto por el derecho del otro, la cortesía y cierto sentido de la *píetas* humana de que hablaba Lucrecio, hoy casi del todo ausente de la sensibilidad de estos tiempos, tan crudamente descritos en *La Naranja Mecánica*.

Hizo de la guitarra su aliada, siempre que hubo necesidad de establecer puentes de comunicación entre los estudiantes y él, o cuando se propuso hacerles vivir por ellos mismos el sentido de unidad que subyace en todas las formas del arte y del conocimiento. Así, pues, era su mano derecha a la hora de mostrar en clase de literatura, cómo los procedimientos estéticos utilizados por Cervantes en la descripción barroca de la Cueva de Montesinos, son esencialmente los mismos de los que echó mano El Greco en su pintura manierista, o Juan Sebastián Bach en alguna de sus partitas; o cuando tuvo que explicar en fonética las características físicas del sonido que interviene en la producción de la voz humana.

De este modo, pues, entre lecturas y guitarra, discusiones, comentarios y hasta chistes, varias veces lo sorprendió el rector durante el mes de octubre haciendo caso omiso de la orden perentoria de rezar el rosario durante la primera hora de clase. En lugar de los padrenuestros y avemarías que el doctor esperaba de la boca de maestro y estudiantes, saltaba por aquí un trozo de Homero, por allá un verso de Machado, o una estructura gramatical.

En su entusiasmo, logró contagiar y ganar para sí algunos de sus colegas, porque, entre otras cosas, con su manera de enseñar educaba en la solidaridad, al demostrar que el músico es hermano del físico, el filósofo del matemático y el literato del historiador.

En las juntas de profesores solía armar unas discusiones de lo más sazonadas con sus apreciaciones y búsquedas metodológicas. Nadando contra la corriente, abandonó el libro de texto como camisa de fuerza para el desarrollo de sus programas, decisión que le trajo no pocos dolores de cabeza con las directivas del plantel y hasta con los funcionarios oficiales, que alguna vez supervisaron sus clases, en el marco de una visita institucional al

plantel. Después de la inspección de rigor, los escandalizados burócratas pasaron un informe negativo sobre su desempeño docente, con el argumento de que el profesor Mateus ignoraba adrede las directrices metodológicas del Ministerio de Educación Nacional.

Cuando el rector del colegio leyó aquel memorial de agravios contra la pedagogía de Mateus, decidió llamarle públicamente la atención en una junta de profesores.

Luego de escuchar la reprimenda, Tomás se defendió con aquello de que él quería sentirse educador a la manera de Sócrates, *“Vivificador –dijo— de la vida mental y espiritual de mis estudiantes, formador, no instructor, de seres humanos libres, sensibles, solidarios y audaces, capaces de ayudar a construir una patria nueva, grande y autónoma. Entiendo, como lo afirmó Sócrates —siguió diciendo— que el conocimiento es un parto, y como todo parto, es doloroso, aunque prometedor, en el que el papel del maestro no es otro que el de oficiar de partero para que el estudiante dé a luz un conocimiento lleno de sorpresas, que, como ustedes suponen, riñe abiertamente con esa especie de autómatas repetidor de datos inconexos y perdidos en los meandros de una memoria que se ha peleado desde hace tiempos con la inteligencia y con la vida, para ayudar a rescatar, desde mi modesto oficio de orientador, la posibilidad de sacar a flote una visión del universo, de mundo y del hombre con un sentido de referencia coherente hacia la unidad esencial latente en todas las cosas, y capaz de ser percibida sólo por quien es capaz de desarrollar la facultad de ver abarcando, más allá del simple dato, y por encima de la endeble capa de solidez que nos proporciona la fidelidad obsecuente a vetustos moldes escolares, los cuales, en lugar de convertirnos en dominadores de una realidad firmemente atada a los lazos sutiles de la vida, nos convierte en náufragos sin esperanza en el vasto mar de tempestades y maravillas donde se ha desarrollado y se sigue desarrollando la apasionante aventura del hombre sobre la tierra”*.

ÚLTIMO ROUND

Serían tal vez las cuatro de la madrugada de aquella noche de borrachera imposible de olvidar. Quedaban por el cuchitril, como despojos de una guerra perdida, siete botellas vacías de aguardiente, los pedazos de vidrio de unas cuantas copas vueltas añicos, gracias a las acrobacias de un cuaderno maltrecho, una guitarra por el suelo y diez o doce azumbrados más muertos que vivos, en trance de querer dormir, o ya definitivamente dormidos.

El silencio había ido carcomiéndonos el alma después del eclipse de las tempranas euforias, y a medida que la algazara de las carcajadas se iba diluyendo en la lobreguez aplastante de los tangos.

Habían cesado también el sonsonete del aguacero sobre el techo de zinc, el zigzagueo de las culebrinas eléctricas y el estruendo conminatorio de la tronamenta. Sólo, de rato en rato, algún inofensivo resplandor iluminaba precariamente el firmamento, como si se tratara de los últimos fogonazos de una confrontación entre poderes de otro mundo, cuyos resultados nada tuvieran que ver con la suerte de los que, a esas horas, dormían o pretendían dormir el sueño beatífico de los borrachos.

Uno que otro iluso se aferraba aún a la utopía de alguna conversación, cuyos rumbos, por lo demás erráticos, no conducían ya a ninguna parte. Sentados en lo que al principio de la noche pudo ser un círculo, y con el desgonzado desgarbo con el que se suele acomodar en su asiento el beodo que está a punto del abandono, descabezaban su primer sueño los miembros de la plana mayor de la esquina del hasta esa tarde favorito Tomás Mateus. Después de las libaciones de rigor y de los brindis por la buena salud de todo el mundo, ahí estaban sin saber de dónde eran vecinos, el violinista, convertido ahora, por culpa de Mateus, en fracasado director de quimeras. Dos asientos a su izquierda reposaba Rafael Pinedo, guitarrista clásico en las horas del día y serenatero vergonzante durante las de la noche. Frente a mí, y con los ojos puestos en la puerta de salida, lucía doblegado Teófilo Bedoya, neurasténico armonizador de sonidos inútiles. Y por el lado derecho del violinista, cabeceaba el negro cimarrón, preparador físico del eliminado, cuyo colmillo áureo había dejado ya de brillar por culpa de esa pátina verdosa con la que la tristeza es capaz de

empañar hasta las refulgencias más nítidas. También nos honraban con su *desinteresada* presencia cinco o seis gotereros⁴² profesionales, de esos que huelen a leguas el alcohol, los que, sin saber cómo, dónde y a qué hora, resultaron, según dijeron, admiradores devotos del arte guitarrístico de Mateus.

Tomás, por su parte, luego de una noche en la que no pudo estar más desafortunado, como quiera que le dio la borrachera por maltratar su guitarra, por cantar a grito herido canciones de burdel y por tratar de leernos apartes de su cuaderno, terminó hacia la madrugada devolviendo honores en la mitad del cuarto, al tiempo que daba unas arcadas tan vehementes, que no parecía sino que en cada una de ellas estuviera arrojando con dolor el alma.

Luego perdió pie, porque se fue hundiendo poco a poco, y sin que pudiera hacer nada por evitarlo, en la laguna turbida de un soliloquio que él pretendió en algún momento fuera dialogo. Trataba desesperadamente de hacerse oír, de hacerse entender en medio del sopor de una docena de atronados, quienes, más que poner atención a cuanto Mateus intentaba tardíamente explicar, estaban interesados en que los dejaran dormir en paz su rasca⁴³.

Este esfuerzo fallido por comunicarse, este dramatismo con el que pretendía llamar la atención mientras hablaba, ya tratando de despertar al uno, ya invocando por su nombre al otro, era lo que daba a Tomás cierta apariencia de no hallarse del todo fuera de sus cabales, pues, si lo juzgáramos por lo que dijo, a veces me da por pensar que no podía hallarse más chalado.

De vez en cuando el violinista, dormitando como la perdiz, con un ojo cerrado y el otro en vela, trataba de seguir con visible esfuerzo el hilo de lo que Mateus intentaba decir, luchando por hacer valer la voz por encima de los ronquidos desaforados del negro, quien a esas alturas de la madrugada navegaba, al parecer con éxito, por los piélagos ineluctables de sus propios sueños.

Yo, entre tanto, también fingía dormir, como sospecho lo estaban haciendo otros que no deseaban ser importunados por lo que, pareciendo una explicación, sólo daba trazas de ser el desvarío extemporáneo de un músico alcoholado.

⁴² Goterero: coloquialismo que alude a cierta clase de bebedores, de esos que jamás pagan la cuenta, por lo que siempre beben a costa del bolsillo ajeno mediante la treta de hacerse invitar o de autoinvitarse a las fiestas y reuniones donde ofrecen licor. – N. del A.

⁴³ Coloquialismo para borrachera. – N. del R.

Hoy, a pesar de todo, no podría estar seguro de tal cosa, sobre todo después de haber hablado por extenso con el violinista acerca del particular, y de haber reflexionado con preocupación sobre la extraña coherencia íntima de su discurso. “*Está bien que así sea — me dijo el maestro en algunas oportunidades en las que tocamos el tema—. En este mundo de rarezas hay cosas de las cuales no puede sentirse uno demasiado seguro*”. Ahora estoy por pensar que, al hablarme así, sus buenas razones tendría. Otros de los contertulios, que por no estar aún dormidos tuvieron la oportunidad de escuchar a Mateus, así fuera de manera parcial, piensan de otra manera. Para Bedoya, por ejemplo, el caso tipifica la clásica laguna mental causada por el alcohol. En la versión de *Becquadro*, Mateus perdió por algún rato el uso de la razón, afectado, como se encontraba, por lo difícil de la situación, y aguijoneado por esa proclividad enfermiza que él también observaba de tiempo atrás en Tomás, hacia cierta forma de parloteo solitario y enajenado. Yo, que intenté varias veces aclarar con él el significado de lo que le escuché aquella madrugada de alucinación, no he tenido mucha suerte, pues siempre se negó a hablar de manera categórica del tema, con la disculpa, para mí no tan convincente, de que ya no recordaba nada. Algo capté en el tono de su voz que sonaba a coartada. Esa vehemencia para negarse a hablar me puso en el camino de sospechar que él, indescifrable hasta el último día que lo vi, decidió reservarse para sí la aguda punzada de alguna “*espina dorada*”. Esta es la fecha en la que ya no sé qué pensar de todo esto, toda vez que Mateus aquella madrugada, como si al fin se hubiera decidido a dar una respuesta definitiva a los requerimientos y acosos a que lo sometimos entre todos al filo de las dos de la mañana, en el sentido de que nos dijera de una vez por todas qué fue lo que le sucedió aquella tarde de pesadilla, explicación que creo, en el fondo siempre quiso eludir, aunque sin convencer a nadie, con la artimaña infantil de su cuaderno, empezó a hablar de aquel momento de escalofrío en el que, estando para finalizar de manera magistral el segundo movimiento del *Concierto de Vivaldi para guitarra en Re mayor*, momento que todo el mundo coincidió en calificar como el más brillante de toda su presentación, habiendo llegado, según su propio testimonio, a los últimos cinco compases de ese malhadado tiempo intermedio, y cuando ya estaba a punto de dar el remate más hermoso de que se sentía capaz al conmovedor monólogo que hace la guitarra a través de todo el Largo de ese movimiento, pues, según sus propias palabras, no sólo se encontraba en estado de máxima concentración, sino que aplicaba, como nunca hasta entonces lo

consiguió, un muy depurado vibrato que nos tenía a casi todos como alelados, quiero decir, como suspensos en un estado de levitación, de éxtasis acústico o de empatía sonora, empezara a vacilar, a querer perder el paso, a tropezar, a descomponer su maestría en la ejecución de sonidos sucios, imposibles del todo en un guitarrista de sus calidades y preparación, a hacer gestos de desconcierto en un principio, de impaciencia después y de franco desespero a lo último, situación que lo condujo al espectáculo bochornoso de ponerse a gesticular como si se hubiera vuelto loco, a decir cosas inconexas, acabando de esta manera por destrozarse su, hasta entonces, incomparable ejecución, lo cual provocó, finalmente, el caos de la orquesta, las iras del director, el desorden del público que no acababa de salir de su asombro al ver cómo Mateus, después de haber causado tan fenomenal despelote, se levantó desencajado y empezó a alegar de la manera más incomprensible y extraña con algo, o mejor, con alguien al parecer ubicado en un sitio no muy bien determinado del auditorio, hacia donde se dirigían sus manos, su mirada airada y sus vociferaciones.

Hablaba Tomás al principio con dificultad, de manera sinuosa, como si no acertara a encontrar las palabras, como si tratara de eludir algún aspecto sobre el que tuviera algún motivo para guardar silencio, o como si se empeñara en aproximarse al asunto mediante revoloteos indecisos, pues, a medida que exponía, fue hilvanando un discurso tortuoso, plagado de elipsis innecesarias, de expresiones herméticas y de silencios difíciles. Después se soltó en una parrafada fluida y desconcertante.

“Si un rayo lo hubiera partido —empezó diciendo—, ahora no estaríamos en esto... Hubiera sido tan fácil, alguna persona, no sé, tal vez el celador, debió haberlo atajado antes de que entrara a buscarme la bronca... Oiga, señor, ¿para dónde va usted? Perdona, pero así no puede pasar. ¿Y todavía me pregunta por qué? Hombre, ¿es que no ve cómo viene vestido? ¿Quién es usted? ¿Cómo dijo? No me haga reír. ¿Por qué no dice que se llama Bolívar o Napoleón Bonaparte? Bueno, ya está bien, ¿en qué lo puedo ayudar? Sí, estamos en un concierto, en la final de un concurso, le ruego no interrumpir. No insista, por favor. Váyase por donde vino antes de que me vea obligado a llamar a un policía. ¿Que esa música qué? ¿Que lo están tergiversando? Francamente no le entiendo. Mire: ¿Por qué no me hace caso y se va? Con haberle hablado en ese tono, tal vez hubiera

bastado. Por desgracia no fue así... Llegar ese señor... Uno siempre tan de malas, preciso en ese momento, cuando estaba tocando tan bien... Faltaba poco para el final: cinco míseros compases... Cuando todo era perfecto. ¿Cómo pudo suceder? Fue algo muy confuso, demasiado rápido, no tuve tiempo de asimilar, de reponerme del garrotazo... Los últimos cinco compases, antes del trino que ya estaba a punto de hacer salir desde lo más hondo de mi alma... Un tremor que ya empezaba a subir como lava de volcán, como un quejido en la noche. Luego, lo iba a hacer bajar como ese magma caliente que baja por las laderas después de la erupción, hasta llevarlo a morir en una suave nota final. No pudo ser de otra manera... Como nunca imaginé, como ni siquiera jamás soñé en mis noches más negras. Aunque, mirándolo bien, eso no es lo peor. Lo grave es no saber el por qué. No tener una razón. Por ejemplo, 'Sí, Tomás, qué le vamos a hacer, pero aquí está la explicación...'. Si alguien me lo dijera... Sucederme a mí, no a otro, precisamente a mí. ¿Por qué no al caleño? ¿Por qué no a Oswaldo Aguirre? Después de tantos meses de ensayo, después de haber acariciado un sueño tan inmenso durante un tiempo tan prolongado... Como para volverse uno loco... Cuando más cerca estaba que nunca de concretar mi ilusión... Un sueño que fue cuajando con el correr de los años, que fue tomando cuerpo mes a mes, hora a hora... Cuántas veces me lo dije mirándome en el espejo: es tu reto Tomás. Tienes que recoger ese guante... Terminarás por hacer de su música tu voz, tu propia voz personal. Por eso desde pequeño su fantasma me persiguió; me seguía a todas partes: en el día, en la noche, todo el tiempo en mis oídos martillando sin parar, siempre saltando en mis dedos como un duende juguetón. Hasta que ese concierto se me convirtió en obsesión. Siempre estuve tan seguro de que el día iba a llegar, de que alguna vez lo tocaría como si yo hubiera sido su autor... Tal vez eso le molestó; eso, tal vez sea lo que no pudo soportar. Estaba tan resentido, tan poco dispuesto a comprender, tan insufriblemente arrogante... Cura tenía que ser. No entiendo por qué ni de qué me acusaba... Hay gente tan misteriosa, tan del todo indescifrable... Cuando yo sólo quise expresarme, hacer de su concierto el instrumento de mi voz. Nunca pretendí irrespetarlo, ni estuvo en mis planes tergiversarlo. Porque eso me gritó cuando llegó como loco a desbaratar el concierto... Pienso ahora también en mi cuota de culpa: debí preverlo, debí aguzar mi perspicacia, poner a funcionar la intuición. Yo que sabía cómo era su manera de ser. Creo que fue un error haberme metido con él: tan trascendental, tan infantil, tan

ridículo y cositero... Cura tenía que ser. Debí escoger a otro compositor un poco más tolerante, más abierto a los signos de estos tiempos, con algún sentido de imaginación. Tal vez Bach. Ese hombre es buena gente. Hasta me hubiera entendido. Hombre, era tan sencillo: sólo aspiraba, valiéndome de su concierto, alcanzar el punto más alto de mi capacidad de comunicar, de expresar mi mundo a través de esos sonidos maestros. Para eso me preparé a conciencia, por eso escogí su concierto... Siempre pensé que era el más adecuado, el más permeable a una gama amplia de posibilidades expresivas. Supuse siempre que a través de él iba a alcanzar uno de esos raros momentos que logran de tiempo en tiempo sólo ciertos artistas en situaciones muy especiales. Tárrega lo alcanzó una noche memorable en La Alhambra, con su famoso trémolo en la; María Luisa Anido en París, con su Asturias de Albéniz, John Williams en Nueva York con el Concierto de Aranjuez. Estaba convencido de que ahora era mi turno... Ese fugaz cuarto de hora que a todo el mundo le llega solamente una vez... Ese dramático instante en que todo confluye a nuestro favor, llamado a quedar por mucho tiempo en la memoria de la gente como un hecho inolvidable... Un hito, algo muy original, un recuerdo imborrable, Pudo ser ayer... A las siete de la noche... Pero no lo fue... ¿Quién hubiera podido volver a vivir un instante como ese? Imposible repetirlo... A pesar de las grabaciones magnetofónicas, a despecho de la buena intención de esos señores de la televisión que grababan su videocasete. Porque la grabación es a la música viva lo que la fotografía al muerto: escasamente su sombra.

Pienso ahora en los periódicos, en lo que dirían hoy cuando amanezca: 'Histórico concierto del maestro Mateus, ayer ... , El guitarrista colombiano Tomás Mateus, en una demostración sin antecedentes de sus condiciones de ejecutante depurado, y haciendo gala de una técnica sin concesiones, dueño de una coloratura musical de amplio espectro, ejecutó con gran maestría el Concierto de Vivaldi para guitarra en Re mayor, durante la final del Primer Concurso de Guitarra Clásica que finalizó ayer, circunstancia que le valió ser consagrado por la crítica especializada como uno de los virtuosos más grandes de este país y como uno de los guitarristas más promisorios en el ámbito latinoamericano, Pero, ¿qué es lo que van a decir los periódicos de hoy? Cosas como ésta: 'El guitarrista Tomás Mateus, inmenso favorito para adjudicarse el Primer Concurso Nacional de Guitarra, cayó anoche de manera espectacular, víctima de sus propios nervios'. Y más abajo: ' Cuando

todo hacía suponer que culminaría con éxito su presentación, sufrió un bochornoso e inexplicable traspies, a sólo cinco compases de concluir el segundo movimiento del Concierto de Vivaldi para guitarra en Re mayor, accidente que lo obligó a cortar abruptamente su hasta entonces impecable interpretación, y le arrebató toda posibilidad de ganar el concurso. Tan severo revés, en opinión de observadores especializados y de críticos, sólo puede explicarse, a partir de un repentino ataque de nervios, de un episodio poco frecuente de amnesia, o de algún extraño desorden emocional. El descontrol del artista fue de tales proporciones, que tuvo que ser retirado del recinto, casi que a la fuerza por su propio maestro, el violinista Florentino Rodríguez, pues sin que nadie supiera la razón, el exaltado Mateus se empeñaba en discutir con algún espectador, aún no identificado, y por razones del todo desconocidas’.

Quiero desafiar a la prensa a que diga la verdad, a que muestre la otra cara de los hechos, la real. Quiero emplazar al señor Vivaldi a que regrese y debatamos públicamente nuestras diferencias ante los medios de comunicación. Porque no es justo que me haya hecho esto. No considero aceptables ni su grosería ni su intromisión. Ustedes fueron testigos; ustedes se dieron cuenta de lo ocurrido. Por eso me parece tan extraño que ahora me salgan a preguntar qué fue lo que me pasó. Pero, claro, es más cómodo no enfrentar la verdad. Resulta menos comprometedor decir, por ejemplo: todo fue un problema de nervios, o, a Mateus se le olvidó un trozo de la partitura, o cualquiera otra simpleza de ese tamaño. Y lo que me faltaba: que resulten con el cuento de que me volví loco. ¿No les parece el colmo del cinismo? Pero no importa. Pienso ir mañana a El Tiempo y a El Espectador a pedir que publiquen la verdadera versión, invocando la ley de prensa y el derecho que todo ciudadano tiene de salir en defensa de sus fueros cuando se siente lesionado. Pienso escribir una cosa como esta: ‘El guitarrista colombiano Tomás Mateus, finalista del Primer Concurso de Guitarra Clásica que concluyó ayer en Bogotá, resultó víctima de una injustificada agresión verbal por parte del compositor Antonio Vivaldi, cuyo Concierto en Re mayor para Guitarra y Orquesta ejecutaba en ese momento a la altura del segundo movimiento, y en el marco de la jornada final del mencionado evento. Según la versión de testigos confiables, faltando algunos instantes para finalizar el Largo del segundo movimiento y cuando todo marchaba dentro de la normalidad, entró al recinto por el

pasillo izquierdo del auditorio, de manera tan sorprendente como grosera, un hombre pintorescamente vestido que hacía ruido con los tacones al caminar. La primera impresión, a juzgar por las apariencias, es la de que se trataba de un folclórico demente, que, sin saberse el motivo, logró acceder al interior del auditorio, burlando, al parecer, la vigilancia del celador. Vestía de modo extraño, pues su traje, aunque limpio y elegante, resultaba del todo anacrónico para nuestros días. Daba la impresión de tratarse de un hombre de los años mil setecientos, extraviado en nuestro siglo. Portaba, como todo el mundo pudo verlo, un amplio y negro vestido talar que contrastaba con el color encarnado de su manteo. Llevaba sus zapatos adornados con sendas hebillas de plata, y el cabello bermejo recogido por detrás en un generoso moño, que sostenía con un lazo de terciopelo. Por su traje daba la impresión de tratarse de un eclesiástico, con la particularidad de que su rostro desenvuelto y de hombre de gran mundo, reñía con el talante levítico de su indumentaria. Una vez dentro de salón, sorprendió a todos los asistentes con su petición de que se suspendiera el concierto. Aunque el guitarrista Mateus intentó ignorar, en un principio, el exabrupto y seguir adelante, su esfuerzo resultó inútil, toda vez que el pelirrojo insistía a grandes voces en que lo que se estaba tocando no era así, que eso no pasaba de ser una tergiversación inaceptable y otras sandeces de este jaez, ante lo cual, Mateus se levantó de su silla para pedir a alguna persona retirar al demente de la sala. El pintoresco personaje no sólo no se salió, sino que, dando visibles muestras de haber aumentado su enojo, empezó a vociferar diciendo que lo respetara, que él no era ningún loco, sino Antonio Lucio Vivaldi, hijo de Giovanni Battista Vivaldi y de Camilla Calicchio, natural de Venecia, violinista como su padre, y autor, entre otras muchas obras, del concierto que se estaba tocando. Afirmó que estaba allí por encontrarse extraño de que músicos ineptos desfiguraran sus obras. El guitarrista Mateus, quien a estas alturas ya empezaba a entender de qué se trataba, le salió al paso a tan desobligante infundio, invitando al sujeto a verificar sobre la partitura si él había alterado una sola nota de la obra original; argumento que eludió el señor Vivaldi, al decir que no se trataba de eso, que él como autor del concierto se percató de qué se puso o de qué se quitó de su partitura con sólo oír; que estaba en capacidad de reconocer públicamente que, en lo que a fidelidad textual era del caso, no tenía reparo alguno qué hacer, al menos hasta donde escuchó, pero de lo que si se dolía como autor era de que el señor Mateus hubiera contaminado el

concierto de basura sentimental, de ‘retórica sonora’, según sus propias palabras. Que él dejaba en claro que la clave para ejecutar sus obras debía buscarse en el virtuosismo, entendido como suprema habilidad en el manejo del instrumento, y en la ecuanimidad de una mente que necesitaba ceñirse a los cánones más exigentes de la objetividad musical, concebida, según sus propias palabras, como ‘imitación de la naturaleza’. Que lo que apreciaba ahí era que, aunque su concierto fue pensado y escrito para hacer brillar con luz propia al solista, Mateus desaprovechó de manera lamentable tan magnífica oportunidad, así lo dijo, ‘por ponerse en el embeleco de mezclar de manera indebida el virtuosismo instrumental con una sensiblería ajena, por completo, a la época en la que lo compuse’; apreciaciones que el señor Mateus rechazó con firmeza, por considerar que lo que él quiso expresar al ejecutar ese el concierto, particularmente el segundo movimiento, de ninguna manera lo fuera a confundir con sensiblería, sino que era la consubstanciación natural en la obra de su personalidad musical, de la de él, Tomás Mateus, hijo de su tiempo, responsable de su propio mundo y no plagario de sensibilidades ajenas, perdidas ya en las neblinas de los siglos pretéritos, aprovechando, de paso, para enrostrar al señor Vivaldi su miopía para entender estos tiempos, su rigidez mental, su incapacidad de viejo decrepito para adaptarse al lenguaje de la contemporaneidad, al impedir, por qué no, que sus obras se recrearan libremente de acuerdo con el sentir de cada intérprete, rezagos, sin duda, de esa estrecha óptica de su época, presidida por la cultura del Iluminismo, con su fe exagerada en el poder de la razón, con su nostalgia de un naturalismo cándido que predica la existencia de una supuesta ingenuidad primitiva, patente algunos años más tarde en ese adefesio roussoniano del buen salvaje, anacrónico del todo para estas épocas de conflagraciones atómicas, de apocalipsis mortal del medio ambiente, de monstruosas mentiras políticas en nombre de la libertad y de la justicia, por parte de superpotencias interesadas solamente en la repartición del mundo, del exterminio de naciones enteras por hambre, de millones de jóvenes sin futuro, donde por ninguna parte se ha concretado la alegre monserga burguesa de la libertad, igualdad y fraternidad; donde nadie respeta el derecho de nadie, donde la tortura sigue siendo institución; recordándole, de paso, cómo su paisano y coetáneo Giovanni Battista Vico, a quien él debió conocer, o al menos oyó mencionar, en el Séptimo de sus Discursos Inaugurales que escribió bajo el título ‘De nostri temporis studiorum ratione’, por allá en 1708, si mal no recordaba, el mismo año en

que él, Antonio Vivaldi, estaba componiendo sus doce sonatas para violín y bajo continuo, proponía como base del desarrollo del pensamiento y del arte nada menos que el 'Estro', esto es, el 'Ingenio', entendido como facultad para descubrir lo nuevo, y que precisamente eso era lo que él, Tomás Mateus, trató de hacer, dando una versión del Concierto en Re, que si bien respetaba con rigor el texto de la partitura, no podía sustraerse al ambiente y al sentir que se respira en estos tiempos a la hora de darle a esa obra expresión musical, en apoyo de lo cual le recordó al señor Vivaldi cómo algunos años más tarde, y tal vez a consecuencia de las formulaciones teóricas de Vico, el propio abate Vivaldi, o mejor, el señor Vivaldi, pues aunque se ordenó de sacerdote jamás ejerció, había aceptado utilizar en su música el mismo término de Vico, cuando denominó 'L'estro armònico' a su célebre opus 3; que si ya se le había olvidado que toda su producción musical no fue sino una ardiente y constante búsqueda de la novedad, razón más que suficiente para que él se hubiera enamorado de su música, en desmedro de su también muy honda aunque dubitativa afición por el canto gregoriano. El abate Vivaldi, perdón, el señor Vivaldi, dando muestras de visible enojo, interrumpió con acritud al guitarrista para aclararle que, si bien lo que acababa de decir era cierto, tal búsqueda de la novedad la entendiera como guiada por las luces de la razón, y no sustentada, como lo acababa de comprobar, en un snobismo fútil, cuya finalidad no era otra que la de asombrar a toda costa, pues si bien el Largo de su segundo movimiento del Concierto en Re se prestaba para imprimirle cierto suave sentimiento, producto de un sereno arrobamiento del alma ante la contemplación de la naturaleza, ello no quería decir que lo desfigurara con una carga afectiva, ajena, por lo demás, al espíritu de la época y a su propio talante humano de compositor; planteamiento que de ninguna manera impresionó al maestro Mateus, puesto que tuvo los arrestos suficientes para recordarle, por si le fallaba la memoria, cómo Vico, su paisano y coetáneo, había hecho en sus escritos una defensa categórica del derecho individual a la expresión personal, lo que implicaba en él un concepto muy humano del arte, pues en Vico, explicó, el hombre como ser individual adquiere conciencia cada vez más creciente de su importancia en la sociedad; argumentos que recogió Vivaldi con la advertencia de que eso que acababa de escuchar era otra tergiversación, esta vez de su paisano, pues, si bien Vico defendió el derecho a la expresión personal, sólo lo hizo desde el ángulo confiable y objetivo de la razón, que era, según él, el único medio a través del cual se puede dar rienda

suelta a los impulsos de la creación; precisión que lo llevó a afirmar que, al parecer, Mateus había olvidado que su música sólo tenía sentido y viabilidad como imitación de la naturaleza, en corroboración de lo cual estaba el caso de sus 'Cuatro Estaciones' ; razonamiento que matizó Tomás Mateus con la aclaración de que, si bien en eso dijo verdad, no se olvidara que por naturaleza se entendía ante todo los estados del alma, y que a eso se ciñó él en la interpretación de su concierto; por lo cual creía que era totalmente injustificable, además de descomedida, la agresión de que acababa de ser víctima. Antonio Vivaldi, entonces, haciendo un grande esfuerzo por recobrar la serenidad le advirtió que, aun aceptando esa tesis, lo que era necesario dilucidar era de cuáles estados del alma se trataba, si los del autor o los de su intérprete, pues, hasta donde él era consciente, jamás había renunciado a la paternidad de ninguna de sus obras, todas ellas trasuntos de él, Antonio Lucio Vivaldi, natural de Venecia, la ciudad de Venus, es decir, la ciudad del placer, contemporáneo de Casanova, compositor de muchas y bien caracterizadas obras, entre las que se destacaba el conjunto de sus conciertos, algunos de ellos con títulos tan significativos como *Il Piacere*, *L' amoroso* o *Il Riposo*; puesto que, desde que nació, había respirado el ambiente sensual y orgiástico de una Venecia reconocida desde siglos como esposa del Adriático por una tradición que Casanova y él conocieron de sobra en su tiempo, y según la cual, cada 15 de agosto, a dos millas de Venecia, en pleno Adriático, tenía lugar el *Sponsalizio del Mare*, en el que el Dux de Venecia arrojaba al mar su anillo de oro, a manera de esponsales, mientras pronunciaba las palabras rituales de compromiso; ceremonia de la cual, así dijo Vivaldi, 'el guasón del Casanova muchas veces se burló', con la perla de que ese matrimonio no era válido porque faltaba el consentimiento de la novia; a no ser que, merced a los buenos oficios de alguna tempestad, el Dux se fuera de cabeza al agua, único modo de garantizar la consumación del matrimonio; cópula que, según afirmó Vivaldi en son de chiste, haría desternillar de la risa a Europa entera; de todo lo cual, dijo ya en tono más serio, el guitarrista Mateus podría deducir cuál era la sensibilidad y el ambiente en los que él estuvo inmerso cuando compuso el *Concierto en Re mayor*, 'yo Antonio Lucio Vivaldi, así lo confieso, cura por conveniencia mas no por vocación', quien durante veinticinco años nunca dijo misa, con la disculpa medio forzada de un asma nerviosa que lo obligó, según contó, a retirarse del altar en tres oportunidades antes de la consagración; disculpa que dizque le creyeron, a

pesar de que por fuera de la iglesia el asma nunca lo molestó para andar de arriba a abajo rodeado de mujeres, enseñando violín, haciendo música y, sobre todo, haciendo el amor en el Ospedale della Pietà, una institución, contó refocilado, que albergaba más de setenta hembras, muchas de ellas hermosas, entre las cuales él siempre supo andar como Pedro por su casa durante los treinta y seis años que trabajó en la institución, sin que lo molestara el asma jamás; enfermedad que sólo lo atacaba cuando se disponía a celebrar el Santo Sacrificio, pero que nunca le puso problema cuando recorrió Europa de la Ceca hasta la Meca en compañía de seis damas solícitas a los apremios de cualquier conato de ahogo, aunque siempre figuraron de manera oficial como 'las enfermeras del abate Vivaldi'; aspectos de su vida, dijo, que se tomaba la molestia de contar para ilustrar con claridad hasta qué punto era descabellada la pretensión de Mateus de imprimir a su concierto, así lo dijo, 'las tintas melodramáticas de un novelón de folletín, más a tono con sus frustraciones inconfesables de maestro, que con el espíritu alegre y descomplicado de casi toda mi música'. Que si quería hablar con voz propia lo correcto era, como él lo hizo en su momento, que yo compusiera mis propias obras, en lugar de tergiversar las ajenas. Entonces Mateus, sintiéndose tocado en la llaga más dolida de su amor propio, y haciendo de tripas corazón, le respondió que si algo le debía él a la música era el haberle iluminado el camino para llegar a la pedagogía, entendida ésta como posibilidad radical de intercomunicarse y de actuar en beneficio de la humanización de él mismo y de sus estudiantes. Que lo invitaba a deponer su ingenuo punto de vista, a menos que estuviera interesado en perder otra vez la vida. Le puso ante los ojos el hecho perturbador de que si a él, Antonio Vivaldi, se le dio la segunda oportunidad de volver a vivir, ello se explicaba, en parte, gracias a su música, pero, sobre todo, a los miles de intérpretes, y a los millones de oyentes que, como él, Tomás Mateus, andaban por el mundo conservando encendida esa frágil pero real forma de seguirlo manteniendo vivo, que algunos llaman memoria y otros llaman recuerdo. Que se acordara que él estuvo bien muerto desde la tarde del 29 de julio de 1741 en que enterraron sus restos mortales, hasta los primeros años del siglo siguiente en que, gracias a otra resurrección, la de Bach, ocurrida el viernes santo de 1829, cuando Mendelssohn lo devolvió a la vida mediante la ejecución de la ya por muchos años sepultada 'Pasión según San Mateo', dirigiendo la orquesta de la Gewandhaus, de Leipzig, produjo una impresión tan inolvidable, que, de inmediato, dio pie para que desde entonces

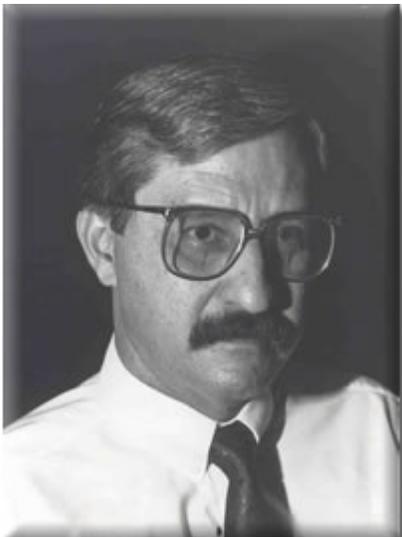
comenzara una admiración sin límites por Juan Sebastián Bach, lo que, de carambola, dio ocasión para que se supiera años más tarde que el músico alemán había estudiado, admirado y transcrito la música de un tal Antonio Vivaldi, muerto y enterrado no sólo en el cementerio de Viena, sino en la fosa más tenebrosa del olvido, donde permaneció por algo más de cien años. Que lo retaba públicamente a demostrar que era capaz de no dejarse morir de nuevo por segunda y tal vez definitiva vez, sin el concurso de todos aquellos músicos y oyentes que, como él, seguían tocando sus obras. Cuando Vivaldi escuchó estas palabras dio media vuelta y abandonó la sala’”.

NOTA AL MARGEN

Cuando regresamos al *Liceo Académico* en febrero de 1970, después de las vacaciones de navidad, nos enteramos de que a Tomás Mateus le habían cancelado el contrato.

Ese muchacho era hasta buena persona —nos dijo el doctor a manera de explicación—, pero no fue capaz de trabajar según la filosofía del Colegio. Es una lástima. Me tocó decirle que se fuera con su música a otra parte.

ANTONIO IRIARTE CADENA



Profesor Titular de la Universidad Surcolombiana, ha sido durante algo más de 25 años un destacado Maestro de Literatura. adscrito a la Facultad de Educación de dicha Universidad. Como parte de su ejercicio profesional ha publicado varias obras entre las que se mencionan *El Retador de Vivaldi* (Neiva, 1992), obra declarada finalista en el Concurso Nacional de Novela Plaza y Janés, en 1991; *La Razón Vulnerada* (Neiva, 2002), un estudio crítico acerca de la obra de Carlos Castaneda; *El Arte de Maravillar* (Neiva, 2005), selección de artículos y ensayos sobre pedagogía de la literatura, humanidades y crítica literaria; *Los Maestros del Huila: Reconocimiento y transformación de su quehacer* (Neiva, 1985) obra de la cual es coautor.

Ha recibido varios reconocimientos y distinciones académicas, entre las que se destacan *La Orden de Guatipán*, otorgada por la Gobernación del Departamento del Huila al mérito Literario en 1994; *Mención al Mérito Investigativo*, otorgada por la Facultad de Educación de la Universidad Surcolombiana en 1986 y Reconocimiento como *Profesor Distinguido*, concedido por la Facultad de Educación de la Universidad Surcolombiana en el 2005.

El profesor Iriarte es un maestro apasionado por la enseñanza de la literatura, en particular por la del Siglo de Oro español y, muy especialmente, un serio, brillante y reconocido estudioso de la obra de Miguel de Cervantes Saavedra.

Guitarrista clásico, a título de aficionado, ha dado varios recitales en el *Teatro Jorge Eliécer Gaitán*, de Bogotá, en el *Teatro Guillermo Valencia*, de Popayán, en la *Asamblea Departamental del Huila*, entre otros escenarios.

Sus participaciones, cursos y conferencias en distintos eventos científicos y culturales han sido reconocidos como un aporte importante al desarrollo de la cultura en la región Surcolombiana.

En el mes de mayo de 2005 se retiró del ejercicio activo de la cátedra universitaria, y en la actualidad se dedica a dictar conferencias, cursos y seminarios sobre literatura, pedagogía de la literatura, humanidades y crítica literaria, sin descuidar sus aficiones predilectas: leer, escribir y sobre todo, estudiar su guitarra.

El Maestro Iriarte es Licenciado en Ciencias de la Educación con estudios principales en Español por la Universidad Pedagógica Nacional, de Bogotá, en 1975, Master of Arts (Literatura Española del Siglo de Oro) por University of Northern Iowa, USA, en 1978.